En el mítico escenario de la ciudad de Tánger, una mujer revivirá su pasado para darle sentido a su vida...

ANTONIO LOZANO

UN LARGO SUEÑO EN TÁNGER

ALMUZARA

Un largo sueño en Tánger

Antonio Lozano

© Antonio Lozano, 2015
© Editorial Almuzara, s.l., 2015
Editorial Almuzara • Novela
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Edición de Javier Ortega
Conversión de Óscar Córdoba
ISBN: 9788416392193

A las mujeres de esta novela, sus grandes protagonistas.
Para Clari, mujer de Agüimes, que tanto me ha dado, que tanto me da.
Para Malika Embarek, mujer de Tánger, queridísima amiga.
Para Carolina, mujer de Montreal, mi hija amada.
Y para mis queridas hermanas Mariloly y Teresa, mujeres también del largo sueño en Tánger.

1

—Buenos días, señora —corrió el visillo Amina y entre las lamas de la persiana irrumpió la luz, iluminando el rostro sereno de Isabel. Iniciaba así la criada el ritual cotidiano que, desde el día del accidente, repetía cada mañana en la habitación 23 del hospital italiano de la ciudad. Con el español reducido a residencia de ancianos, el italiano quedó como último reducto de la herencia hospitalaria colonial en Tánger—. ¿Ha pasado la señora una buena noche? —alisó Amina las sábanas, sostuvo con delicadeza la cabeza de la mujer dormida mientras daba la vuelta a la almohada, comprobó que el nivel de suero era el correcto.

—El señor no me deja ir a casa. Dice que debo quedarme aquí todo el tiempo cuidando de usted, recibiendo a las visitas, avisando a las enfermeras cuando sea necesario. Sí, ya lo sé, señora, usted prefiere que pase de vez en cuando por casa, que mire cómo anda la cosa por allí, si falta algo, si está todo recogido. Pero bueno, cuando el señor dice que no es que no, y mejor no llevarle la contraria, ya sabe usted cómo se pone.

Amina recogió los vasos que las últimas visitas del día anterior habían dejado sobre la pequeña mesa junto a dos sillones rojos. Entró en el cuarto de baño y los fregó en el lavabo. Con esmero especial enjuagó el del marido de Isabel, un vaso ancho de cristal de roca tallado. Isabel se lo había repetido decenas de veces durante años: «Amina, ten mucho cuidado con ese vaso. Si se lo rompemos al señor, no te quiero ni contar.» Y ella lo lavaba como si le fuera el puesto en ello. Lo sujetó después con firmeza, abrió el armario destinado a la enferma y ahí lo dejó, bien colocado junto a la botella de Chivas 12 años, exactamente donde se le indicó la mañana en que le ordenaron pasar el día junto a Isabel.

—Al llegar al hospital pregunté a la enfermera a qué hora pasa hoy el doctor. ¿Y sabe qué me contestó? Me dijo: «El doctor *sabe* a qué hora tiene que venir». Es una antipática. Creo que no le gusto, y no sé por qué, no le hecho nada. ¿Necesita que le cambie el pañal, señora? ¿Sí? Claro, señora, enseguida se lo cambio.

2

Hoy no ha venido Alberto a verme. Mejor así. Su presencia me está incomodando cada vez más. Es extraño: tantos años de matrimonio, tantos años acostumbrados el uno al otro, escuchándolo a diario, y en los pocos días que llevo encerrada, su voz se me ha hecho insoportable. Afortunadamente, cada día pasa menos tiempo aquí, que si tengo una cantidad de trabajo horrorosa, que si se me acumulan los problemas en la oficina, en fin, sus eternas mentiras de jubilado. Es curioso cómo somos: nadie se las cree, ni sus hijos ni yo, ni por supuesto nuestros amigos, pero todos las damos por buenas. Nadie lo contradice, quizá porque su partida siempre es un alivio para quien está a su lado, y si la razón es una mentira, bienvenida sea.

No sé si éste será el día en que logre recordar qué me tiene postrada en esta cama. Sí, sé que fue un accidente, que al intentar evitar a un niño, el taxista perdió el control del coche y nos estrellamos contra un autobús. Lo he oído contar cada vez que llega una nueva visita. Pero por mucho que intento reconocerme en aquel accidente, saber por qué tomé un taxi y adónde me llevaba, no logro recordar nada. Absolutamente nada. Un velo oscuro cubre mis pensamientos, los envuelve y emborrona las imágenes que logro dibujar en la oscuridad en que vivo.

El taxista murió, también eso lo sé. «Menos mal que ella se salvó», dicen muchos cuando oyen lo del chófer. De noche, cuando todos se han ido, pienso en él. Intento imaginar cómo sería la vida de ese hombre sin rostro, si tenía hijos, si era joven o mayor. Entro en su casa: hoy me encuentro con una esposa joven, desamparada y afligida, rodeada de una chiquillería alborotadora y mocosa, como siempre hemos imaginado a los niños marroquíes pobres. Mañana, quizá, la viuda será una anciana —las moras envejecen muy pronto, solemos decir, como se cargan de chiquillos desde muy jóvenes, es normal—, una mujer resignada a sobrevivir de las migajas que alguno de los hijos que trabaje pueda llevarle a casa. Intento hablar con ella, pero no nos entendemos. Claro, no hablo árabe. Ella tampoco ha hecho ningún esfuerzo por hablar español, todo hay que decirlo.

Sí, cada noche me imagino a la familia del taxista de un modo

distinto. Esa visita diaria me ayuda a conciliar el sueño. Y posiblemente con ello descubra algún día qué hacía yo en ese dichoso taxi. O quizá alguien tenga la curiosidad de preguntárselo a alguno de mis hijos y me entere así de una vez.

Mis hijos. Los tres llegaron al día siguiente del accidente, los tres me abrazaron, me besaron, me acariciaron, no necesité sentirlo para estar segura de ello. Me susurraron frases cariñosas al oído, pero Alberto intentaba apartarlos de mí: «No os esforcéis, hijos, no os oye, ¿no veis que está en coma?» Quizá sea esa la razón por la que ya no soporto escuchar a mi marido, por apagar las voces de mis hijos, alejar de mí el bálsamo de sus palabras dulces, privarme de su consuelo tras el pavor que sentí al despertar. Al principio pensé que estaba soñando, y en el mismo sueño se cruzó la convicción de que pronto acabaría la pesadilla. Intenté sentir mi cuerpo, pero estaba ausente, parecía haberme abandonado. Sencillamente no lo encontré. Intenté también escuchar algún ruido, alguna voz, pero solo me respondió el silencio. Creo que después me dormí, porque más tarde regresó la pesadilla. Ahí fue cuando empecé a pensar que quizá aquello no fuera ensoñación y me asaltó una angustia inmensa, esa que nadie puede imaginar sin vivirla, la que va acompañada de los peores presagios, de las más terribles visiones. La primera en llegar fue uno de los miedos que me ha acompañado toda la vida, desde niña: la catalepsia. Pensé que me habían dado por muerta y enterrado, y que ahora despertaba dentro del ataúd. Quise gritar, patalear, golpear los tabiques del féretro, pero no tenía voz ni cuerpo que me obedeciera. El fantasma de la catalepsia no me abandonó y tuve que inventar nuevas estrategias para ahuyentarlo. Y ahí estaba, pensé, al fin me atrapó. Qué pánico. Rogué auxilio sin palabras y mis mudos aullidos quedaron sin respuesta. Me asaltó entonces el recuerdo de todo lo que había escuchado o leído sobre los desgraciados que habían sido enterrados vivos. Alberto contó alguna vez que Fray Luis de León fue uno de ellos, que nunca fue canonizado porque al abrir su féretro aparecieron arañazos en la tapa y la duda sobre los malos pensamientos que pudieron haber acompañado su delirio impidieron su canonización. Mi hijo me dijo que eso eran tonterías, que la única razón por la que no fue elevado a los altares fue su encontronazo con la Inquisición. Recordé también la historia de esa chica rumana dada por muerta que despertó en la morgue cuando el vigilante nocturno estaba violando su cadáver. Menudo susto se llevó el tío guarro. Los padres pidieron que no lo condenaran, porque gracias a eso la hija

se libró de ser enterrada viva. O aquel entierro en un pueblo de Perú, cuando el muerto despertó mientras la comitiva lo acompañaba al camposanto y la gente reaccionó rematándolo a pedradas, convencida de que aquello era cosa del maligno.

Curiosamente, fueron esos recuerdos los que aliviaron mi tormento. Decidí que tenía que serenarme y me convencí de que todo era una pesadilla. Así que esperé pacientemente el final, que habría de llegar en algún momento. Concentré todos mis pensamientos en mis hijos, lo mejor que me ha dado la vida, lo único verdaderamente grande, aquello por lo que permití que Alberto desfigurara mi existencia. Javier, Cristina y Alberto. Albertito lo llamamos, para no confundirlo con el padre.

Albertito, el mayor, es soltero y vive en París. Enseña francés en el instituto español. Su padre piensa que es homosexual y lo desprecia por ello a sus espaldas. Cuando se ven se saludan cortésmente pero nunca cruzan más de tres frases seguidas. Es el más cariñoso de los tres, nos reímos mucho juntos, y el más ocurrente; siempre tiene a mano una broma, una palabra para hacerme feliz.

Cristina me salió altruista. Nada más acabar Medicina se enroló en Médicos del Mundo y desde entonces ha recorrido África de cabo a rabo. Suele decir que ella solo se encuentra a gusto entre los pobres. Su padre nunca se pierde una ocasión de decirle que esas son tonterías de juventud y que ya va siendo hora de superar ese sarampión, que lo que tiene que hacer es ir pensando en abrir su propia consulta, mejor que mejor si es en Tánger: «Aquí encontrarás a todos los pobres que quieras sin necesidad de ir a buscarlos en el quinto pino.» Creo que cada vez viene menos a vernos para no oír más esas cosas.

Javier es, por ahora, el único que me ha dado nietos. Se casó con una inglesa, antigua compañera de clase, y vive en Londres, donde tienen un restaurante de comida española. Estudió Derecho porque su padre había decidido que todos sus hijos tenían que ser universitarios, pero apenas acabada la carrera y cumplida la orden paterna, se fue a Inglaterra, donde lo esperaba Jane. Juntos montaron el negocio de sus sueños. Desde entonces, Alberto no ha dejado de echarle en cara el dineral que se gastó en sus estudios para que acabara convirtiéndose en tabernero.

Entraron en la habitación los tres juntos, como si se hubieran puesto de acuerdo para no afrontar la visión de mi agonía por separado. Sé que era de noche porque al poco rato oí la voz de la enfermera invitando a las visitas a desalojar la habitación, a

regresar por la mañana. Cristina se negó a la exigencia de su padre de que lo acompañara a casa y se quedó a pasar la noche a mi lado. Qué inmenso alivio sentí al comprobar que no se iba, que no tendría que soportar de nuevo el suplicio de otra noche sola entre tinieblas.

La pesadilla de la catalepsia se esfumó mucho antes, al oír una puerta abrirse, unas voces acercarse.

—¿Isabel, me oyes? Despierta, Isabel, despierta… —susurró una de ellas, y tuve la extraña sensación de que una mano acariciaba un cuerpo que no era mío pero que yo sentía levemente. Lejano, ajeno, pero lo sentía.

—Nada, todo igual, no nos oye. Sigue en coma —contestó la otra—. Voy a llamar al doctor.

Me sobresalté, las voces me sacaron de mi pesadilla. Quise gritar, decirles que sí las oía, que no estaba en coma ni dormida, pero mi cuerpo seguía sin obedecer. Estaba muda. Muda y ciega.

—Abrid la ventana, que entre la luz y se airee un poco esto. Hace un día espléndido —dijo una nueva voz, de hombre esta vez.

Me asaltó la esperanza de que al abrir la ventana se hiciera la luz. Nada. Oí cómo alguien forcejeaba con ella, cómo una persiana rodaba, pero seguía la oscuridad.

—Isabel, ¿me oyes? Soy Salvador, el doctor Molina —la voz masculina se acercó a mí.

—Doctor, sí le oigo, escúcheme, por favor, ¿qué me está pasando? —pero seguía muda, ausente del mundo.

—Mantiene sus constantes vitales y no tiene fiebre. Dentro de una hora le haremos una resonancia magnética. Entonces decidiremos si la operamos o no —la voz masculina se fue alejando; una puerta se cerró.

—¿Qué le pasó? —las mujeres seguían en la habitación.

—Un accidente. Parece que el taxi en el que iba chocó con un autobús. La ambulancia la llevó al Kortobi pero su marido la mandó trasladar aquí. Llegó ayer por la tarde, inconsciente, y ya ves, así sigue.

Ruidos en la habitación, debían de estar recogiendo. Leves roces en el cuerpo: las imaginé arreglando la cama. Decidí serenarme. Comprendí que no estaba soñando, un sueño no puede durar tanto tiempo. Estoy en un hospital. He tenido un accidente y estoy en coma. Al menos, eso piensan ellos, porque creen que no los oigo. Pronto despertaré, no puede ser un coma profundo. Cuando uno está en coma, no oye nada, al menos eso he creído siempre. Debo relajarme, no ceder al pánico, si no estoy perdida.

El día me trajo nuevas noticias. Alberto entró en la habitación cuando las mujeres aún no habían salido. Una caricia breve, como una gota de lluvia al caer, me hizo pensar que me besó en la frente. Hablaba con las mujeres. Les preguntó si había dormido bien, si había pasado el doctor. En ese momento me alegró escuchar su voz, deseé decirle que me sacara de aquí, que me llevara con él a casa. Que no me abandonara a mi suerte, quise rogarle. Todo era inútil, me volvió a asaltar la angustia de saberme secuestrada en mi propio cuerpo, presa de mi mutismo.

Al rato me dormí. Eso creo, porque cuando volví a oír, habían aparecido voces nuevas:

—Los niños llegan mañana —decía Alberto a alguien.

—Pobre Isabel —reconocí la voz de mi amiga Carmen pero renuncié a intentar suplicarle que me salvara porque ya sabía que nadie podía hacer nada por mí. Que para el resto del mundo, yo era un mero vegetal.

Pero supe que los niños llegaban, y comprobé que hasta en la peor desgracia queda un lugar para el alborozo.

Así que Cristina se quedó a pasar la noche conmigo. Cuánto me habría gustado agradecerle que estuviera a mi lado, decirle que estoy despierta, que aunque no pueda hablarle la estoy oyendo; decirle: no me dejes sola, Cristina, no os vayáis todos y me dejéis sola con tu padre, no así como estoy. Esperad a que me cure, sé que pronto volveré a estar bien; decirle cuánto la quiero, cuántas cosas me unen a ella a pesar de las tantas que nos separan; decirle también que aunque no comprenda algunas de sus decisiones, muchas veces he pensado, sin compartirlo con nadie, que mi vida habría sido otra de haber tenido su valor, su libertad, sus convicciones. Y que me abrace, que me abrace con todas sus fuerzas, que nunca he sentido en mi vida tanta necesidad de que me abracen, y solo Dios sabe cuántas veces la he sentido.

Debió de comprenderme sin escucharme, porque nada más cerrarse la puerta y vaciarse la habitación de voces, sentí algo parecido a un cosquilleo en todo el cuerpo y su voz resonó suave y conmovedora en mi oído. Imaginé que se había acostado a mi lado y que me abrazaba.

Y me hablaba:

—No puedes irte, mamá, no puedes dejarme. Tienes que volver, no sabes cuánto te necesito. No te vayas, por favor
—repitió una y otra vez, y ojalá hubiera tenido yo una lágrima por derramar, una lágrima que pudiera decirle hija, te estoy oyendo. Una lágrima que se confundiera con las suyas, con esas que yo

sabía que estaba dejando caer sobre mi mejilla, delatadas por una humedad lene y cálida.

Cristina estudió en el colegio francés y después en el liceo, como todos sus hermanos. Así eran las cosas en aquellos años en Tánger: podías mandar a tus hijos a la escuela pública de varios países y muchos españoles elegían una de ellas para que tuvieran un segundo idioma. Era el gran Tánger, nuestro Tánger. Eso es, cuando Tánger aún era nuestro, antes de que nos lo quitaran. Porque nos lo quitaron, nos fueron echando poco a poco hasta que quedamos cuatro gatos, un puñado de tangerinos de toda la vida. Unos cuantos españoles, franceses, italianos, ingleses, y pare usted de contar. Claro que si Cristina me estuviera oyendo no se me ocurriría decir esto, porque cogería la puerta y se iría dando un portazo, como siempre que le digo lo que pienso de este asunto. Qué carácter esta Cristina mía, en eso salió al padre. Pero después volvería, se sentaría a mi lado, me pediría disculpas —eso sí que no lo haría nunca el padre— e intentaría convencerme pacientemente de que estoy equivocada, de que si alguien ha quitado algo en esta historia, hemos sido nosotros, los extranjeros que nos adueñamos de una ciudad que no nos pertenecía. Me repetiría que tangerinos de toda la vida, más tangerinos que nadie y desde luego más que nosotros son los marroquíes que nacieron y siguen naciendo en esta ciudad, esos mismos marroquíes que despreciamos y que únicamente queremos como sirvientes. Para que sean nuestros criados, nuestros chóferes, para que nos lleven la cesta de la compra desde el mercado hasta la casa, para que nos hagan tal o cual recado a cambio de unos míseros céntimos, para que acareen hasta la plaza de abastos las frutas y las verduras que servimos, abundantes, en nuestras mesas. Y que tenemos suerte de habernos topado con un pueblo hospitalario y tranquilo, porque por menos de eso otros nos habrían echado del país a patadas.

Yo la escucho sin rechistar, por aquí me entra y por aquí me sale. Eso sí, cuando termina, me la quedo mirando unos segundos, viendo cómo espera mi reacción, e invariablemente acabo diciendo: «Qué cosas tienes, hija».

Pero en aquel momento habría callado, no habría dicho una sola palabra que la pudiera molestar. Por nada en el mundo habría hecho algo que la separara de mí. La visión de mi hija pegada a mi pecho en el momento de su nacimiento se abrió paso en la oscuridad, y esos dos instantes se convirtieron en uno solo. Supuse que se había dormido junto a mí, porque su voz se apagó y solo quedó su respiración, honda y trémula.

—Debe de estar agotada; a saber desde qué lejano país habrá viajado para venir a verme…

3

Pues eso, que hoy no vino Alberto a verme, y tanto que me alegro. No sabría decir cuánto tiempo llevo aquí encerrada. He intentado contar los días, saber cuántas veces he oído la puerta cerrarse, la voz de la enfermera al despedir a la visita, pero no lo he logrado. No distingo la noche del día. El silencio significa noche, pero no siempre es así. Hay momentos de silencio en que me parece que todo duerme, pero de repente entra alguna visita, y eso me confunde. Además, creo que duermo a salto de mata, ésa es la sensación que tengo, y me despierto desorientada. Ni siquiera sé si es el mismo día o uno nuevo. Pero sí sé que la voz de Alberto está cada vez menos presente, y hace un momento oí a Cristina decir:

—Papá no ha aparecido por aquí en todo el día.

—Qué poquito le ha durado la preocupación —la voz era de Javier—. Cuatro días mal contados. Aunque por mí mejor, así no tengo que verle el careto. ¿Sabes lo que hizo anoche?

—No sé si quiero saberlo.

—Pues ni te cuento la que se armó. Sacó de su armario una caja llena de cartas y empezó a leer fragmentos de algunas de ellas, copias de las que había enviado a amantes. En la primera ponía a parir a mamá.

—Una amante, ¿él? ¿Y ella ponía a parir a mamá?

—Ella no, él, en la carta. Que si no llevaban un año casado y ya le hacía la vida imposible, que su existencia era un infierno y que casarse con ella había sido el mayor error de su vida. Que necesitaba verla…

—¡Qué cabrón! ¿Y vosotros qué hicisteis?

—Él estaba borracho como una cuba, se había tragado cuatro o cinco whiskys. Por eso se atrevió a sacar las cartas, claro: con la borrachera le dio por dárselas de machito, por entonar un canto de cisne inexistente. Pero se confundió de auditorio. Vi que Albertito quería intervenir pero le hice una señal para que lo dejara seguir. Desfilaron un par de amantes más, todas ellas antiguas, de los primeros años. Eran cartas patéticas y almibaradas, apestaban a mentira y a traición.

—Si llego a estar allí me lo como.

—Al final Albertito no aguantó más y saltó. Le dijo que

guardara esa basura en su baúl de recuerdos asquerosos, que sus amantes son asunto suyo y que le parecía infame que las sacara a relucir justo en este momento, cuando mamá se debate entre la vida y la muerte.

—¡Claro, coño! ¿Y él que dijo?

—Le dijo de todo, que si era un meapilas, que claro, como era maricón, qué carajo iba a entender él de mujeres, y que…

—¿Le dijo eso?

—Como lo oyes.

—¿Y qué hizo Albertito?

—Se levantó, escupió a sus pies y se largó. El tío se quedó de piedra, no se esperaba esa reacción. Así que me miró buscando en mí a un cómplice. Pero me levanté yo también y sin dirigirle la palabra seguí los pasos de Albertito.

—Joder, vaya número. Cómo se puede ser tan... Con razón no ha aparecido por aquí en todo el día, además es un cobarde. ¿Y mamá sabría algo de todo esto?

—Seguro que no, tenía esas cartas muy a resguardo.

Pero sí, mamá estaba enterada. A mamá la habían sentado ahí, en el salón, y le habían obligado a escuchar el contenido de esas y de otras cartas. Esas son mujeres que me han querido y no tú, que me has arruinado la vida, le habían dicho a mamá. Y al día siguiente hacía como que no se acordara, amparado en la vorágine del alcohol, y se levantaba de la cama como si nada, «¿Cómo estás, amor mío, has dormido bien? ¿Me pones el desayuno, por favor?». Nunca les había hablado a mis hijos de esto, claro, de esto ni de tantas otras cosas. Siempre supe que me haría pagar cualquier paso en falso. Me aterraba que se enteraran de mis padecimientos, pero ahora que él lo había contado me alegré de que al fin lo supieran, protegida como estaba en mi cuerpo inmóvil, callado.

Así ha sido mi existencia, puro pánico. Una innata alegría de vivir, un apego extraordinario a la vida daban de mí una imagen de mujer feliz y vitalista. Pero lo que aparentamos ser nunca es del todo —y a veces en absoluto— lo que somos en realidad. Un par de días en el estado en que me encuentro me ha bastado para convertir una intuición en la constatación de una verdad irrefutable. Alberto ha sido precisamente quien me ha abierto los ojos. Fue el primero en llegar, la misma mañana en que desperté de la pesadilla. Las enfermeras estaban en la habitación en ese momento:

—Buenos días, señor. Siento mucho lo de su esposa —saludó una de ellas—, ¿cómo se encuentra?

—Muchas gracias, hija. Estoy destrozado, no he pegado ojo en toda la noche.

—Me imagino, esto debe ser terrible para usted.

—No sabes cuánto. Mi mujer lo es todo para mí. Llevamos cuarenta años casados y todo sigue entre nosotros como el primer día. Estamos enamorados hasta la médula.

—Qué hermoso es eso, señor. Tiene usted mucha suerte. Disculpe, quiero decir que…

—Por supuesto, hija, ya sé qué quieres decir. Y tienes toda la razón, me considero un hombre con una suerte enorme por tener a Isabel como esposa. Quién me iba a decir que esto me pudiera ocurrir alguna vez…

—Dios es grande, señor, Él salvará a la señora.

—Ojalá te escuche y te haga caso. A Él le agradezco que esté en tan buenas manos como las vuestras. Menos mal que no está en España, las enfermeras españolas son todas unas incompetentes y unas antipáticas. Vosotras, en cambio, sois unas grandes profesionales y unos soles.

—Muchas gracias, señor —las dos voces sonaron al unísono.

—Soy yo quien está agradecido. Voy un momento a fumar un cigarrillo, enseguida vuelvo.

—Si quiere fumar aquí, asomado a la ventana…

—Ni hablar. Isabel odia el humo, siempre que puedo evito fumar delante de ella. Y en estas condiciones, como comprenderéis, con más razón todavía.

Al rato la puerta se cerró y ellas se quedaron a solas conmigo:

—¿Ves qué te dije? Es un auténtico señor. Ya sabes cómo son los españoles: a caballeros no los gana nadie.

—Es muy elegante, ¿verdad?

—Pocos más elegantes que él verás en Tánger. ¿Nunca lo has visto con su sombrero de ala ancha? Jamás se ha visto otro como ése en la ciudad. Cuando sale con él puesto, la gente se da la vuelta para admirarlo.

—Pues no, nunca lo he visto con ese sombrero…

—A ver si tomamos un poco confianza con él y le pido que lo traiga un día de estos.

—¡Pero si estamos en verano, cómo se va a poner un sombrero como ése!

—Bueno, ya veremos, igual lo convencemos. ¿Has visto lo que ha dicho? Que está muy agradecido con nosotras, no creo que se niegue a ponérselo si se lo pedimos.

—Si tan agradecido está, lo que tiene que hacer es dejarnos una

buena propina.

—Eso también, ya verás. Estos caballeros son muy generosos, sabrá recompensarnos cuando todo esto haya acabado.

—La señora está muy mal, ¿verdad?

—Fatal. No creo que pase de un par de días.

Jamás en mi vida hubiera imaginado que conversación tan banal pudiera ser tan aleccionadora. Claro que siempre he sabido que mi marido ha cuidado hasta el extremo las apariencias. Miles de veces ha repetido a sus hijos: en la vida no basta con ser, además hay que parecer. No es que acabe de descubrir, ni mucho menos, que el Alberto de puertas afuera es distinto del de puertas adentro. En absoluto, hasta ahí llego. Pero sí me ha sorprendido comprobar hasta qué punto es capaz de mentir para engatusar a la gente, para que quien lo escuche se quede con la sensación de haber estado hablando con un ser extraordinario, un hombre virtuoso, un caballero español, como tanto le gusta a él definirse, con tal éxito que hasta la enfermera ha caído en su red. Con qué ligereza dice «estamos enamorados hasta la médula», él que me ha declarado su odio con pasión, que fuma siempre delante de mí, él que jamás ha preguntado si no me importa vivir en una casa ahumada, y adula a las enfermeras, él que siempre ha pedido ser trasladado a España en caso de enfermedad para «no estar en las manos de enfermeras y médicos moros». «Unas grandes profesionales y unos soles», ¿se podrá ser más baboso? Claro que es la primera vez que lo oigo hablar a mis espaldas, porque eso es lo que cree que está haciendo. Y temo que me quedan muchas cosas por escuchar, muchas tremendas sorpresas.

Con todo, lo que para mí ha sido más importante entre lo que esta conversación me ha enseñado es que estamos en verano. Y eso me ha ayudado a divagar un poco, a abstraerme de lo que acabo de escuchar, incluso de esa frase, que curiosamente no me ha afectado, no me ha asustado: «No creo que pase de un par de días». Debo de estar viviendo en otra dimensión. Si en cualquier otra situación me hubieran anunciado una muerte tan próxima, habría enloquecido.

El verano de Tánger… La visita de mis hijos, cada vez más escasas, siempre con excusas para no pasar más de cuatro o cinco días. Albertito menos aún: «El máximo de noches que puedo aguantarlo son tres. Ni una más.» Una semana con mis nietos, que Jane y Javier dejan en casa mientras ellos recorren el país, «nuestra luna de miel anual», me dice. «Con el calor que hace y lo bien que se está en Tánger, a pesar del viento», le contesto. Él sabe lo que

quiero decirle en realidad: quédate unos días más conmigo, hijo. Pero me conformo con tener a los pequeños, se parecen tanto a él cuando tenía su edad… Y la playa. El Yacht Club, menos mal que aún tenemos eso, el resto de la playa está llena de marroquíes (si me oyera Cristina…). Los baños con Carmen y las demás, las largas sesiones de cotilleos, la cerveza con gambas antes de regresar a casa. El té en el club de golf, donde te encuentras con los amigos de siempre, los que aún viven aquí y los que regresan en verano. Veo cómo sus hijos pasan el mes de vacaciones junto a sus padres y siento envidia y una tristeza que no puedo compartir con nadie, una tristeza profunda porque ese placer me ha sido vedado en los últimos años de mi vida. Una vejez sin mis hijos, eso es lo que me espera, a mí que he dado lo mejor de mi vida por ellos. Les he pedido que no vengan a la vez para prolongar así los días junto a alguno de ellos, y a veces se organizan para hacerlo así, pero otras se niegan para no verse a solas con su padre. Alguna vez he pensado: ¿Y si él muriera antes que yo, no me permitiría eso vivir estos años más cerca de mis hijos, disfrutar del placer de una vida sin miedo, sin sentirme continuamente vigilada por una mirada siempre dispuesta al reproche? ¿Tendré derecho a un final de vida feliz? Enseguida me siento culpable por ese pensamiento y no me permito prolongarlo, pero ahora sé que ése es el que siempre he guardado en el lugar que todos reservamos a nuestros deseos inconfesables. Ahora quisiera decirlo en voz alta, del mismo modo que me toca escuchar lo que los demás piensan de mí sin decírmelo a la cara. Ahora que todo, al parecer, se acaba, que seré probablemente yo quien le permita vivir libre de mí sus últimos años. Era yo quien merecía el privilegio de la viudez, él es quien se lo lleva. Ojalá hubiera tenido el valor de huir de su lado, de enfrentarme a su tiranía. Un día me dijo mi hija, en un arrebato de cólera frente a mi sumisión y mis quejas continuas: «Tienes lo que te mereces porque has preferido seguir a su lado para no perder tu vida acomodada de señora con criada, campo de golf, merienda en el salón de té Porte y playa privada. Porque has preferido ocupar tu puesto en el hipócrita y mediocre clan de burgueses advenedizos que sois los europeos de Tánger. Os creéis superiores porque os ha sido dada una vida con la que ni podríais soñar en Europa. Si vivierais allí no tendríais ni criada, ni clubes privados, y habríais de cargar vosotras mismas con el peso de la cesta de la compra. Os creéis superiores porque sois europeos y ellos son marroquíes, y vivís con la estúpida convicción de que sois mil veces mejores que ellos, que ellos deben estaros agradecidos porque le dais lustre a su

país con vuestra simple presencia. Os creéis gente de mucha clase pero no sois más que una antigualla caduca, pura morralla residual de la peste colonial que ha podrido la vida de este pueblo y de tantos otros. Si no fuera por lo dañino que sois, daríais pena y risa.»

O sea, que la niña se despachó a gusto y en aquel momento me anegué en llanto por la indignación. Yo que había soportado tanto por ellos, yo que repetía a diestro y siniestro que me había sacrificado toda la vida por mis hijos ahora tenía que escuchar esto. Como siempre, Cristina terminó pidiéndome perdón, reconoció que se había dejado llevar por la ira y que había sido injusta.

Pero no, no había sido injusta, y ella lo sabía. Ahora entiendo que tenía razón, y cuánta. Ahora que no tengo nada que temer, que he perdido el miedo porque solo tengo que enfrentarme a mi silencio, se han abierto las compuertas que mantenían encerradas a cal y canto las mentiras con que construí mi vida, las excusas que usé como muletas para abrirme camino en esta existencia que, al parecer, llega a su fin.

«El motor que ha hecho funcionar esta casa ha sido siempre, y sigue siendo hoy, el miedo» —me dijo en una ocasión Albertito—. «Hay hogares que se alimentan del amor, otros de la confianza, otros más crecen en la indiferencia, y algunos en el caos. Al nuestro le tocó crecer en el miedo. Todas nuestras acciones han sido, en mayor o menor medida y desde el momento mismo de nuestro nacimiento, fruto del miedo. Estudiábamos por miedo al castigo en caso de suspenso. Jugábamos en silencio por miedo al correazo con que se pagaba despertar a nuestro padre de la siesta. Éramos educados y cariñosos con la visita por miedo a la reprimenda si nuestros modales no se ajustaban a las normas. Vivíamos asustados pendientes del humor suyo de cada día y si tocaba tarde de perros nos encerrábamos en el dormitorio al abrigo de las tormentas que se desataban con nada y menos. Nos comíamos hasta la última miga de lo que nos hubieran servido en el plato, nos gustara o no lo que tocara aquel día, para eludir el cogotazo con que se premiaba la más insignificante protesta. Todos nuestros aprendizajes tenían algo que ver con el miedo, y medíamos cualquiera de nuestros movimientos en función de él. No había un solo habitante en aquella república del terror que se librara de esa regla, ni siquiera la perra, nuestra querida perra a la que tantas veces he deseado una muerte que la liberara del acoso cobarde de un amo que presumía por doquier de alma franciscana: si llegábamos a casa de noche tras una ausencia de varias horas y el animal no había podido retener la orina, le caía encima una lluvia de patadas que

seleccionaban sádicamente los puntos más dolorosos y vulnerables del cuerpo. Muchas veces he escuchado decir: «Qué bien educados tiene Alberto a sus hijos, qué obedientes son, qué cariñosos; cuando hay visita reunida en el salón y es hora de ir a la cama, no necesita pronunciar una palabra. Una simple mirada señalando la puerta, y ahí están los tres levantándose, besando uno a uno a todos los presentes, deseando buenas noches y desapareciendo en silencio. ¿Habrase visto niños más educados?» Habrase visto niños más aterrados, tendrían que haber dicho. Y nosotros, mamá, nos hemos ido librando al alejarnos de su lado; si no del miedo, que no es visitante fácil de echar, sí al menos de su presencia cotidiana y, sobre todo, de su uso como lubricante de nuestras relaciones con los demás. Tú, por desgracia, no. Tú sigues junto a él y solo tú sabrás por qué lo haces. Quizá el miedo que sientes sea tan grande que paralice en ti toda idea de cambiar de vida. Pero tienes que saber una cosa: el día que quieras apartarte de su lado, encontrarás en mi casa y la de mis hermanos tu hogar, un hogar en el que no necesitarás preguntarte a ti misma la consecuencia de cada uno de tus gestos. Un hogar en el que podrás reaprender la libertad y reencontrarte con el amor. Ahí, en nuestro territorio, estarás segura y te sentirás querida. Pero no nos pidas que nos quedemos en esta casa ni un minuto más del que podemos soportar, porque nos ha costado mucho deslastrarnos de tantos años vividos junto a nuestro padre, y hasta su visión nos incomoda, nos trastorna, nos repugna profundamente.»

Escuché a Albertito en silencio. Dijo todo eso en tono de absoluta serenidad, y sentí que no hablaba por hablar, que sus palabras nacían de muchas horas de meditación, de reflexión que probablemente habían sido, en muchos momentos, dolorosas. Pensé que había sobrevivido al infierno y me alegré por él. No tuve pues nada que objetar, intenté sonreír y probablemente lo que vio fue una mueca, porque me dio un abrazo tierno y prolongado. A menudo he pensado en sus palabras sin estar plenamente convencida de todo lo que me dijo. Digamos que entendí el fondo de la cuestión, eso de que en casa se funcionaba a base de miedo. Pero no siempre era así, había espacios para el afecto, la risa y el juego. Ahora que tengo tiempo para pensar en ello, creo que lo entiendo mejor. Sé muy bien a qué se refería Albertito. He comprendido que los momentos de cariño y de risa también estaban contaminados por el miedo. Que el miedo lo ensuciaba todo, hasta los besos y las carantoñas. Todo, absolutamente todo.

Las horas que llevo enclaustrada dentro de mí misma me han

bastado para comprender hasta qué punto también ha ensuciado mi vida y mi dignidad.

4

Mi familia llegó a Marruecos a mediados de los veinte, un año antes de mi nacimiento. Siempre me he considerado tangerina de pleno derecho. Eso sí, española. Tangerina y española, que para eso en aquella época Tánger era más español que marroquí. Pienso en todo esto porque los recuerdos me llevan, en estos días, a los tiempos de mi infancia. Ni siquiera los tengo que guiar, ellos mismos han decidido viajar tan hacia atrás para cerrar el ciclo de una vida que, dicen las enfermeras, podría concluir muy pronto.

Me he prometido ser honesta conmigo misma en este trance, ahora que vislumbro cuán poco lo he sido hasta ahora, y por ello debo rectificar: española no era mi ciudad, sino internacional, aunque es cierto que España aprovechó la segunda guerra mundial para intentar hacerse con ella a solas. Aquí se turnaban en la administración españoles, franceses, ingleses, holandeses, americanos, belgas, ingleses, italianos… Tánger era de todos ellos y al mismo tiempo de ninguno, porque las leyes de cada uno de esos países no servían aquí. La ciudad cosmopolita tenía sus propias normas, como un hijo de padres separados que obtiene de cada uno de ellos lo mejor, porque todos quieren conservar la parte que les corresponde. Amparados en esta orgía legal, la hicieron suya contrabandistas, espías que se vigilaban unos a otros, pintores atrapados por su luz, escritores en busca de kif y de bohemia, músicos ansiosos de ritmos nuevos. Así fue como adornaron las calles y la historia de la ciudad nombres como Matisse, Delacroix, Paul y Jane Bowles, Fortuny, Tennessee Williams, Genet, Kerouac, los Rolling Stones, y tantos otros. La verdad es que yo no vi jamás a ninguno de ellos, salvo a Paul Bowles en una ocasión y de refilón en la *Librairie des Colonnes*, pero ya se sabe lo que pasa con los grandes nombres: si alguno de ellos se da un paseo por una ciudad, esta no pierde la oportunidad de adoptarlo, aunque su visita solo fuera de pasada.

El caso es que mi familia emigró aquí en esos años en que la miseria daba órdenes al revés: se instaló en España y mandó a Marruecos a quienes huían del hambre y del paro. Así llegaron muchos miles de españoles a la ciudad. Mi padre partió en avanzadilla para buscar empleo y no tardó en encontrarlo como

ayudante de mecánico en un taller propiedad de compatriotas. Tánger había obtenido el estatuto de ciudad internacional, una fórmula que la hacía única en el mundo y que contribuyó a forjar su leyenda. El dinero circulaba a partes iguales por bancos y mercado negro, y más de una gran fortuna acudía al socaire de la zona franca y el negocio fácil. El olor del dinero traspasa fronteras y llegó a los desempleados del otro lado del Estrecho, que acudieron por miles a su llamada. Mi padre fue uno de ellos. Tras incorporarse a su nuevo puesto de trabajo, les tocó a mi madre y a mi abuela cruzar el charco. El sueldo era escaso pero al menos algo de dinero entraba en casa, una novedad con respecto a las penurias españolas. Lo que pudo ser una existencia pueblerina en la Andalucía profunda y caciquil de aquellos tiempos, en una España cada vez más encerrada en sí misma, dio paso a una infancia en un ambiente cosmopolita, igualmente pobre pero con oportunidades impensables en el país que acabábamos de dejar atrás. A una adolescencia multicolor, escolarizada y bilingüe en una ciudad luminosa, abierta al mar y al mundo. La pobreza de mi hogar no obligaba, como en la España que abandonamos, a la ignorancia, al servilismo, a la indignidad. En Tánger éramos felices corriendo por las calles de la medina en libertad y sin miedo, sumergiéndonos en las aguas que bañaban dos mundos, tan cerca de España y tan lejos de sus miserias.

Éramos españoles, sí, pero qué fácil era serlo en Tánger. ¿Cómo no voy a proclamar que ésta es mi ciudad? Mis hijos también nacieron aquí, también se sienten orgullosos de ello, la aman tanto como la amé yo, y sin embargo no parecen entenderlo. Me pregunto qué ha ocurrido entre mis años y los suyos, qué les ha arrebatado su ciudad. Cierto es que Tánger ya no es española, ni internacional. Tánger es ahora marroquí pero nos resistimos a aceptarlo. ¿Dónde fueron a parar esos años dorados en que la ciudad nos pertenecía? Miles de europeos se fueron cuando la independencia, muchos más cuando nacionalizaron las empresas y obligaron a los extranjeros a vender a ciudadanos marroquíes el 51% de sus negocios. ¿Dejar el negocio en sus manos? Antes muerto, decidió la mayoría, que se largó evadiendo su capital y dejando al fisco una deuda que jamás cobraría. Cada día llegaba la noticia de una nueva familia que había abandonado la ciudad a hurtadillas, con el dinero camuflado en el equipaje.

Es verdad: no nos relacionábamos con los marroquíes. Ellos tenían su vida y nosotros la nuestra. Teníamos compañeros en el colegio pero casi nunca eran amigos. Si querían hablar con

nosotros tenían que hacerlo en francés o en español, nunca se nos ocurrió estudiar árabe. Cristina, en cambio, dice que no entiende cómo habiendo nacido y vivido en Marruecos, no les hicimos estudiar la lengua, que ése es el mayor reproche que nos hace, su más amarga asignatura pendiente. ¡Se avergüenza cuando tiene que decir a alguien que ha pasado media vida en Tánger sin conocer el idioma del país!

¿Pero qué ha ocurrido entre mis años y los suyos?

Llegaron más hijos a casa y la cosa se fue poniendo fea entre mis padres. Aún no sé bien qué pasó, en aquella época no nos daban explicaciones, pero por entre mis preguntas infantiles merodeaban algunas respuestas. Mi abuela y mi padre no se llevaban bien. Ella tenía un carácter de perros y era una marimandona. Supongo que mi madre tuvo que decidir entre ella y su marido, y la sangre ganó la partida. Llevarla a Tánger era una decisión sin vuelta atrás, ya no tenía dónde dejarla, y el dinero no daba para alquilarle una casa. Así desapareció mi padre de nuestras vidas. Jamás lo he vuelto a ver; y ahora, desde esta cama de hospital en la que no cuento para nadie, echo de menos sus gestos cariñosos y tranquilos y vuelvo a preguntarme, al cabo de tantos años, qué habrá sido de su vida después de que lo apartaran de sus hijos. Cómo puede llegar el tiempo a convertir en extraños a quienes han sido parte de nosotros mismos…

Mi madre se volvió a casar y llegaron más hermanos. Pero una tuberculosis se la llevó y tuve que ocupar su puesto. Mi padrastro desapareció del mapa y mi abuela ya llevaba tiempo cosiendo, pero había que sacar adelante a toda la prole. Por aquellos años la guerra civil llegaba a su fin y nosotros nos habíamos librado de ella. Dos de los hermanos de mi madre la hicieron en el bando republicano y cuando todo estaba perdido, se unieron a nosotros en Tánger, como otros muchos. La situación era extraña: llegaban a una ciudad en parte bajo autoridad española pero su especial legislación impedía que fueran perseguidos, de modo que arribaron al puerto muchos rojos, como los llamaba despectivamente Alberto, algunos de ellos personas notables: recuerdo al doctor Dencas, consejero de sanidad de la Generalitat, que instaló su consulta aquí, y a Josep Andreu, fundadores ambos de Esquerra Republicana.

La llegada de mis tíos alivió la situación familiar, al hacerse cargo ellos de algunos de mis hermanastros. Pero no solucionó mi drama: tuve que dejar de estudiar. Ni siquiera ahora, cuando mis días parecen contados, dejo de lamentar aquella desgracia. Yo era una alumna brillante y la vida una hermosa manzana esperando

que le diera un bocado. Me tuve que conformar, para saciar mis ansias de saber, con la lectura compulsiva de todo lo que caía entre mis manos. Leer era ya mi único lazo con la vida que había anhelado, mientras consumía mis sueños en mi puesto de telefonista de un gran hotel. Pasé llamadas a Humphrey Bogart, Sidney Poitier, Barbara Hutton, Cary Grant, Onassis y tantos más, una pléyade que desfilaba ante mis ojos para recordarme que hay varios mundos dentro de éste y que a mí no me había tocado vivir en el mejor de ellos.

Fue entonces cuando apareció él. Guapo, elegante, distinguido. Educado y culto, galante, amable, dicharachero. No se alojaba en el hotel, pero pasaba por ahí de vez en cuando para tomarse un whisky en el piano bar, y nunca dejaba de dedicarme un saludo cortés y, en ocasiones, unos instantes de conversación. Llegó una noche con una rubia cogida del brazo. El pellizco que sentí en el estómago delató mis celos y tuve que rendirme a la evidencia: me había enamorado de Alberto.

La guerra mundial estaba en su apogeo y Tánger no era ajena a ella: todos salimos a la calle a recibir a las tropas españolas que ocuparon la ciudad el 14 de junio de 1940. España abrió sus puertas a los alemanes, expulsó al Mendub y convirtió su palacio en el consulado nazi. El abastecimiento desde el Marruecos francés quedó interrumpido y pasamos unos años muy difíciles. El pánico se apoderó de los republicanos refugiados en un Tánger plagado de espías y mis tíos buscaron trabajo durante esos años en Casablanca para regresar en 1945, una vez recuperados el estatuto internacional y la tranquilidad.

Pero mi gran inquietud en esos tiempos complicados no era la guerra. Después del trabajo atendía la casa y a mis hermanos, mientras la abuela se dejaba los ojos enhebrando agujas. Terminada la tarea cotidiana, dejé de refugiarme en los libros para centrarme en el sueño de un amor que se me antojaba imposible. Quién era yo, modesta telefonista, para aspirar al amor de ese hombre de modales refinados y trajes de corte perfecto que, además, llegaba cada día con una acompañante distinta. Intenté ahuyentar la quimera que me perseguía día y noche, pero no había manera. Creo ahora que vi en Alberto el sustituto de mis sueños rotos por el abandono de la escuela, una oportunidad para reavivar el anhelo de superar las estrecheces del hogar familiar.

Hasta que un buen día, Alberto se acercó a mí, me saludó con su cortesía acostumbrada y me invitó a cenar. Recuerdo el calor en mis mejillas, el corazón desbocado, mi balbuceante afirmativa.

Ahora sé que ese fue el preciso instante en que me condené, entregándome a un hombre cuyo afán de destrucción de todo lo que se ponía a su alcance no conocía límites. ¿Estaba realmente enamorado de mí o encontró, quizá tras otros vanos intentos, a la víctima idónea en quien descargar todo el odio que llevaba inoculado?

Pero en ese momento no sabía nada de eso. Solo veía mis sueños cumplirse. Cegada por el amor, no vi la red en que estaba cayendo, la telaraña que habían tejido para mí. Sus desplantes se fueron multiplicando, pero siempre había una palabra cariñosa para justificarlos, una explicación para compadecerlo, y lograba así que mi amor saliera reforzado, jamás mermado. Me pidió matrimonio y vi el cielo abierto. Al fin llegaba mi momento, se abría la puerta a la vida nueva. Él había encontrado trabajo en un banco, un puesto menor, pero confiaba en escalar peldaños hasta llegar a lo más alto. «Algún día dirigiré esa oficina, ya verás», me dijo, y a mí no me cabía la menor duda. De todos modos, eso era lo que menos me importaba: el amor estaba ahí, qué más pedir. El amor y un hombre como la copa de un pino, dije a mi familia.

A los míos, sobre todo a mis tíos, no les gustaba. Alberto era franquista y presumía de ello. Franco, Hitler, Mussolini eran sus héroes. A mí lo de Hitler no me hacía mucha gracia, pero no había manera de oponerse a sus puntos de vista. Aprendí muy pronto a no contradecirlo porque se ponía hecho una furia y no era cuestión de arruinar por nimiedades el regalo que me hacía la vida. En realidad nunca había tenido ideas políticas propias, así que no me costó adoptar las del que iba a ser mi marido. Al fin y al cabo, eso ayudaría a la armonía de nuestra relación. Que mis tíos fueran rojos me parecía bien. Pronto supe que a él no le era indiferente.

Ocurrió el día mismo de la boda. Nuestra situación económica no admitía banquete y él no tenía familia en Tánger. La abuela y mis tíos prepararon algo en casa e invitamos a los amigos más cercanos. Quedamos en vernos al salir de la iglesia y los míos se adelantaron para prepararlo todo. Yo estaba radiante con mi galán cogido del brazo, esperando orgullosa el momento de la entrada triunfal, y mis tíos me habían prometido no tocar el tema político. Pero mi galán tenía otros planes para mí. Sacó de su bolsillo dos billetes para Madrid: «Salimos dentro de tres horas, vas a conocer a mi madre». No hubo manera de convencerlo de pasar antes por casa, aunque fuera para despedirme, avisar de que no asistíamos a la fiesta que habían organizado para nosotros. «Nos vamos inmediatamente y no hay más que hablar». Había comprado ropa

para cambiarme en la pensión donde se alojaba. «En Madrid compraremos lo que necesites». ¿Cómo pude ser tan estúpida, me he preguntado muchas veces y me lo pregunto de nuevo ahora? La congoja de saber a mi familia esperando, preocupada, ansiosa, disgustada, me acompañó todo el viaje. Uno de sus amigos tenía el encargo de avisar de nuestra partida. Opté finalmente por no permitir que nada empañara mi primer día de matrimonio.

No supe ver por entonces que Alberto había empezado el trabajo de adiestramiento, que la obediencia ciega iba a ser la norma cotidiana; la sumisión absoluta, la regla de oro; el secuestro de mi voluntad y de mis pensamientos y su total asimilación a los suyos, el plan. Ni que separarme de mi familia era parte de la estrategia.

Tampoco que al iniciar aquel viaje había empezado a dejar de ser yo misma, y que me quedaba mucho adoctrinamiento por delante.

5

—Buenos días, señora, disculpe por llegar tarde —Amina se había retrasado media hora—, mi marido se puso enfermo esta madrugada y he tenido que atenderlo. Además, como salí tarde de casa, perdí el autobús y tuve que esperar a que llegara otro. Ya sabe cómo es la cosa con los autobuses aquí. Sí, ya sé que no le gustan las excusas, que quiere que esté siempre a mi hora, pero hasta que no llegó mi cuñada para quedarse con mi marido no pude salir. No lo puedo dejar solo, señora, ya sabe que está muy mayor.

La luz invadió la habitación y Amina descubrió que la noche anterior había sido más movida de lo habitual: sobre la mesa, unos cuantos vasos y una botella de whisky vacía delataban visita abundante. Se puso manos a la obra, empezando por el vaso del señor. Al colocarlo en el armario, descubrió que había otra botella de whisky, mediada ésta, y pensó que lo que faltaba había sido consumido la tarde anterior, a juzgar por la cantidad de vasos que vio sobre la mesa. En más de una ocasión le había dicho al señor que le disgustaba tener que fregar vasos que hubiesen contenido alcohol, pero a él se le olvidaba.

—Ayer fui a casa otra vez, señora. El señor me pidió que fuera a plancharle unas camisas y a dejarle hechos unos boquerones fritos y una ensalada de pimientos para la cena. Aproveché y le preparé el almuerzo, seguramente no está comiendo muy bien estos días

que no estoy allí, ya sabe que él no es de cocinar. Le preparé unos filetes con patatas fritas y una ensalada de lechuga. Se enfadó un poco conmigo porque me llamó desde el salón con la campanita y yo no lo oí. «Seguro que estabas escuchando la radio», me dijo, y yo le contesté «No señor, es que con el ruido de las patatas al freír no se oye muy bien, además tuve que abrir la ventana por el humo, ya sabe cuánto ruido hay en la calle; perdone, señor». Después Cristina fue a buscar la comida a la cocina, siempre que puede intenta quitarme trabajo. Ella nunca toca la campanita, y la verdad es que los niños tampoco, cuando necesitan algo se levantan y vienen a buscarlo. Esto nunca se lo he dicho, señora, pero en casa no he comentado que me llaman con campanita, me da vergüenza que lo sepan. Además, seguramente mis hijos se enfadarían mucho y me dirían que no hiciera caso cuando la oiga. No he dicho nada; no quiero problemas, señora.

El día había amanecido soleado y cálido. El levante se mostraba indulgente con la ciudad ese verano. Las amigas de Isabel debían de disponerse a ir a Yatch Club en ese momento. Amina levantó la colcha de la cama, la sacudió para liberarla de las arrugas dejadas por las visitas al sentarse a su lado, le quitó el sudor de la frente con una toallita húmeda y dejó en ella una caricia leve, respetuosa.

—Todo estaba bien en casa, señora, me la encontré como la dejé el último día que fui —mintió—. Puede estar tranquila con eso. El señor me dio dinero para coger un taxi, porque salí tarde de ahí. Mi familia le manda muchos recuerdos, rezan todos los días para que se ponga buena pronto. Mi hija la de Madrid bien, señora. Su marido se ha quedado sin trabajo, ya sabe cómo está la cosa en España, pero ella sigue limpiando y haciendo la comida en una casa. Sí, señora, está contenta porque se portan bien con ella. Dice que los españoles ahí tratan mejor a las criadas que los de aquí. Mejor para ella, así yo estoy más tranquila.

Sonó el teléfono y Amina lo cogió. Era Carmen. Preguntaba cómo había pasado la noche Isabel, si había alguna novedad, y Amina le contestó que todo seguía igual, que la señora estaba tranquila. Avisó que pasaría a verla a lo largo de la mañana.

—Era la señora Carmen, señora. Va a venir a verla esta mañana. Tiene suerte de tener tantos amigos, mucha gente la visita. La señora Carmen es muy buena, se preocupa mucho por usted. Si algún día me pongo enferma, Dios no lo quiera, me gustaría tener a tanta gente a mi lado. Nosotros no tenemos amigos, señora, no hay tiempo para eso, pero tenemos familia, mucha familia. Mejor. La familia siempre te ayuda, con los amigos nunca se sabe. Sus amigos

hablan mucho, señora, y no siempre dicen cosas buenas. Mire el señor, se enfada mucho, a veces le grita, pero siempre dice que la quiere. Los niños no están en la casa, señora, solo Cristina. ¿Se han ido ya? Albertito me dijo que se quedaba unos días, no sé qué ha pasado. A lo mejor se han ido a otro sitio para no estar con su padre. El otro día discutieron mucho durante el almuerzo, nunca le había oído hablarle así al padre. Seguramente están nerviosos por lo suyo. Albertito decía muchas cosas, ya sabe que hablan delante de mí como si yo no estuviera, como si no existiera, así que me entero de todo. A veces pienso que es porque yo soy para ustedes como un mueble, un mueble que camina, hace la comida, sirve la mesa, la recoge. Pero después pienso en ello y digo que no, que lo que pasa es que para ustedes soy como de la familia, como cuando mi marido me regaña y lo hace delante de mis hijos porque ni se da cuenta de que están ahí; si fuera otra persona la que está delante se callaría y esperaría a que se fuera para regañarme. Y Albertito le decía que se había callado todo lo que le tenía que decir solo por usted, señora, porque sabía que si no después la pagaba con usted, le echaba la culpa de todo, decía que usted enfrentaba a sus hijos con él. Le dijo que era un cobarde, que lo había sido toda su vida, y que se alegraba de poder decírselo al fin, ahora que ya no le podía hacer a usted más daño del que le había hecho. Le dijo: «Vas a estar solo lo que te quede de vida porque nadie quiere saber nada de ti, si hasta ahora te han aguantado es por ella, y solo por ella». Lo que más me sorprendió es que el señor no hablaba, estaba callado, ¿se lo puede creer? Seguía comiendo sin levantar los ojos de su plato. No sé lo que dijo después porque yo ya estaba en la cocina, pero se levantó, dio un portazo y se fue de la casa gritando: «Sois unos desagradecidos y unos malnacidos». Un rato después se fueron Albertito y Javier, y desde entonces no los he vuelto a ver. A lo mejor se han ido con sus familias, no sé. Pero Cristina se quedó, ahora están el señor y ella solos en casa.

Una enfermera entró, saludó a Amina, conversó un rato con ella en árabe. Cambió la botella de suero, puso bajo la axila de Isabel un termómetro y siguió charlando hasta que lo retiró, cinco minutos más tarde. «No tiene fiebre», dijo, «el doctor pasará dentro de un momento».

—Señora, a lo mejor no le tendría que haber contado todo esto sobre el señor y Albertito, no es el mejor momento para preocuparla con estas cosas. Pero lo pensé mucho antes de decidir si se lo contaba o no, y al final creí que lo mejor era hacerlo, porque una mujer debe saber todo lo que pasa en su casa, lo bueno

y lo malo. A nosotras nos toca llevar la casa, señora, usted lo sabe igual que yo. Yo sé quién se preocupa de que las cosas vayan bien, quién intenta evitar las discusiones, los disgustos, quién sufre en silencio. Soy una mujer como usted, señora, y me doy cuenta de todo. Sí, el señor trabaja, trae el dinero a la casa, ¿pero qué hace desde que llega? Esperar a que lo sirvan, nada más. Él crea los problemas, usted intenta evitarlos y, si llegan, tiene que solucionarlos, cargar con la culpa. Si se ha perdido una cosa, es que usted no lo ha colocado en su sitio; si algo se ha roto, o ha sido usted o he sido yo; si le hace falta sal a la comida, otro problema, otra discusión. Y usted escucha y aguanta, siempre callada. Somos mujeres las dos, señora, yo sé cómo es la cosa. ¿Y quiere que le diga algo? Usted tiene dinero y yo no; usted tiene criada y yo solo me tengo a mí misma; usted sale a la calle a pasear, a comprar ropa, a cenar, y yo no conozco más camino que el que separa su casa de la mía. Pero en el fondo, nuestras vidas se parecen mucho. Nuestras vidas son más parecidas de lo que puede imaginarse, señora. Yo también sé lo que es llorar en silencio, como la he visto hacer a usted. Yo también sé lo que es un marido que manda y grita. Yo también sé qué es vivir solo por los hijos, señora. Somos mujeres las dos.

La puerta se abrió y Alberto entró en la habitación, sorprendiendo a Amina en su monólogo.

—¿Con quién hablas, Amina?

—Con la señora, señor.

—¡Qué barbaridad! —rio Alberto—. ¿No ves que no te puede oír?

—Dios solo sabe, señor.

—Sí, mujer, claro. Anda, déjate de bobadas y pregunta a la enfermera a qué hora pasa hoy el médico. A ésta no hay quién la entienda. No comprendo cómo pueden poner a una enfermera que no hable español, o al menos francés. Vaya gente…

—Sí señor. Voy enseguida, señor.

6

José María y Carmen han venido a verme hoy. Llegaron a la vez y eso me sorprendió. Habrán coincidido en la puerta, pensé. Pero pronto me di cuenta de que no. Él le dijo que no podía aguantar más, que ya estaba cansado de fingir y que a estas alturas de sus vidas no podían echar por la borda todo lo que había entre ellos. ¡José María y Carmen! No me lo podía creer. Por un momento sentí una especie de vértigo, y volví a tener la sensación de que estaba soñando, como la mañana en que desperté sin saber dónde estaba ni qué me pasaba. No podía ser, los dos estaban casados, tenían su vida familiar hecha como Alberto y yo, algo más jóvenes, sí, pero no en edad de tontear. Se ve que él se propasó porque ella pidió que la soltara:

—Hombre de Dios, ¿no te das cuenta de que puede entrar alguien?

—Me da igual, Carmen, te digo que ya no puedo más. No podemos seguir viéndonos a escondidas como colegiales. Tenemos que irnos de esta maldita ciudad donde siempre hay que andar ocultándose.

—Josemari, por favor, vas a acabar conmigo. ¿Crees que la cosa es tan sencilla? Además, ¿dónde quieres ir?

—A España. Carmen, ¿dónde si no? A Madrid o a Málaga, como han hecho todos. ¿Hasta cuándo vamos a seguir pudriéndonos aquí?

—¿Y Antonio? ¿Qué hago con Antonio, Josemari? ¿Es que no te das cuenta de que no puede ser?

—A Antonio que lo zurzan, Carmen, vida mía. ¿Acaso vas a arruinar todo esto por un tipo que no ha hecho más que amargarte la vida?

—Josemari, por Dios, que es mi marido. ¿Y qué va a ser de Maruchi?

—De Maruchi me encargo yo, y si le tengo que decir la verdad se la digo y santas pascuas, Carmen, que ya no aguanto más.

—Y dale, Josemari, suéltame que puede entrar alguien. Además aquí, delante de Isabel, me da cosa, hombre.

—Pero qué cosa ni qué cosa, ¿no ves que está más allá que acá?

—¡Josemari, no te lo consiento, pareces tonto, hombre!

—Tienes razón, lo siento, se disculpó José María; ya sé que es tu amiga del alma, pero es que no puedo más, Carmen. Aunque me reconocerás que nos viene de maravilla, porque gracias a ella nos podemos ver a solas. Carmen se enfadó: «Pero mira que eres bruto; de todas maneras tenemos que tener cuidado, no vaya a ser que se den cuenta de que cada vez que vengo a verla da la casualidad de que estás tú, y encima sin Maruchi, a ver cómo se explica que vienes siempre a ver a Isabel sin tu mujer.»

Mi amiga del alma… y tanto que lo es… Mi única cómplice, mi mejor aliada. No tenemos secretos, o eso creía yo. ¿Carmen y José María amantes? Es que no me lo puedo creer. Nunca me ha dicho nada, ¿cómo ha podido ocultarme algo así? ¿Lo habría hecho yo? Por ejemplo, si en algún momento le hubiera dicho yo a Paco lo enamorada que estoy de él, lo bien que me siento cuando está presente, cuánto pienso en él mientras Alberto ronca como un condenado, lo feliz que sería a su lado, porque después de todo lo único que espero de un hombre es cariño y buen trato, consideración, eso que llaman ser un caballero con las damas, de lo que tanto presume Alberto ante los demás pero que únicamente ejerce conmigo cuando hay gente delante, y así tiene la fama que tiene para el que no lo conoce bien, en fin, si le hubiera dicho yo eso a Paco y nos hubiéramos hecho amantes, ¿se lo habría contado a Carmen? Pues igual no, igual la vergüenza habría podido conmigo, y no me habría atrevido. Si hubiéramos estado en Madrid, o en Málaga, todavía, pero en Tánger…. Quita, quita, no quiero ni pensarlo. Así que no te lo tengo en cuenta, Carmen, cómo me gustaría decírtelo, pero eso sí, cuéntamelo todo y te aseguro que te voy a entender de pe a pa, y a lo mejor hasta me va a dar un poco de envidia, aunque ya podrías haber elegido a otro, porque José María, hija, con ese tripón y ese bigote de fascista… Será porque lo lleva Alberto también y le he tomado manía, cada vez que veo un bigote de esos me da hasta repelús. Pero bueno, si a ti te gusta… Yo te contaría lo de mi Paco, sí, aunque no haya pasado nada entre nosotros, ni pasará, ni lo quiero pensar; he necesitado tantas veces contarle mis sueños a alguien… ¿pero a quién?, a mi hija ni hablar; te lo contaría a ti, ¿pero qué tiene este Tánger que nos hace vivir tan para dentro, Carmen? Es como si viviéramos en una cárcel en la que fuéramos nuestras propias carceleras, todas presas del mismo miedo a hablar y a acabar siendo pasto de ese grotesco cotilleo tangerino.

Miedo por lo nuestro, claro, porque lo de los demás sí que nos gusta contarlo, bien lo sabes. Mi hija me dice que somos tan

cotorras porque no tenemos nada mejor que hacer, que presumimos de clase porque tenemos criadas y vamos al club de golf y al salón de té Porte y al *Yatching* pero que en realidad somos unas catetas con pretensiones y sin más horizonte que el Hola o el Semana. Qué cosas dice la pobre, estas niñas de hoy están en la luna. También se enfada cuando digo que se va a enterar toda la ciudad, porque dice que con eso de toda la ciudad en realidad me estoy refiriendo a los cuatro españoles mal contados que aquí quedamos, y que eso no es toda la ciudad. Como si yo no supiera que esto está lleno de marroquíes, qué les importarán a ellos nuestras cosas; pues nada, ella no entiende lo que quiero decir con eso de «toda la ciudad». No lo entiende o no le da la gana entenderlo.

Mientras Carmen y José María seguían conversando pensé en una cosa que me pareció divertida. Es la primera vez, desde que estoy así, que me siento sonreír. Supongo que quienes me estén mirando no lo notarán, que mi rostro comatoso estará como los que yo misma he visto, inmóviles y relajados, pero por dentro sí que sonreí. Fue al imaginarme, ya curada, fuera del hospital, en Porte con Carmen, esta conversación:

—Y qué tal está José María, ¿Carmencita?

—¿José María? ¿El marido de Maruchi? Pues supongo que bien, hace tiempo que no los veo. ¿Por qué, le ha pasado algo?

—Pues mira, no debería decírtelo, pero como eres mi mejor amiga no me lo pienso callar.

En la conversación que imagino, acerco mi boca a su oído y bajo la voz:

—Dicen que se ha enamorado de otra y que le pone los cuernos a Maruchi —ella se pone muy nerviosa y empieza a tartamudear.

—¡Pero qué me dices! Isabel, no deberías hacer caso de esas habladurías, eso son puros cotilleos tangerinos. Parece mentira que no sepas cómo es la gente aquí. Además, él adora a su mujer, ya sabes lo bien que se llevan.

—Sí, como tú con tu marido y yo con el mío, hasta que se cierra la puerta de casa y se echan los cerrojos.

—Pero bueno, ¿quién te ha contado esa barbaridad?

—Se dice el pecado pero no el pecador. Pero te aseguro que lo sé de buena tinta. Es más, de mejor tinta, imposible.

Me dio un poco pena de Carmen, la veía tan nerviosa que estuve tentada de decirle la verdad, pero como todo eran imaginaciones mías y no le hacía ningún daño, decidí hacerla sufrir antes un poco más, para vengarme por la ocultación de un cotilleo de tal calibre, con la de cosas que nos contábamos sobre las demás.

—Y si se puede saber, ¿con quién le pone los cuernos a Maruchi?

—Pues eso no me lo han dicho pero te aseguro que de aquí a un par de días se lo sonsaco a quien me lo confesó: está frita por contármelo, se lo noté enseguida. Te prometo que en cuanto me entere, serás la primera en saberlo. ¿Quién lo iba a decir, verdad? Un hombre tan recto, tan de misa. Pobre Maruchi…

—¿Y ella lo sabe?

—Por lo visto no. Ya sabes lo que pasa con estas cosas: el cornudo es el último en enterarse. O la cornuda, en este caso. ¿Quién será la zorra que lo habrá engatusado? —dije primero en la conversación, pero después me lo pensé mejor porque me pareció un poco fuerte y rectifiqué: «¿Con quién se habrá liado el bueno de José María?».

Carmen no sabía dónde meterse y me sentí culpable por hacer pasar ese mal rato a mi mejor amiga, así que decidí ir al grano:

—Mira Carmen, vamos a dejarnos de cuentos, que entre tú y yo no hay lugar para las mentiras. Así que se acabó el teatro: la amante de José María eres tú.

—¿Pero Carmen, por Dios, cómo te atreves? ¿Sabes lo que estás diciendo? —qué bien se hizo la indignada la muy puñetera, y es que a teatrera no la gana nadie.

—Pues hija, eso es lo que me han dicho, y ya te digo: de mejor tinta imposible.

La camarera dio un respiro a la pobre con su bandeja de pasteles. Yo elegí una *religieuse* y una *patate douce*. Qué ricos los pasteles de Porte, por favor… En cuanto me ponga buena, lo primero que hago es comerme un par de ellos.

—¿No dices nada, Carmencita? ¿Se te ha atragantado el tocino de cielo?

—Isabel, si quieres que sigamos siendo amigas, me dices ahora mismo quién me está difamando, o me levanto y me voy.

—Vale, tú lo has querido. Me lo ha dicho… ¡tú misma! -Y como se quedó muda y se le puso la cara más blanca que la servilleta tras la que intentaba esconderse, seguí:

—Sí, tú, Carmencita. Ay, Josemari, suéltame, que nos van a pillar. Ay, Josemari, qué va a ser de Maruchi. Ay, Josemari por aquí, ay, Josemari por allá…

Entonces imaginé que empezamos a reír a carcajadas y me sentí más cerca de mi amiga que nunca, cuánto la echaba de menos en mi enclaustramiento sin poderle decir que lo estaba escuchando todo y que podía contar conmigo para lo que quisiera. Que yo

también tengo mis sueños, unos sueños que viven cautivos entre las paredes de mi miedo, de mi angustia, de mi soledad maquillada, mi frustración maquillada, mi vida entera maquillada. Que la soledad extrema en que vivo estos días no me es del todo desconocida y quizá por ello me resulte casi llevadera porque, de alguna manera extraña, hasta me siento más segura, sin peligro que me aceche, sin la amenaza omnipresente de la voz de Alberto, una voz que me persigue por dentro, que me vigila por dentro, que no necesita su presencia para hacerse oír. Tengo mis sueños, Carmen, pero nunca los pude compartir contigo porque son sueños secuestrados, sueños-silencio, sueños-refugio, sueños-salvavidas, sueños prohibidos. Y ahora, desde esta atalaya que me está permitiendo conocer el mundo tal como es, quiero decirte que ojalá te hubiera permitido entrar alguna vez en ellos, que ojalá deje algún día esta vida en que la realidad y la ensoñación se confunden para poder, te prometo que lo haré, abrirte la puerta de la mazmorra en que los tengo encerrados.

Creo que me dormí pensando en ello, salvo que lo soñara, porque me despertó la voz de Amina, y eso quería decir que había empezado un nuevo día:

—Buenos días, señora, ¿ha pasado una buena noche?

7

Los años de noviazgo fueron hermosos. Paseaba agarrada del brazo de Alberto y me sentía la mujer más afortunada del mundo. Era una diosa que tarareaba la canción de María Dolores Pradera porque era yo aquella mujer a la que la gente miraba con envidia, yo quien iba bajo el sol y sin apuro, sin apuro y sin miedo porque él me transmitía toda la seguridad que me había faltado en los años difíciles. Era mi refugio y mi guía, Alberto, él sabía qué camino debíamos seguir, qué nos convenía a los dos. Él sabía lo que me convenía y yo aceptaba todo lo que me tenía reservado. Qué bello era el Tánger que vio nacer nuestro amor, con su playa deslumbrante, la algarabía del zoco chico, los *dancing clubs* en que me hacía volar sobre la pista, los restaurantes al aire libre, los salones de té. Éramos los españoles de Tánger, éramos algo en esa ciudad en la que los marroquíes ponían la nota exótica y nos hacían la vida más fácil. Estábamos rodeados de franceses, ingleses, italianos, y mientras en el mundo nuestro país era ninguneado, aquí nos tuteábamos con toda Europa. Muchos vivíamos modestamente, la cosa no era fácil para todos, pero el hambre de España quedaba muy lejos y raro era el que no tenía una criada en casa para todas las labores domésticas. Las revueltas de los cincuenta nos despertaron durante unos días de nuestro letargo. Hasta entonces el moro había sido inofensivo, había aceptado el papel que le correspondía, eso pensábamos, de forma natural. Pero la cosa se fue poniendo fea y las calles del centro fueron invadidas por hordas armadas de palos y de piedras. Estallaron escaparates, corrió la sangre por las calles tranquilas de nuestro Tánger. Los soldados no tardaron mucho en devolverlos a sus barrios de hojalata, en devolvernos nuestra ciudad, pero supimos definitivamente que ésta no acababa en los aledaños del bulevar, el zoco chico y la Avenida de España. Mis tíos estaban a favor de los revoltosos. Hablaban de lucha de clases y decían que nosotros estábamos más cerca de ellos que de los ricachones europeos que explotaban al pueblo. «Ellos estaban en su casa y nosotros venimos a quitarles lo que les pertenece, empezando por su libertad y su dignidad», decían. Alberto se ponía negro cuando los escuchaba y los trataba de ignorantes y de comunistas. Yo adoraba a mis tíos

pero tenía claro de qué lado tenía que ponerme. No eran sus ideales los que me iban a desviar del camino que la vida había trazado para mí, la pobre telefonista de hotel que paseaba del brazo de uno de los chicos más apuestos, más elegantes, más galantes de la ciudad.

No me daba cuenta entonces, embelesada por el sueño en que vivía, de que me estaba modelando a imagen de sus delirios. He tenido que llegar hasta esta cama de hospital, exiliarme del mundo, para caer en la cuenta de manera tan nítida. Hacía años que no pensaba, como hago ahora, en aquellos tiempos que ya no parecen pertenecerme, en que vivió una Isabel que ya no existe. Hoy, cuando el círculo de mi existencia se está probablemente cerrando, reconozco de nuevo a la joven hermosa y alegre que entregó su vida a Alberto: haz lo que quieras conmigo, soy tuya y a ti me encomiendo.

La prohibición de celebrar nuestra boda con mi familia fue el primer aviso. A pesar del miedo que sentí aquella tarde, justifiqué la actitud de Alberto: necesita llevarme hasta su madre ese mismo día, él que se había negado hasta ese momento a hablarme de su familia; quiere sorprenderme, tenerme para él solo el primer día de casados; sabe que es mi primer viaje fuera de Marruecos, me ha reservado la mejor sorpresa; el amor es así, a veces te impide calibrar las cosas en su justa medida, no se da cuenta de cuánto me duele dejar a los míos confundidos, abandonados, humillados. No ha querido hacerme daño, solo quiere mi felicidad, me lo ha asegurado y yo lo creo.

El siguiente aviso fue más contundente. Acababa de quedarme embarazada de Albertito. No podía concebir mayor felicidad, y hoy comprendo que eso le dolía, pero tuvieron que pasar todos estos años para percatarme de que la dicha ajena le resultaba dolorosa, insoportable. Sí, hoy sé que tanta felicidad era más de lo que podía soportar, que ni siquiera sabe aceptar la que él mismo genera. Hoy sé que ésa fue la razón por la que me cruzó la cara de un revés, me hizo caer sobre el sofá con el labio partido, la sangre brotando, el alma rota. Ni siquiera recuerdo cuál fue la excusa que esgrimió para agredirme, y de todos modos da igual, porque lo importante era que comprendiera claramente el mensaje: la Isabel que fuiste ha muerto, ha nacido la nueva Isabel, la que me pertenece y me obedece, la que tiene que pedir permiso para todo. Sí, también para ser feliz.

Esa vez sí sucumbí al pánico. En aquellos tiempos, que un hombre pegara a su mujer en España no era nada especialmente

llamativo. Recuerdo ver en la televisión española el anuncio de un brandy en que el cabeza de familia le propinaba un tremendo tortazo a su esposa por no atenderlo debidamente, lo que le hizo comprender que su error había sido no adivinar el momento de tenerle dispuesta su copa de coñac Soberano. Pegar a la mujer podía estar mal visto entre quienes pretendían codearse con la buena sociedad, porque lo que correspondía era aparentar galantería, y por ello la paliza debía disfrazarse de caída inoportuna o de tropiezo contra una puerta si la marca delatora era un ojo morado. En mi caso la versión impuesta fue un resbalón que me hizo caer de bruces contra el suelo mojado, una imprudencia tremenda dado mi estado de gestación. Lo oculté, desde luego que lo hice, porque él así me lo mandó, pero también por la vergüenza de que se supiese cómo se las gastaba en realidad el galán del que tanto había presumido.

Lo oculté a todos menos a mi familia. El pavor me llevó a refugiarme en la casa de mi infancia, junto a la abuela, mis hermanos y mis tíos. Ellos fueron quienes se enfrentaron a Alberto cuando se presentó para llevarme de nuevo consigo. Su amenaza pudo con nuestra resistencia: el abandono del hogar era por entonces un delito, y un simple puñetazo no era un argumento suficiente. Me pidió perdón, prometió que no volvería a ocurrir, que se había dejado llevar por los nervios. Todo seguiría igual entre nosotros, ese penoso accidente no podía desviarnos de la vida que nos aguardaba, de la criatura que esperaba encontrarse con unos padres unidos y felices. Supe perdonarlo del todo pero el miedo se había instalado en mi vida, y hasta hoy no ha hecho sino crecer, erigirse día a día en el motor de todos mis movimientos, de todas mis decisiones, también de todas mis ideas. Antes de contradecir a Alberto, una inercia venida del miedo me llevaba a asumir sus opiniones como mías. Acepté la sumisión como mi estado natural, el espacio en que debía aprender a moverme, la condición para una vida conyugal de la que ya nunca podría, ni querría, escapar. Si obedecía, aprobaba, soportaba, callaba, todo iba bien, porque cualquier otra actitud era una provocación por mi parte. Me acomodé y dejé menguar mi idea de la felicidad, la adapté a lo irremediable, a la cotidianidad. Aborrecí, eso sí, el sexo, porque desde el día del primer tortazo dejó de resultarme placentero para convertirse en una obligación penosa, ineludible, en una exigencia de disimulo so pena de ser tachada de estrecha. En ese capítulo no quiero pensar, me duele demasiado, hasta en el aislamiento de esta cama me duele demasiado.

Se acabó el tiempo en que mirarme al espejo era toparme con mi propia felicidad, cuando me sonreía a mí misma, agradecida a la vida por hacerme tan dichosa. Espejito, espejito, quién es la más feliz, decía la princesa que creía ser. La cicatriz en el labio partido por el príncipe encantado estaba ahí para anclarme a la realidad. Tantos años después, me sigue doliendo mirarme en él, como quien lleva una mácula de la que no puede desprenderse, una tara, una vileza que prohíbe la felicidad. Aborrezco por ello los espejos, porque invariablemente veo tras ellos la mirada cruel y burlona de Alberto.

Albertito me dijo en una ocasión que su padre era un enfermo, y yo su principal víctima. Ellos nunca se entendieron, mientras Javier y Cristina se acomodaban a su carácter, repetían el camino que yo llevaba recorriendo desde que nos casamos, daban por buena la vida familiar que les tocó en suerte. Y es que la infancia de ambos fue más llevadera. Su padre alternaba los ataques de furia y la violencia física que los acompañaba con momentos de verdadera ternura, y ellos interpretaron esa doble apariencia como un modo natural de ser. Eran pequeños, no conocían otra cosa. Mientras fueron niños, claro. La adolescencia fue distinta, porque les fue prohibida. No hubo compasión con la rebeldía propia de la edad. Al cumplir los dieciséis, ya soñaban con llegar al final del bachillerato, puerta hacia la Universidad de Granada, donde recalaban los estudiantes españoles de Tánger. Granada significaba libertad. Más aún: liberación. Yo, por mi parte, no quería ni pensar en el día en que se fueran todos mis hijos y me dejaran a solas con Alberto.

En una ocasión, aún no sé si por el placer de verla sufrir o por los celos de verse privado de ella, le dijo a Cristina, cuando le faltaban unos meses para tomar rumbo a Granada, que no podría ir a estudiar, que debería permanecer en Tánger porque su situación económica no le permitía más gastos. Nunca vi tanto desasosiego, tanta desesperación en mi hija. Sus súplicas se toparon con el padre inflexible y mi intercesión fue vana y reprimida con broncas y desprecio. Finalmente, cuando llegó el momento, simplemente no volvió a mencionar el tema y Cristina partió a la universidad tras meses de lágrimas silenciosas.

Hoy, recluida en esta cama, me hago preguntas que nunca antes imaginé, preguntas a destiempo: ¿Han sido mis hijos capaces de perdonar el dolor causado? Lo he visto usar el cinturón, pegar patadas a un hijo tirado en el suelo, amenazar a otro con una lanza, lanzar la rodilla contra unos testículos de doce años, amoratar

piernas y nalgas de ocho. ¿Cómo hemos podido vivir entre tanta violencia? Lo he sentido yo misma y lo he sentido en mis hijos, en todos ellos sin excepción y desde la primera infancia, cuando una sonrisa, una caricia lo cura todo: el miedo paraliza, acongoja, humilla. Y vence. En esa casa había un único vencedor y unos eternos vencidos, eso era nuestra familia.

Así y todo, Javier y Cristina llevaron con resignación su sumisión al padre, alentados por el miedo pero también por mis súplicas: ellos fueron testigos de que, finalmente, las consecuencias de cualquier conflicto terminaban a la postre recayendo en mí.

Con Albertito, la cosa era diferente. La última muestra de cariño paterno se perdía en la noche de la infancia. Padecía un amaneramiento que me preocupaba y que indignaba al padre. Le enseñaron muy pronto a corregirlo, a base de leña y de insultos. No cabía mayor infamia en la cabeza de Alberto que la de tener un hijo homosexual. Le decía: «No seas maricón; compórtate como un hombre; pareces una niñita miedosa». Albertito, acosado, amedrentado permanentemente, se esforzaba en reaprender sus gestos, en reaprenderse a sí mismo. Optaba en ocasiones por no moverse delante del padre con tal de que no se le escapara un gesto inadecuado. Tuvo algunas noviecillas en su adolescencia, nunca supe si porque le gustaba tenerlas o para demostrarnos que era un hombre. Pobre Albertito, como lamento ahora no haber sabido defenderlo, haber sido tan cobarde, siempre tan cobarde. Hace unos días, sentí su voz muy cerca de mí, casi como una caricia: «Cuánto te quiero, mamá, cuánto te he querido y cuánto te quiero, ojalá te lo hubiera dicho cuando me podías oír.»

Te puedo oír, hijo mío. Te puedo oír y ojalá pudiera contestarte, preguntarte cómo me puedes querer cuando siento que os dejé abandonados a vuestra suerte.

Albertito no. Albertito nunca aceptó someterse del todo a su tiranía, y desde la adolescencia combatió su miedo con el enfrentamiento. No siempre le fue bien. Recibió más golpes que ninguno, pero supongo que su dignidad sufrió menos. «Te han secuestrado y padeces el síndrome de Estocolmo», me aseguró en una ocasión sin saber cuánta tristeza me producían sus palabras, quizá porque no se las podía rebatir. «Te has casado con un enfermo», me dijo. Yo no le podía explicar dónde había nacido la enfermedad de su padre, porque la sola idea de que Alberto se enterara me daba pánico. Tal fue el ahínco, la determinación con que ocultó a todos su verdadera vida y se inventó una nueva en la ciudad en que había venido a enterrar su antigua identidad. Eso fue

Tánger para tantos europeos: un cementerio de vidas desertadas, de identidades denostadas. Un refugio para quienes tenían algo que ocultar, un pasado ominoso, un dolor por desterrar.

Han pasado tantos años desde los tiempos del amor…

8

Amina viene todos los días a cuidarme. Es la primera en aparecer tras las enfermeras. En realidad, estas entran y salen cada dos por tres, supongo que a tomarme la temperatura, reponer suero, cambiar el pañal, esas cosas que se hace con los enfermos en un hospital. La sensación de irrealidad permanente en la que vivo tiene que ver, creo, con el hecho de sentir únicamente las voces y los ruidos, y solo a veces la sospecha de un roce, de una caricia. Es como si todos los demás sentidos me hubieran abandonado: solo puedo interpretar lo que ocurre a mi alrededor con el oído. No sé cuándo me tocan, me lavan, me pinchan, me introducen el termómetro en la boca. Solo tengo las voces para orientarme en el mundo.

Caigo en la cuenta de que Amina es la única persona que siempre se dirige a mí directamente. Alguna que otra vez lo hacen las enfermeras, también el doctor Molina, y mis hijos cuando la habitación se ha vaciado de voces y se han quedado a solas conmigo. No sé si se acuestan a mi lado, pero me gusta imaginármelo.

Pero Amina lo hace siempre, haya gente delante o no. La intuición se va transformando en certeza: Amina sabe que la entiendo cuando me habla. No sé explicar de otro modo su actitud. Me da incluso la sensación de que escucha mis respuestas, porque a veces sigue la conversación. Me dice por ejemplo:

—¿Ha dormido bien esta noche, señora?

Y después:

—Me alegro, señora, es importante que descanse, para que se recupere pronto. No sabe cuánta falta hace en esa casa.

Y tras una breve pausa:

—Sí, señora, claro que hace falta, y mucha. Desde que no está, la familia se ha roto. Albertito ha desaparecido y Javier y Cristina solo aparecen de vez en cuando. El señor se pasa el día sentado en su butaca frente al televisor, cambiando de canal todo el tiempo. Solo se reúnen para comer, y en silencio casi siempre. Cuando el señor va a hacer la siesta, después del café, los niños se quedan un rato hablando en el salón.

Amina habla conmigo como lo hacía cuando yo estaba bien. No

había pensado en esto hasta ahora: lleva con nosotros más de treinta años y solo la he visto dentro de casa. Salvo una vez, cuando nos invitó a comer a todos a la suya, hace mucho tiempo. Recuerdo que sus hijos esperaban en la calle de tierra a que apareciera el coche para guiarnos, corriendo delante de nosotros, hasta la modestísima casa en que vivían. Cerramos las ventanillas para que no entrara la polvareda que levantábamos a nuestro paso. A Cristina, que no tenía más de diez años, se le quedó grabada la visita. Todavía hoy puede describir con pelos y señales todo lo que vio, simples paredes levantadas en un espacio reducido, escaso para albergar a la familia numerosa que vivía entre ellas. Amina nos presentó a su marido y sus hijos acudieron a saludarnos, en fila india, aleccionados para la ocasión. Salieron después de la casa, supongo que a reencontrarse con su espacio habitual, la calle, y solo quedaron los dos más pequeños, que permanecieron pegados a su madre. Nos sentaron en torno a una gran bandeja de cuscús con verdura y cordero y Amina nos sirvió uno por uno, dejando a su marido para el final. Habían comprado Coca Cola. Al salir comentamos que había sido todo un detalle por su parte, porque sin duda no solían beber refrescos, ni comer en tal abundancia. También había comprado una botella de Gris de Boulaouane, el vino que Alberto tomaba para almorzar, algo que nunca había entrado antes en esa casa. La conversación se rellenó artificiosamente. Le pregunté por sus hijos, si iban al colegio, cómo andaban de salud, cómo hacía ella para regresar a diario a su hogar desde tan lejos, y poco más, porque tampoco había mucho que compartir. Recuerdo que me sentí incómoda, levemente culpable, al oírla tratarme de «señora» estando invitada en su casa. Vivíamos en mundos diferentes que confluían, día tras día, en nuestro piso, sin necesidad de rozarnos más de lo estrictamente necesario. Era la primera vez que sobrepasábamos los límites del Tánger que nos pertenecía y tuve la sensación de haber pasado el día fuera de la ciudad, el sentimiento de regresar a un lugar seguro desde que pisamos las primeras calles que nos eran familiares.

Nunca más, creo, he vuelto a ver a Amina fuera de casa, y hasta hoy eso no me había sorprendido.

Ayer, al llegar, me contó lo que había ocurrido la tarde anterior. Se presentó en casa la viuda del taxista. Ella le abrió la puerta, y como estaba sola en ese momento, la hizo pasar a la cocina, su territorio. Ahí estuvieron charlando un buen rato las dos. La viuda había venido a preguntar por mí. Le dijo a Amina que la imagen del accidente le quitaba el sueño y que había sabido que yo seguía

en el hospital, en coma. Quería saber cómo me encontraba. Ella es enfermera, estudió ATS en el instituto español de Tánger y habla perfectamente nuestro idioma. Tiene cuatro hijos, uno de ellos casado, otro trabajando en España, y los dos más pequeños aún estudiando. Cuánto me alegró escuchar a Amina contarme eso. Me había imaginado a la mujer de una manera totalmente distinta y pensé que quizá había equivocado más de un juicio sobre los marroquíes a lo largo de mi vida. Le dijo a Amina: «Cuando se despierte la señora, dile por favor que me alegro de que se haya recuperado, y que me gustaría ir a verla un día. Ella fue la última en ver a mi marido con vida.» También a mí me gustará verla, hablar un rato con ella. Me siento unida a esa familia, probablemente porque desde el momento del accidente compartimos el mismo drama. Él ha dejado de ser para mí un taxista sin más. Me ha tranquilizado saber que ella habla español, que podremos charlar.

El caso es que, cuando llevaban Amina y ella hablando un buen rato, llegó Alberto a casa. Se dio cuenta de que había alguien en la cocina y llamó a Amina con la campanita. Le preguntó por la persona que estaba allí y ella le explicó que era la mujer del taxista, que había venido a preguntar por mí. Alberto le contestó que esa mujer a lo que había venido era a por dinero, a intentar sacar tajada del accidente, y que si creía que él era un estúpido estaba muy equivocada. Sacó un billete de cien dirhams y le ordenó a Amina que se los diera y que le dijera que se fuera para no volver a aparecer por nuestra casa. Amina se sintió avergonzada y no quiso recoger el dinero, e intentaba explicar a Alberto que la mujer no había venido a eso, que solo quería saber de mí. Pero no había manera de que la entendiera. Como él fue alzando la voz, la mujer del taxista escuchó la conversación y salió de la cocina. Saludó a Alberto y le dijo que no había venido por dinero, que no lo necesitaba. Alberto masculló que eso es lo que dicen siempre y luego resulta que es lo único que les interesa. La viuda le preguntó cuántos años llevaba en Tánger. Alberto le dijo que más de cincuenta y que sabía perfectamente cómo se las gastaban. Ella le contestó que era una pena que después de tanto tiempo siguiera sin enterarse de nada y se despidió. Puede volver a guardar su dinero en la cartera, le dijo. Y cuenta Amina que, antes de salir, se volvió hacia él y le espetó:

—Y no se llama a las personas con campanita, eso está bien para los perros.

Alberto se puso furioso y prohibió a Amina que dejara entrar a

nadie en casa en su ausencia, que ella no estaba ahí para charlar con la gente sino para trabajar. Ella se metió en la cocina y puso la radio para que no la oyera llorar.

Cuando me lo contó, sentí vergüenza. Y tristeza, mucha tristeza por no poder contestarle, consolarla, decirle que me encantará ver a la mujer cuando me recupere.

Anoche, cuando las visitas se fueron y Cristina me deseó un feliz descanso, fui a visitar mentalmente a la mujer del taxista. Amina me había dicho que se llamaba Jimo. Al despertar esta mañana no supe bien si había imaginado la conversación o si la había soñado.

Lo primero que hice fue pedirle disculpas por lo que había pasado con mi marido. Ella me dijo que no tenía por qué preocuparme, que por muy marido mío que fuera, yo no era responsable de sus palabras, y eso me tranquilizó muchísimo. Me dijo: «Esas son palabras de hombres, y nosotras somos mujeres. Tenemos otra manera de ver las cosas.»

Así que hablamos de mujer a mujer. Jimo echa mucho de menos a Abdelaziz, su marido. Se llevaban muy bien y, como los dos trabajaban, llegaban a fin de mes sin lujos pero sin estrecheces. Habían dado estudios a sus hijos mayores: uno de ellos se había quedado a vivir en Granada al terminar la carrera de arquitectura y el otro regresó a Tánger a ejercer la medicina. Está casado y ha dado dos nietos a Jimo. Los otros siguen estudiando en el instituto español y sus hermanos les han prometido que les ayudarán para que puedan estudiar en España, como hicieron ellos.

Jimo se enteró del accidente mientras trabajaba. Al parecer su marido no murió en el acto y una ambulancia lo llevó al hospital Al Kortobi, donde trabaja su hermana, enfermera como ella. Fue quien la avisó. Me contó que aún sigue sobresaltándose cuando suena su móvil, que presiente una tragedia en cada llamada. Ha perdido el sueño y el apetito, pero tiene que seguir luchando porque sus hijos la necesitan. Me confesó que, al principio, le dio rabia que fuera yo quien sobreviviera y que acabó sintiéndose culpable por ese sentimiento, y por ello se acercó a casa a preguntar por mí.

Conoció a su marido en el instituto español, donde él estudiaba bachillerato. Por la edad que debía de tener, es probable que coincidieran o con Albertito o con Javier, le dije. Eso me hizo pensar en lo distinta que ha sido nuestra relación con los marroquíes de la que tienen nuestros hijos, y también se lo dije. Ella contestó que en el instituto se llevaban muy bien con los compañeros españoles, que no había ningún problema entre unos y otros. Ella llegó a tener un pretendiente español —¿Sería Albertito,

sería Javier?, volví a pensar— pero al final optó por Abdelaziz, que andaba también detrás de ella. Era muy divertido, me dijo, la hacía reír mucho. Terminó el bachillerato pero no quiso seguir estudiando, lo suyo no eran los libros. Era un hombre emprendedor y, trabajando y ahorrando, acabó comprándose un coche y una licencia de taxista. Siempre veía el lado positivo de las cosas, siempre estaba alegre y hacía que los demás lo estuvieran también. «Y ahora ya no está», se lamentó Jimo. «Mis hijos lo echan muchísimo de menos, no nos podemos creer que se haya ido para siempre. También yo lo echo tanto de menos… Pero lloro siempre a solas, nunca delante de los niños. Me tengo que hacer la fuerte para no transmitirles mi desánimo.»

Prometí a Jimo que volvería a verla, le dije cuánto sentía lo ocurrido. Regresé después a mi silencio. Aproveché que nadie entraba ni salía para pensar. Una idea me rondaba la cabeza, y no era del todo agradable. De pronto descubrí que el taxista marroquí podía tener una vida parecida a la nuestra. Quiero decir que tenía mujer, hijos, problemas, momentos dulces, otros amargos, sueños, proyectos, amor, ilusiones, miedos, ganas de ver a sus nietos, de tomarlos en sus brazos. Cualquiera a quien se lo contara me contestaría que eso es una evidencia. Claro que lo es, y tanto que probablemente me habría dado vergüenza contarlo. Pero la cuestión es ésta: siendo como es una evidencia, ¿por qué tengo la sensación de que a mí nunca me lo ha parecido? Hoy he hablado con Jimo como si lo hiciera con cualquier amiga española, y me he sentido más cerca de Amina de lo que nunca hubiera podido imaginar. Y eso me lleva a pensar en una pregunta que me hace de vez en cuando Cristina: «¿Por qué creemos que los sueños, que los sentimientos son patrimonio de los europeos?» Sí, me pregunto: ¿Qué distancia hemos puesto entre los marroquíes y nosotros después de tantos años viviendo en la misma ciudad? ¿En qué nos hemos equivocado?

Porque hoy, tras el rato pasado con Jimo, presiento que sí, que en algo nos hemos equivocado. Que Amina y yo no somos tan distintas, que ella no tiene nada que ver con la mujer con la que he estado conviviendo tantos años. Aunque ahora no sé bien si todo esto lo he soñado o simplemente imaginado.

9

Javier y Jane están en la habitación en este momento. Cuando llegaron se encontraron con el doctor Molina y le hicieron un par de preguntas sobre mí. Les explicó que la cosa seguía igual, que la hemorragia interna no había podido ser drenada del todo pero que, en ocasiones y con el tratamiento adecuado, la situación podía resolverse. Mi edad es una desventaja aunque al parecer no tiene por qué ser un obstáculo definitivo. Ese resplandor en mis tinieblas me sentó bien, abrió una rendija a la esperanza.

Pero el doctor Molina se ha despedido con un escueto «sigo mi ruta» y ellos se han quedado solos, eso deduzco por la conversación que están teniendo. La voz de mi nuera es la que oigo en primer lugar:

—Pues yo no creo que dure mucho.

—La verdad es que para que se quede hecha un vegetal, lo mejor que le puede pasar es irse —interviene mi hijo.

—Desde luego. Por su bien y por el de los demás. Ahora estamos aquí nosotros, pero no podemos seguir así eternamente, tenemos que regresar a casa.

—Sí, Jane, pero me cuesta irme con mi madre así.

—Lo entiendo, Javi, pero el restaurante no puede seguir cerrado, ya sabes cómo funciona esto, tardas una eternidad en fidelizar a la clientela y la pierdes apenas te descuidas.

Se ha hecho un silencio y me quedo expectante, con ganas de seguir escuchando y la sospecha de que esta conversación a mis espaldas no me va a traer nada bueno. Finalmente suena la voz de Javier:

—Podrías irte tú a Londres con los niños, yo seguiré aquí unos días más.

—Ni hablar, Javi. ¿Cómo quieres que me haga cargo de los niños y del restaurante al mismo tiempo? ¿Has perdido la cabeza?

—Vale, pues me quedo yo con los niños, Amina podría ocuparse de ellos cuando yo esté aquí con mi madre.

—Que no, Javi, que no. Yo sola no me voy. Además, tu madre no te necesita, mientras esté así no puedes hacer nada, ¿qué sabe ella si estás aquí o no?

—¿Y si pasa algo?

—Javi, si se muere regresas para el entierro y punto. Además, se puede morir dentro de una semana como dentro de dos años, estos estados de coma son así, pueden durar una eternidad, mientras el corazón aguante…

La rendija de esperanza que acaba de abrir el doctor Molina se ha cerrado. Siento un desasosiego tremendo, una náusea creciente. Quisiera taparme los oídos, no seguir escuchando. Ojalá estuviera sorda en mi coma. Pero estoy atrapada, no puedo sustraerme a sus voces.

—Quizá tengas razón, Jane, pero vamos a esperar tres o cuatro días más. El jueves, a más tardar, nos vamos.

—Mejor el miércoles, Javi, y lo dejamos todo listo para abrir el viernes. No podemos desaprovechar otro fin de semana, ya llevamos muchos días sin hacer caja.

—Vale, tú ganas. Voy a hablar con Cristina, a ver si se puede ocupar de los niños estas dos últimas noches, no quiero irme sin cenar en La Pagode y en El Dorado. Venir a Tánger y no cenar ahí es como no venir, lo sabes.

—No te pases, Javi, que tu hermana se va a mosquear. Bastante la vamos a tener que escuchar cuando se entere de que nos vamos, que si la dejamos sola ante el peligro y patatín y patatán. Mejor vamos esta noche a La Pagode, y si nos tenemos que llevar a los niños nos los llevamos; mañana almorzamos en El Dorado y por la tarde venimos a ver a tu madre, te despides de ella y Cristina nos lleva al aeropuerto.

—*Okay, darling*, todo sea por la patria…

Todo sea por la patria. Esa expresión tan banal me ha rematado. ¿Soy yo la patria? ¿Son las órdenes de su mujer, es su familia? ¿Su necesidad de ir a sus restaurantes favoritos, los mismos de siempre, antes que estar a mi lado? La palabra *patria* está terminando de marearme, tengo unas ganas tremendas de gritar y no puedo. Me viene a la memoria *El grito* de Munch, ya me había impresionado cuando lo vi con Alberto en Oslo —es un cuadro horrendo, esto no es arte ni es nada, dijo él, y yo le di la razón, oculté el efecto que me había causado, por no llevar la contraria, por la vergüenza habitual de pasar por una inculta—. Creo que reconocí algo de mi vida en ese rostro desfigurado, porque siempre me viene a la mente en los momentos de miedo, de desazón absoluta, y ahora está aquí de nuevo, junto a la palabra patria.

—Tienes que hablar de la herencia con tus hermanos, Javi.

—¿Pero qué dices, Jane? ¿No te parece que la estás matando antes de tiempo? Además, te recuerdo que, por suerte o por

desgracia, mi padre sigue vivo.

—Vamos a ver, Javi: tu padre sigue vivo pero *your father is going to kick the bucket*[1], y más ahora que se va a quedar solo. Porque dime tú quién lo va a aguantar cuando tu madre no esté.

—¿Y qué carajo tiene que ver eso con la herencia, Jane?

—Tiene que ver que como ya os ha dicho mil veces, cuando se muera se va a partir de risa desde el cielo viendo cómo os quedáis con dos palmos de narices, pero si se muriera antes que tu madre no tendría ninguna importancia porque tienen bienes gananciales y ella habría hecho un testamento como Dios manda. Pero ahora que no se va a morir él primero tenéis que espabilaros, porque si no lo remediáis éste es capaz de dejarlo todo a las hermanitas de la caridad, o a cualquier amante antes que a vosotros, con tal de joderos. O a Amina mismo, sin ir más lejos.

—Cómo sois los ingleses, estáis en todo. Tan cabrón no creo que sea…

—Javi, no es más cabrón porque no se fabrica. Y el problema no es cómo somos los ingleses sino cómo sois los españoles de quijotescos. ¿Os creéis que todo el mundo es bueno, verdad? Pues no, Javi, tienes que mirar por tu herencia, y si no lo haces por ti, hazlo por tus hijos. El pellizco que nos deje nos va a venir muy bien, le podemos dar un empujón definitivo al restaurante.

—Pero si ni siquiera sé si hay herencia o no, nunca nos ha hablado de lo que tiene o deja de tener.

—Pues eso es lo primero que tenéis que averiguar, y cuanto antes. ¿Y tu madre nunca os dijo nada?

—Pues nunca nos hemos preocupado por eso, qué quieres….

—¡*Amazing! It's really incredible, darling*! En Inglaterra dejamos esas cosas muy claras desde el principio, justamente para evitar después este tipo de situaciones. No sé en qué estaría pensando tu madre, ¡joder! Porque tu padre está para que lo encierren, pero ella…

—Bueno, Jane, vamos a dejar ya este tema porque va a entrar cualquiera en la habitación y no me apetece que nos pillen hablando de esto.

—Pues más vale que os pongáis las pilas, sino os vais a quedar con dos palmos de narices. Venga, vámonos que tenemos que empezar a hacer las maletas.

Han debido de irse, porque las voces se han acallado. No sé si Javier me ha besado antes de salir. Las voces se han acallado aunque no su eco. He pensado: quizá haya sido una pesadilla, en mi estado no distingo el sueño de la vigilia. Quizá haya sido una

pesadilla y en cuanto me despierte sentiré un tremendo alivio, no es la primera vez que deseo que lo que estoy viviendo sea en verdad un sueño. Pero ha entrado una enfermera, ahora mismo está Carmen en la habitación, han llamado por teléfono, demasiado tiempo, demasiadas cosas para que sea una simple pesadilla.

En este momento desearía apagarme para siempre, o al menos perder la capacidad de escuchar. Un coma profundo, eso es lo que deseo, un coma-sueño.

Ya sé que todos hablamos a espaldas de alguien de manera distinta a si lo tenemos delante. Yo misma lo hago, lo he hecho muchísimas veces. No me duelen tanto las palabras de Jane, la verdad es que nunca ha sido la nuera de mis sueños. Es mi hijo quien me duele. Quizá mañana busque alguna excusa para justificarlo, le eche la culpa a la inglesa. Pero hoy me duele tanto como para desear que anochezca y se vaya la última visita, que alguien cierre la puerta y llegue el silencio, porque ahora mismo sobran todas las palabras.

Porque hoy, *El grito* se ha metido dentro de mí y no sé si seré capaz de ahuyentarlo.

10

«Buenos días, señora, ¿ha dormido bien esta noche?» Había llegado un nuevo día y ahí estaba Amina para inundar de vida la habitación. «¿Regular? Pues yo también, señora. No, mi marido no está enfermo» —Amina rozó con sus labios la frente de Isabel—. «Él ha pasado una noche estupenda, roncando todo el tiempo, como siempre. Esta vez he sido yo sola quien se ha quitado el sueño; bueno, con la ayuda de Jimo, ya sabe, la mujer del taxista.»

La entrada de una enfermera interrumpió el monólogo de Amina. Intercambiaron unas palabras en árabe y entre las dos cumplieron el ritual diario del alisamiento de las sábanas, el cambio de pañal, la toma de temperatura. Dijo la enfermera que, al entrar de madrugada en la habitación, le sorprendió su respiración agitada y llamó al médico de guardia. Cuando éste llegó ya respiraba de nuevo con normalidad. La enfermera explicó al médico que parecía tener una crisis de ansiedad, y le preguntó si alguien en coma podía angustiarse. «Solo la muerte libra al ser humano de la angustia», le contestó.

Amina volvió a quedarse a solas con Isabel:

«Ya sabía yo que tampoco usted había pasado una buena noche, señora. Le cuento lo mío. Ayer volvió a aparecer por casa Jimo. Cuando le abrí la puerta me asusté, el señor no estaba pero podía volver en cualquier momento. Ella lo tuvo que notar, porque me dijo: «No temas, no pasa nada. Tú y yo tenemos derecho a hablar, déjame entrar, si llega ese hombre sabré qué decirle.» Eso no me tranquilizó en absoluto, porque si encima ella se enfrentaba al señor, quien lo pagaría sería yo, ya sabe cómo funcionan las cosas en casa. Pero ella insistió y no me quedó más remedio que dejarla pasar a la cocina. Rogué a Dios que se fuera antes de que apareciera el señor. Venía a decirme algo que para ella era muy importante, y más aún después de la muerte de su marido. Más o menos es esto lo que me dijo:

—Mira, Amina, Abdelaziz era un hombre muy bueno, muy tranquilo, y estaba enamorado de su ciudad. No había nada mejor que Tánger en el mundo para él. Le encantaba que aquí vivieran personas de muy distintas nacionalidades, decía que eso hacía de Tánger una ciudad especial, más rica, más interesante. Por eso no

era Tánger una ciudad cualquiera, decía. Él nació el mismo año de la independencia, en 1956, y aunque no le parecía bien que nuestro país hubiese sido dominado por extranjeros, no guardaba rencor. Decía: «Borrón y cuenta nueva. Hay que pasar página, ahora toca otra cosa, sacar adelante el país nosotros mismos». Pero también decía: «Si los extranjeros se quieren quedar, me parece muy bien, mucho mejor. Están en su casa, ya saben que pueblos más hospitalarios que el marroquí hay pocos. Pero una cosa debe quedar clara: ahora ya no mandan ellos, ahora no están por encima de nosotros. Ahora somos todos iguales, marroquíes y extranjeros.»

«No quiero aburrirla, señora, pero aunque yo nunca hablo de política, porque no tengo tiempo ni fuerzas para pensar en esas cosas, lo que estaba diciendo me parecía justo, y se lo dije:

—En eso le doy la razón a tu marido. Todos iguales. —Jimo siguió hablando—: La verdad es que en aquella época, cuando éramos novios, yo no pensaba mucho en eso. Iba al colegio español, tenía amigas españolas, después fui al instituto, lo mismo. Pero una vez me preguntó:

—Bien, tienes amigas españolas, pero dime una cosa: ¿Has entrado alguna vez en sus casas?

—Bueno, una vez fui a casa de Ángeles, en su cumpleaños.

—¿Y había muchas marroquíes?

—No, yo era la única.

—¿Y aparte de esa vez, cuántas más fuiste a casa de tus amigas españolas?

—Nunca más —reconocí—, y al hacerlo caí en la cuenta de que jamás antes había pensado en ese detalle—. Él me dijo, y me dolió escuchárselo: «Yo fui una vez a casa de Marcos. Era mi mejor amigo, ya lo sabes. Y el pobre sufrió para decirme, lleno de rabia, pero también de sinceridad: «Me ha dicho mi padre que no vuelva a traer a un marroquí a su casa». Creo que fue a partir de ese mismo momento cuando Abdelaziz se puso a pensar en esas cosas, a tomar consciencia, como él decía.

«Señora, le juro que yo no había pensado antes en eso. Yo lo veo todo normal. Voy a trabajar a su casa y ustedes me mandan. Normal. No gano mucho dinero, pero es lo que ganan las demás mujeres que trabajan en casas de cristianos, normal. Alguna vez les he dicho que tengo a un hijo enfermo y me han comprado los medicamentos; si salgo más tarde de casa porque había mucho trabajo y ya ha pasado el autobús, me dan cinco dírhams para coger un taxi. Yo les estoy agradecida, pero lo que dijo Jimo me parecía bien dicho. Yo ya casi ni pensaba en si llegaba o no llegaba

el señor, le estaba prestando atención a Jimo, que me seguía hablando:

—Todo eso hizo que Abdelaziz se fuera dando cuenta, poco a poco, de otras cosas. Una vez fue a una fiesta de esas que en aquella época llamábamos guateque, en casa de un compañero de clase marroquí, Mohamed, muy amigo suyo, hijo de un médico. Había invitado a muchos españoles, y también a algunos marroquíes y a un par de francesas. Mi marido no tardó en darse cuenta del objetivo de esa fiesta. Mohamed lo tenía casi todo: un padre conocido en la ciudad, dinero, mil amigos marroquíes que pululaban a su alrededor como moscones. Pero le faltaba algo: amigos europeos que lo invitaran a sus casas. Codearse con los chicos, y sobre todo las chicas, europeos de su edad. Invitó a multitud de ellos, incluso a muchos que ni siquiera estaban en su clase, con la esperanza de ser correspondido cuando ellos celebraran su cumpleaños, cuando hicieran otra fiesta en sus casas. Mohamed no lo ocultaba, en la inocencia de su edad. Pero para Abdelaziz, que ya había sufrido la humillación del padre de Marcos, la cosa estaba clara: lo que estaba ocurriendo era que nosotros, los marroquíes, teníamos parte de culpa de la superioridad con que nos trataban los europeos, tantos años después de la independencia. Que nuestra meta era parecernos a ellos, que buscábamos en ellos un espejo en que mirarnos. Le dije que él mismo había estudiado con los españoles, hablaba tan bien el español como el árabe, y me dijo que sí, que eso era cierto y que él no quería renegar de lo que llevaba dentro, que quería ser de los dos sitios pero con el alma en paz, que tenía el corazón desgarrado y que eso dolía mucho. Yo entendía a mi marido, creo que tenía razón, y ahora que se ha ido lo entiendo aún mejor. Tenemos que salvar nuestra dignidad, Amina, o siempre seremos esclavas.

«Señora, en ese momento escuché las llaves en la cerradura de la puerta de casa, el señor estaba entrando. Me puse muy nerviosa y Jimo intentó tranquilizarme: «Amina, no debes sentir miedo de ellos. Nosotros estamos en nuestra tierra, ellos son aquí extranjeros. No pueden seguir asustándonos como lo hacían cuando mandaban.» La cosa se había complicado mucho. Al final lo que me estaba contando Jimo era difícil de entender. Le dije que sentía lo que le había pasado a Abdelaziz, pero que no comprendía para qué venía a contármelo, qué tenía que ver yo con eso, y me contestó: «Para decirte, Amina, en nombre de todas las mujeres de Marruecos, que nunca más aceptes que te llamen con una campanita.» Cuando salió de la cocina, se topó con el señor en el

pasillo. Antes de que él pudiera abrir la boca, le dijo: «Tiene que tener mucho cuidado con lo que dice y lo que hace. Éste ya no es su país.» Y se fue. Cerré la puerta de la cocina, pensando en lo que me esperaba, que la furia del señor me iba a caer encima. Pasó un buen rato, pero todo seguía en silencio. Hasta que sonó la campanita y fui al comedor: «Amina, ¿quieres traerme la comida, por favor?», dijo el señor. Se la serví y no pasó nada. Eso me sorprendió mucho. Creo que las palabras de Jimo asustaron al señor.

«Señora, sé que usted no quiere disgustos, que su vida es luchar para que no haya problemas. Yo no se los quiero dar en este momento tan difícil, pero esta noche he dormido muy mal, y he pensado mucho en todo esto. Y hoy quiero decirle, señora, que mañana mismo le pediré al señor que no vuelva a llamarme con la campanita.»

11

Al fin ha llegado la noche, el momento del silencio. Cuando desperté a esta pesadilla encontré un bálsamo en las palabras de los demás. Palabras cariñosas; compasión; caricias y besos intuidos; la voz de mis hijos, de mis amigos, y en las primeras horas, hasta la de Alberto. Deseaba cada mañana oír la voz de Amina al saludar porque anunciaba el fin de la soledad. Pero fueron pasando los días y las palabras se fueron volviendo puñales. Son cada vez menos las personas de las que puedo esperar buenas noticias, algo de amor. Cristina, Albertito, Carmen. Amina, sobre todo, quién me lo iba a decir… Desde que llega, siento que estoy conversando con ella, y en las horas que llevamos hablando no he encontrado ni un ápice de rencor. Desde que nos conocemos, nunca había hablado tanto ni de tantas cosas con Amina.

Deseo y temo la visita de Paco. Sé que hasta ahora no ha venido a verme porque todo esto lo ha pillado de vacaciones fuera del país, alguien lo comentó. La deseo porque echo de menos una voz verdaderamente amiga y la temo porque no soportaría su indiferencia. Escuchar sin que los demás lo sepan se me antojó al principio una ventaja, una manera de conocer los verdaderos sentimientos de la gente hacia mí, pero también cuchicheos, cotilleos, cosas de las que a una le gusta enterarse. Ahora no. Ahora, escuchar lo que los demás dicen delante de mí pensando que lo hacen a mis espaldas se ha convertido en una tortura. He aprendido que si viviéramos diciéndonos continuamente lo que pensamos los unos de los otros, lo que ocultamos tras la apariencia de nuestras vidas ordenadas, la existencia sería un caos, una guerra constante, un infierno. Sí, he aprendido que la doblez es una norma de convivencia fundamental, el aceite que lubrifica las relaciones sociales.

Aunque, pensando bien en ello, quizá no sea del todo cierto, quizá no sea cierto para todos, mejor dicho. En una ocasión me dijo Albertito, y en ese momento me escandalizó, que nosotros pertenecemos a una generación y a un medio social que ha sido educado en la mentira y que ya no puede vivir fuera de ella. Ahora entiendo mejor lo que quería decir y puede que tuviera algo de razón. Me decía: «Desde niños nos incitabais a mentir. Nos

modelabais los sentimientos, había que mostrar cariño hacia tal o cual persona, desapego con uno u otro, según os cayera a vosotros, aunque no lo sintiéramos así; debíamos archivar en nuestras mentes infantiles un catálogo de mentiras indispensables, cosas incontables so pena de castigo. Y lo peor: nos acostumbrasteis a conversaciones sin disimulo en las que poníais verdes a vuestros mejores amigos, pero cuando íbamos a sus casas o los recibíais en la nuestra os deshacíais en carantoñas con ellos. Acusabais de hipócrita, escandalizados y sin rubor, a quien había dicho algo contra vosotros a vuestras espaldas, cuando la doblez era la norma suprema en vuestras relaciones sociales y no parabais de criticar a vuestras amistades más queridas. Vivíais, vosotros, españoles de Tánger, europeos de Tánger, en una telaraña tejida con mentiras en la que ejercíais ora de araña, ora de insecto atrapado. Os apuntasteis por esnobismo al ritual tangerino, ayudados por el marroquí, a quien la sumisión y la necesidad habían puesto a vuestros pies, y os creíais a la altura de un mito que os venía grande, porque de puertas adentro vuestra vida era tan gris como la España de vuestro tiempo: la misma vulgaridad, la misma pobreza de espíritu, la misma mediocridad. Despreciabais, por sentir una superioridad que en absoluto poseíais, solo conferida por un sueldo mayor, a quienes llamabais «los moros». Tan execrable y sórdida actitud hacia ellos delataba vuestra auténtica naturaleza, hecha de vulgaridad y de miseria espiritual.»

Cómo me dolieron en ese momento tus palabras, Albertito. Sabía además que estaban más dirigidas a tu padre que a mí, pero como no os atrevíais a decírselas a él me llegaban a mí por vía interpuesta. Yo era la débil, la receptora de todas las protestas. No os culpo por esa cobardía: yo sé mejor que vosotros tres lo que es tener miedo a hablar. Ahora, sin embargo, las recuerdo tal como las dijiste y las entiendo de otro modo, como si mi estado de coma escuchador iluminara las cosas con una luz nueva, añadiera sentidos nuevos a la misma realidad y me anunciara que he interpretado el mundo, toda mi vida, erróneamente. «Ya no sabéis vivir sin mentir, mamá, y eso me parece tremendo», dijo Albertito para cerrar una conversación que, lo sabía, me estaba haciendo daño.

Aunque no es ese recuerdo lo que me ha hecho ansiar la llegada de la noche. Mi mente es como esas mareas que devuelven a la tierra, a veces pasado mucho tiempo, los cadáveres tragados por el mar. Vuelven a mí conversaciones antiguas, sentimientos enterrados, dolores viejos. Pero los cadáveres que la marea

devuelve resucitan al tocar mi orilla, quizá para decirme que me he equivocado y puedo rectificar. Salvo que posiblemente sea ya demasiado tarde para hacerlo y solo me sirva esto para morir sabiendo.

No, no es ése el recuerdo que me hizo pedir a gritos inaudibles la llegada de la noche, de la mudez del tiempo. Ha sido el miedo, que hoy, de nuevo, he vuelto a conocer. No el miedo a la muerte, ése me es ya familiar desde que desperté del letargo tras el accidente. Ése me acompaña en cada instante de esta nueva vida y casi ni me molesta: es compañero de viaje. No. El miedo al hombre, a la violencia, el que me ha dado a conocer la humillación de sentir los muslos húmedos y cálidos porque vence a tu alma, pero también a tu cuerpo. Fue, una vez más, cuando pensaba que ya no podría volver a ocurrir: Alberto, de nuevo. Sucedió esta mañana. Entró en la habitación y le dijo a Amina con esa aspereza que adopta cuando necesita sentirse el hombre más poderoso de la tierra —y lo conozco, eso sucede cuando se siente pequeño, insignificante, apartado del mundo, y anda con los colmillos afilados tras un chivo expiatorio— que se fuera a casa, que la tenía abandonada y tenía mucho que hacer allá.

Embistió con saña. Me dijo que yo había convertido su vida en un infierno, que por mi culpa todos lo rechazaban. Hasta sus hijos, tan cariñosos con él siempre, ahora le daban la espalda, porque yo los he ido malmetiendo contra él, poco a poco, premeditadamente. «Siempre me has odiado, nunca he recibido el más mínimo cariño de ti, eres una mujer fría y calculadora, un témpano. Y una desagradecida: me lo debes todo, si no fuera por mí seguirías siendo una vulgar telefonista en cualquier hotelucho, estarías casada con uno de esos catetos españoles que se pasa el día delante de la televisión viendo fútbol. Yo te he enseñado a vestirte, a perfumarte, a llevar joyas con clase, a comportarte delante de los demás como una señora. Cuando te conocí no sabías ni hablar, eras una infeliz y una inculta. Y así es como me lo pagas.»

Su voz rebosaba agresividad y desprecio. No son palabras nuevas para mí, las he escuchado decenas de veces, arrinconada y callada, encajada en el sillón, rezando por que pasara pronto el temporal y no fuera la cosa a peor. Solo que esta vez son palabras susurradas, sin duda para que nadie las escuche en el pasillo, para que no las sorprenda quien pueda entrar repentinamente en la habitación. Me lo imaginaba inclinado sobre mí, con su boca pegada a mi oído. Dijo que estaba acabada, que al fin lo iba a dejar en paz, que sentía que no me hubiera muerto antes para haber

disfrutado de más años de tranquilidad antes de dejar este mundo. No sé si me tocó, porque mi cuerpo ya no existe para mí, no era miedo al castigo físico, al dolor, este coma me protege de él. Era otro miedo más profundo, pavor enquistado en el alma, y comprendí mejor que nunca la dimensión del que había sentido durante toda mi vida junto a ese hombre que seguía maltratándome en el lecho de muerte, que seguía volcando su veneno sobre mí aun convencido de que ya no lo podía oír. Comprendí también que yo no era más que un recipiente en el que vaciar su odio, el odio a su propia vida, a sí mismo, y su rabia, su pánico porque iba a perder ese objeto, a quedarse sin el receptáculo de su aversión a la existencia, a verse a solas con sus fantasmas. Y, mejor que nunca, comprendí las palabras de Albertito: «Te has casado con un enfermo.»

Y sí, Alberto estaba enfermo. La mentira había emponzoñado su vida. La mentira y el odio. Huir de sí mismo hasta llegar a Tánger no le había servido de nada. Si no nos enfrentamos a nuestras quimeras, ellas terminan destruyéndonos a nosotros, alcanzándonos ahí donde nos hayamos escondido. La quimera que enfermó a Alberto nació en su propia casa, el día que descubrió que era hijo ilegítimo. Acababa de cumplir dieciocho años y durante toda su vida le habían dicho que quien venía a visitarlo de vez en cuando y que pasaba brevísimas temporadas con ellos era su padre, un hombre al que las obligaciones profesionales mantenían de viaje constantemente. El descubrimiento fue casual, al hallar en un sobre, mientras husmeaba en el dormitorio de su madre, una partida de nacimiento en que los apellidos de ella eran los mismos que él portaba. Cuando pidió explicaciones, su madre se las dio: ella nunca se había casado, y sus tres hijos eran de padres diferentes. Tenía pensado decírselo a los dos varones muy pronto —su hermana, bastante mayor que ellos, sabía y guardaba el secreto—; no era fácil hacerlo, pero ahora que se había enterado no tenía sentido seguir ocultando la verdad. Alberto exigió saberlo todo y ella accedió. La vida de mi suegra había sido azarosa, muy distinta a la de las mujeres de su época. Los casamientos y las convenciones sociales no entraban en sus planes y el qué dirán era la menor de sus preocupaciones. Era una mujer libre y por ello tenida por libertina. Aficionada a las ciencias ocultas y a todo lo que tuviera que ver con el misterio, llevó su vida sentimental por el camino que el corazón y el deseo le marcaban, y lo hizo con convicción y desenvoltura pero también, de puertas adentro, con la discreción que exigía la protección de sus hijos: Alberto no vio

jamás pernoctar en su casa otro hombre que no fuera el que pasaba por ser su padre —supo que en realidad no era el de ninguno de los tres hermanos—, y si su madre pasaba la noche fuera, siempre había una razón para tranquilizarlos. Marianela, la hermana mayor, era en esto un apoyo para la madre y su complicidad le valió compartir con ella la ira que a Alberto le produjo el descubrimiento. Eran otros tiempos y el fascismo acechaba, con la guerra civil ya declarada y los salvapatrias —así los llamaba Javier cuando hablaba de los nacionales— haciendo hablar los puños y las pistolas.

Ese día empezó la enfermedad de Alberto. Militaba en la Falange y los sentimientos más elevados que le he oído nombrar han sido el honor y la hombría. Nunca supe exactamente qué significaba eso en boca suya, pero era evidente que descubrir ser hijo de madre soltera y hermanastro de todos sus hermanos no era la mejor noticia que pudiera recibir. Odió desde ese mismo momento a su hermana y a su madre — todo esto me lo dijo cuando me contó su verdadera historia como un secreto inviolable — y más tarde comprendí que fue entonces cuando anidó en su alma el odio a la humanidad entera. Su venganza fue una decisión tan duraderamente dañina para las víctimas como para el verdugo: matar a las mujeres de su casa. La ejecución de la sentencia, no obstante, era una metáfora que adornó, para salvarse a sí mismo de la indignidad, al gusto de su sentido del honor. Su madre pasó a ser una señora de alto copete, rodeada de sirvientes, de cuyas riquezas se adueñó la República, lo que lo llevó a abrazar la causa nacional, no ya para salvar a su madre y lavar de paso el honor mancillado de la familia, sino a la Patria entera. No había cumplido aún los dieciséis cuando los rojos, tras una rocambolesca persecución que lo llevó a los tejados de Madrid, lo detuvieron y condenaron a muerte. No recuerdo ahora qué lo libró in extremis del paredón, porque se lo oí contar de tantas maneras distintas, según pasaban los años, que olvidé la mentira original. Un día, hace muchos años, estábamos almorzando en Madrid con unos amigos suyos de infancia y juventud y, mientras se ausentó para comprar tabaco, oí a estos tomarle el pelo por lo fantasmón y bocazas que había sido siempre y seguía siendo, y por presumir de haber hecho la guerra y haberse cargado a algún que otro rojo, cuando ellos bien sabían que no había salido de su casa durante todo el asedio de Madrid, y que tenía cartilla de racionamiento de la CNT, que era un auténtico coladero y no miraba a quien registraba en sus filas.

La madre, finalmente, murió en la indigencia con el único

sostén de sus otros dos hijos, que trocaron estudio por trabajo para sobrevivir en su nueva existencia. Alberto, por su parte, apostó por el lujo de las grandes mansiones y la penumbra de las colmenas; por el porte señoritil y la pendencia de los bajos fondos; por la gloria y el oprobio: en ambos medios se había forjado él, entre la alcurnia y la ignominia. Y si algo de este fantasioso pasado ha dejado huella en su carácter, es sin duda esa dualidad, esa desmesura bipolar en sus acciones y sentimientos.

La hermana Marianela gozó de una muerte más heroica. Le tocó en suerte ser enfermera y partir como voluntaria con la división azul. Entregó su alma a la Patria en Rusia.

Con las dos mujeres honrosamente liquidadas, solo quedaba el hermano, Leopoldo, un par de años mayor que él. Como Alberto se quitó de en medio y partió a Tánger, tuvo que hacerse cargo de la madre, a pesar de que —sin llegar al extremo de mi marido— la noticia de su doble vida tampoco le hizo gracia. Los intentos de que Alberto cumpliera con la parte de sus obligaciones fueron vanos y la discordia los separó para siempre.

Únicamente quedaba atribuirse un padre que no existió. No sé si el que describía era totalmente imaginario o si echó mano del hombre que visitaba a su madre de tarde en tarde. Daba igual, en ambos casos se unió a la irrealidad familiar, en forma de caballero esbelto y elegante, de virtudes nobles y modales intachables. «Una conducta ejemplar fue siempre su guía en la vida», decía a sus hijos, «y vosotros sois sus herederos», haciéndolos deudores del abuelo imaginario.

Ahí no acababa la parentela ficticia, todos tenían un puesto en la genealogía de Alberto. Abuelos, tíos, primos fueron colgados del árbol que diseñó, todos con su propia historia, sus anécdotas que contar, sus virtudes y defectos. Solo yo asistía, con una naturalidad que hoy me resulta pasmosa, al retrato de la familia fantasma, contada con tanto detalle que nadie podía sospechar que hubiera nacido de la imaginación del hombre.

La mentira quedó ilustrada con una colección de retratos que adornaba, en marcos de época, la pared principal de nuestro salón. Quiénes eran esas personas en realidad, nunca lo supe ni me atreví a preguntar. Solo tenía claro qué papel les había tocado desempeñar en el gran teatro del mundo particular de mi marido. Para rematar la faena, un blasón debidamente enmarcado y pintado por un amigo mío tangerino, sastre de profesión, colgaba de la pared frente a su puesto en la mesa del comedor para certificar la alcurnia de la familia que habíamos formado Alberto y

yo.

Esa fue la historia con que crecieron nuestros hijos. Mantener esa mentira viva dentro de sí le costó a Alberto, creo, la bipolaridad que lo zarandeaba entre el afecto y la ira, la generosidad y la crueldad, arrastrando a quienes vivíamos a su lado al desasosiego permanente. No había nada en la vida más importante que su secreto, nada más temido que su revelación. Lo que pudo suponer, sin mayor drama, tener una madre singular, distinta, valiente y hasta interesante quedó en un monstruo que engulló su felicidad. Cuando me llevó a verla, al día siguiente de nuestra boda, hacía años que Alberto no sabía nada de ella. Pensé que presentarme era el principio del perdón, y se lo sugerí. Nada de eso. Comprendí más tarde que venía a despedirse de ella de la manera más cruel que supo: ésta es mi esposa, una mujer decente, adiós para siempre. Ese era el mensaje, aunque no lo supe interpretar en aquel momento porque no cabía en el Alberto que yo imaginaba.

Pero hubo un precio más alto aún: el odio, que suele desvanecerse con el olvido, se alimentó de sí mismo en su empeño de mantener viva la mentira. Eso le impedía olvidar, y por tanto perdonar. Se enquistó en él hasta hacerlo enfermar. A esa enfermedad se refería Albertito, aunque no supo su origen hasta hace un año, cuando su primo descubrió la superchería pactada por ambos hermanastros ilegítimos, y la contó. Le supliqué, cuando me lo dijo, que nunca se lo contara a su padre.

Ese era el hombre que se estaba ensañando con su esposa en coma, indiferente a que lo pudiera oír o no. Hasta que, afortunadamente, alguien entró en la habitación, porque su voz cambió de repente, como si perteneciera a otra persona:

—Buenos días, Alberto, ¿tú por aquí a estas horas? Sueles llegar más tarde…

—Buenos días, Salvador. Le estaba susurrando palabras de ánimo a Isabel —supuse que justificó la postura en que lo acababan de sorprender—. He venido porque necesitaba verla, la echo tanto de menos. La casa es un desierto sin ella. ¿Cómo ves la situación?

El doctor Molina dijo que todo seguía igual, que las constantes vitales eran buenas, que el corazón estaba fuerte. «Mientras haya vida, hay esperanza, casos más complicados se han resuelto favorablemente.»

—Dios te oiga. Si crees que es necesario trasladarla a España para salvarla no dudes en decírmelo. Prefiero vivir en la indigencia antes que quedarme sin ella.

—Os seguís llevando bien después de tantos años, ¿verdad?

—El tiempo no ha hecho sino crecer mi amor por ella. No creo que haya en el mundo nadie más enamorado que yo, Salvador.

El doctor se despidió con su habitual «Sigo mi ruta». Alberto le dijo que salía con él. Tenía que regresar a casa, una cantidad enorme de trabajo le esperaba en la oficina.

Volví a suplicarle al tiempo que pasara veloz, a la noche que regresara pronto, que acudiera en mi auxilio. Cada día me reservo, para cuando se haya vaciado la habitación, algo de lo ocurrido, alguna conversación escuchada, un sentimiento herido, y, cuando es posible, un momento agradable que paladear. Pero ahora quisiera dormir, necesito descansar.

12

Hoy al fin ha venido a verme Paco, la visita más esperada. Cuánto habría llorado de haber tenido lágrimas, de no haber estado seca como estoy. Lo supe nada más llegar Amina, al sonar el teléfono y oírle contestar: «Sí, señor Paco, puede venir a ver a la señora.» Siempre nos hizo gracia esa manera de expresarse, con el «señor» por delante y el nombre de pila después; a menudo nos reíamos de esa ocurrencia y ahora no me gusta haberlo hecho. Dábamos por sentado que si un marroquí no se expresaba en nuestro idioma correctamente, la cosa resultaba chistosa. Cristina odia los numerosos chistes que se mofan del acento que le imprimen al español: el niño ya ha «mirindao»; qué buena está la menestra, cuidado, te va a escuchar el «menestro»; un beodo es un hombre que ha perdido a su mujer y otros por el estilo que amenizan los encuentros entre españoles. Pues sí, Cristina tenía razón cuando me decía: «Patéticos debemos de resultarles nosotros a ellos cuando les hablamos en castellano como si fueran niños chicos, sacando a relucir las cuatro palabras árabes que conocemos, convencidos de facilitarles así la tarea.» En una ocasión le dije: «Hay que ver Amina, más de treinta años con nosotros y sigue hablando español como el primer día, no hay manera de que progrese». «¿Y cómo quieres que progrese, si llevas treinta años hablándole como los indios de las películas del Oeste?», fue su respuesta. Estoy empezando a pensar, ahora que tengo tiempo y motivos para hacerlo, que mucho de lo que me decían mis hijos y que me parecían tonterías no lo eran tanto. O mejor dicho, las tonterías eran más bien mías. O nuestras, de los tangerinos españoles. De los tangerinos europeos, porque todos tenían alguna gracia que contar en su idioma sobre el acento marroquí.

Pero lo único importante hoy es que ha venido a verme Paco. Ha elegido, lo sé porque me lo ha dicho, un momento en que me sabía sola. Sí, me lo ha dicho, me ha hablado. Me han sorprendido tanto sus palabras que me ha dado miedo pensar en lo que ocurrirá si vuelvo a despertar al mundo. Escuché el leve susurro de unos besos sobre mi piel, demasiado prolongado para ser un simple saludo. Nunca imaginé las palabras que tenía guardadas para mí y que nunca se atrevió a pronunciar. Nunca imaginé que también él

llevara años ocultando sus sentimientos. Ahora al fin me tenía delante y podía hablarme sin temer mi respuesta.

Fueron palabras de amor, de sufrimiento escondido, de pasiones disimuladas. Cuánto hubiera dado por tenerte conmigo, por separarte de ese energúmeno que tienes por marido y darte la vida que mereces, dijo. Si supieras, Paco, cuánto te he querido, cuánto me ha arropado imaginarte en los momentos difíciles, cuánto he soñado con escuchar estas palabras. Qué tarde llegan, querido amigo, amante imaginado, sueño perdido. Qué cruel descubrir la felicidad cuando ya no es posible.

Paco enviudó hace unos años. Sol, su mujer, fue amiga mía de infancia. Estudiamos en el colegio Perrier y compartimos juegos infantiles primero, sueños adolescentes después. Cuando me presentó a Paco yo ya llevaba algunos años casada y había dejado de sentirme una princesa afortunada. Me encandiló ese hombre amable, siempre con una sonrisa que ofrecer, un gesto para agradar, pero era el prometido de Sol, y yo estaba casada. No permití que esa primera sensación fuera a más, me colocara no ya fuera de lo que se puede y no se puede hacer —eso era impensable entonces—, sino de lo que se puede y no se puede sentir. En aquellos años, el matrimonio era una jaula de la que, una vez encerrada dentro, la mujer no podía escapar. Lo comprobé nítidamente cuando me refugié en casa de mis tíos tras el primer bofetón. Solo en la viudez encontraba una la llave de esa jaula, y eso nos obligaba a tener, de cuando en cuando y en secreto, el nefando deseo de la muerte del esposo. Venía entonces y de inmediato el sentimiento de culpa, de ser un monstruo indigno y pecaminoso y, con él, la necesidad de desandar el camino de los malos pensamientos, regresar a la aceptación de lo que nos tocaba vivir.

El matrimonio, algo tardío, de Sol y Paco le costó a ella más de un disgusto. Era judía y la familia no aceptaba la elección de un cristiano. Siempre se ha dicho que Tánger era un ejemplo de convivencia entre musulmanes, cristianos y judíos, la demostración de que compartir el mismo suelo es posible. Si lo que se quiere decir con ello es que pueden compartir la misma ciudad sin tirarse los trastos a la cabeza, estoy de acuerdo. No conocimos problemas mayores en ello salvo, que recuerde, el apuñalamiento del rabino en la medina durante la Guerra de los seis días. Pero si a alguien se le ocurre sacar los pies del tiesto, sobre todo en cuestión de noviazgos y matrimonios, el culpable queda desterrado de por vida de su grupo. No concebíamos Alberto y yo mayor desgracia

familiar que uno de nuestros hijos fuera homosexual o se casara con una marroquí o una judía. Afortunadamente los negros quedaban lejos y no eran motivo de preocupación.

El rechazo del clan de Sol no logró evitar la boda, pero ella nunca se sobrepuso al exilio interior. Creo que la amargura no permitió que su relación con Paco creciera en paz, y tampoco ayudó a ello una maternidad fallida: su primer embarazo acabó en aborto y con la posibilidad de volver a procrear. El panorama se oscureció y la pareja se dejó llevar por el curso gris que la existencia les reservó. No, no había convivencia entre musulmanes, judíos y cristianos en Tánger. Vivíamos cada uno encerrados en nuestras burbujas impermeables, y cualquier roce era una excepción dispuesta a confirmar la regla. Nuestra relación con el matrimonio amigo se echó a perder cuando, en una cena en casa y con sus habituales dos whiskys de más, Alberto recurrió a su sempiterna gracia levantándose y proclamando con el brazo estirado: ¡Heil Hitler! El alcohol no fue culpable de hacerlo reincidir en su ocurrencia —lo hacía sobrio con frecuencia—, pero sí de olvidar que, en esta ocasión, había una judía delante: Sol, cuyo hermano mayor, a quien la guerra sorprendió trabajando en Alemania, murió en Auschwitz. Se hizo un silencio hondo y Alberto intentó congraciarse con otra gracieta: «¡Pero, Sol, si tu eres más española que cualquiera de nosotros!». La agudeza no surtió efecto. Sol cogió su bolso y su abrigo y se fue sin despedirse. Paco se unió a ella de inmediato, con un lacónico «Buenas noches». Alberto no era hombre proclive a reconocer sus errores, sino más bien a achacar a los demás la culpa de los propios: «Los judíos no tienen el menor sentido del humor, son unos aguafiestas», dijo para cerrar el incidente. Nuestra relación con Paco y Sol se rompió. A ella solo la volví a ver dos o tres veces, y en secreto. No era feliz, pero no sé si llegó a arrepentirse del pecado de haberse saltado la norma sagrada. Cuando murió, hace diez años, fuimos a su entierro, y reanudamos a partir de entonces la amistad con Paco. Nos veíamos con bastante frecuencia, junto a los viejos amigos comunes. Ya no me cabía duda de que estaba enamorada de él.

Y aquí estaba, delante de mí, proclamándome su amor. ¿Quién me lo iba a decir? Veo hoy a las chicas tan sueltas en sus relaciones con los hombres; Cristina, que si tengo hoy un novio, dentro de un mes otro —me cuenta a mí, a su padre ni pensarlo—, y disfruta al verme escandalizada. «Qué pena me dais las mujeres de tu generación, mamá, cuánto tiempo habéis perdido», me dice. «La vida amorosa ha sido para vosotras una lotería: si te toca el premio

gordo, el hombre de tu vida, a disfrutar de él, pero como te salga malo, como os ha ocurrido a la mayoría, porque la necesidad imperiosa de casaros se os ha disfrazado de amor, a apechugar con el muerto el resto de vuestras vidas.» No creo que me dijera esto para hacerme daño, esa no es su forma de ser, sino para obligarme a reflexionar, aunque creo que sin mucha esperanza de que lo hiciera: ella me ha visto siempre como una mujer encasillada en cuatro principios añejos de los que no me cree capaz de escapar. Así mismo lo suelta, no se corta un pelo con su madre.

Pero qué razón tiene la puñetera. Nos daba pánico quedarnos para vestir santos y nos enamorábamos del primero que viniera con cuatro palabras melosas. Salvo que no hubiera por dónde cogerlo, claro, que también los había, mira si no Manolito Rienda, ése andaba detrás de mí como un loco, pero con un olor a sudor y un aliento que echaba atrás. Quién sabe, si hubiera sido más aseado igual le hubiera hecho caso. Pero no era mi caso, Alberto será lo que será, pero a guapetón no lo ganaba nadie, a guapetón y buena percha.

Y cuando quería, a cariñoso, que también lo fue, y lo sigue siendo de vez en cuando. Yo creo que eso es lo peor: al final no sabes qué pensar del hombre con el que vives desde hace cuarenta años, te termina volviendo loca con esos cambios de humor, de carácter y de todo, acabas sintiendo que estás con dos hombres distintos al mismo tiempo. Quizá por eso vas perdonando y perdonando, buscando siempre en el Doctor Jeckyll de tu marido una excusa al comportamiento de su Mister Hyde.

Lo aguantas por eso y por algo más. Algo mucho más sencillo: porque no te queda más remedio. El divorcio no existía y, de todas maneras, no entraba en nuestras cabezas. Eso no estaba hecho para nosotros, era cosa de franceses o de ingleses, no de españoles. Y, de todos modos, dónde iba yo con tres hijos, sin trabajo, sin un lugar donde meterme. Mi familia, con el paso de los años, se había desperdigado por España y, a fuerza de aguantar los desplantes y las ofensas de Alberto —que si rojos, que si catetos, que si incultos— se había distanciado de mí. Yo los añoraba porque eran el único vínculo con mis orígenes, y cuando tenía ocasión los iba a visitar a España, una vez cada tantos años. Me recibían bien, no es que hubieran dejado de quererme, pero ya no era lo mismo que antes, y aunque ellos lo disimularan sé que me sentían como una extraña, la hermana que siguió otro camino, que ya no era como ellos. Eso sí que me dolía, cuánto he sufrido por ello. No sé si se habrán enterado de lo que me ha pasado. Seguro que Alberto no los ha

avisado, ¿pero y los niños? Ojalá pudiera pedirles que lo hicieran.

Dios mío, qué jóvenes nos casábamos. Tanta prisa teníamos en hacerlo que no medíamos las consecuencias. No calculábamos que no había margen para el error. Si te equivocabas, era para toda la vida. Y qué fácil era equivocarse. Y es que, para medir la vida, nos habían dado una vara con trampa. Cuántas caímos en ella. Sí, qué sueltas son las chicas de hoy, y qué bien hacen. Paco, qué habría sido de nosotros de habernos conocido solteros: ¿Seríamos felices o habríamos acabado como todos? Me has dicho hoy: «Ojalá hubiera tenido el valor de raptarte y llevarte conmigo. No estarías hoy aquí, estaríamos juntos en cualquier lugar del mundo, lejos de esta ciudad-espejismo, abrazándonos a orillas del mar o en la cima de una montaña, dándole la espalda al pasado. Despierta, Isabel, levántate de esta cama y ven conmigo, en cuanto se vuelvan a abrir tus ojos sabré qué tengo que decirte.» Cómo me gustó oír tus palabras, Paco, amor, después de tantos días de confusión y desengaño. Déjame descansar con ellas, vuelve a rozar mis labios con los tuyos y vete, no te mezcles con los ruidos de esta habitación, regresa siempre que esté sola.

Pero mi deseo no se cumplió. Aún estaba Paco en la habitación cuando entró Alberto. Pensé: ¿Por qué has venido a contaminar mi reencuentro con el hombre al que amo? Lo odié más que nunca en ese momento y temí una conversación banal entre los dos, volver a ser para Paco la mujer de Alberto, tras haber sido suya por unos instantes. Pero me equivoqué, ocurrió algo inesperado: «¿Qué carajo haces aquí?». En la voz de Alberto, nada me es desconocido: había odio, rencor y celos. No entendía nada, nunca se habían hablado así, al menos delante de mí. Por mucho que intentara disimular mi entusiasmo cuando Alberto estaba delante, sentía que algo molestaba a mi marido e, invariablemente, cuando volvíamos a casa, soltaba su veneno contra él, para hacerme daño y quizá esperando que una frase a su favor me delatara, una frase que, de todos modos, nunca llegaría porque yo sabía que en esa trampa no debía caer. Eso que él llama su hombría le impide reconocer sus celos.

No hubo respuesta de Paco, y sí unos pasos que se alejaron de mi lado. «No vuelvas a aparecer por aquí», espetó Alberto y supuse entonces que lo había sorprendido inclinado sobre mis labios. Los pasos se detuvieron y la voz de Paco resonó segura, contundente: «Esta mujer ha dejado de pertenecerte, Alberto, acuérdate bien de lo que te estoy diciendo.» Y un portazo puso fin a esa breve, violenta e inesperada conversación.

Cada día, cuando las puertas se cierran tras las horas de visita, escojo algo para llevarme a la noche. La voz de mis hijos, algún recuerdo con que alcanzar el sueño, y últimamente más que nada disgustos, retazos de conversaciones dolorosas oídas a mis espaldas. Hoy la voz de Paco llenará mi noche y mis sueños, y la tendré siempre al alcance de la mano cuando llegue el dolor, murmullo reparador que acudirá en mi auxilio para seguir el curso de este sueño prolongado, agónico, desolador en que estoy sumida.

13

El saludo entre Amina y la enfermera me ha parecido hoy hermoso. Siempre he sentido la retahíla que intercambian los marroquíes al saludarse como algo indefinidamente atrasado, grotesco. Si me preguntaran por qué seguro que no tendría una respuesta que dar. Lo pienso ahora y creo que la verdadera razón es muy pobre: simplemente porque su manera de saludar es distinta a la nuestra. Y porque siempre he considerado que un marroquí es, por el único hecho de serlo, culturalmente inferior a nosotros, los españoles, los europeos y, por lo tanto, cualquier diferencia se apunta siempre a nuestro favor. Nos parece, en cambio, que cuando en algo nos imitan hacen un esfuerzo de progreso. Reconozco que el razonamiento me parece hoy más que mediocre y disparatado, pero también que es el que he dado por bueno toda mi vida. La culpa no es solo mía, que conste: los españoles han pensado siempre así, y mi culpa habrá sido en todo caso seguir a la manada.

Sin embargo, escuchar a Amina y a la enfermera intercambiar saludos dirigidos a sus familiares más próximos antes que a sí mismas me ha parecido hoy enternecedor y sí, también hermoso. Me ha parecido que forman parte de una sociedad con los lazos bien trenzados, como una red lanzada al mar, una malla en la que no solo tú eres importante, también los que te rodean.

Tras el saludo me dijo Amina que Javier y su familia vendrían a despedirse por la tarde. Regresaban a casa, debían volver al trabajo, me explicó. La pobre se sentía obligada a darme una explicación y sin duda en su fuero interno desaprobaba que mi hijo se alejara de mí en estos momentos. No sabía, claro, que la noticia no me pillaba de nuevas, ellos mismos me lo habían anunciado en la conversación más dolorosa que he escuchado desde que estoy aquí.

—Niños, dadle un beso a la abuela —dijo Jane al llegar.

—¡Pero si está muerta! —la ocurrencia fue de mi pequeña Carolina. Oía por primera vez su voz desde el accidente, y no me importó lo que dijera, sentí emoción y unas ganas terribles e imposibles de abrazarla contra mí.

—No seas bruta, Carolina —le espetó Iván, el hermano—. La abuela no está muerta, está en coma. Como si estuviera dormida,

pero viva.

—Pues mami me dijo que estaba muerta.

Mami se rio de la ocurrencia, le hizo gracia:

—No está muerta, Caro, te dije que estaba *como* muerta…

—Tampoco es eso, mujer — ésa era la voz de Javier.

—Bueno, Javi, es una manera de explicárselo a la niña, ella qué sabe lo que es un coma —gruñó la inglesa—. Venga, niños, despedíos de la abuela que nos tenemos que ir.

—¡Pero si acabamos de llegar! ¿No nos podemos quedar un poco más con la abuela, por si se muere y no la volvemos a ver? —era de nuevo mi pequeña Carolina.

—No, *my sweet*, la tía Cristina nos va a llevar al aeropuerto y me ha pedido que la esperemos abajo, porque no hay dónde aparcar por aquí.

Pensé que al volver a la vida tendré que decir un par de cosas a mi nuera. Ese *my sweet* me sentó como una patada en el estómago. ¿Por qué se tuvo que casar mi hijo con una extranjera?

Javier dijo que se quedaba unos instantes a solas conmigo y sorteó las protestas de su mujer comprometiéndose a estar en cinco minutos en la puerta del hospital.

Oí su respiración a mi lado. Por un momento, me pareció que lloraba. Eso no encajaba con las conversaciones que le había oído. Siempre había pensado que era feliz junto a Jane en Inglaterra. ¿Estaría equivocada? ¿También en eso? Estoy aprendiendo más cosas en estos días de silencio que en años de vida. Más exactamente: estoy aprendiendo a base de desaprender. Siento que mi mundo está haciendo agua, y que las incuestionables verdades de toda la vida escapan a borbotones por las grietas de ese barco en el que navego, por las heridas de mi alma. ¿Tampoco sé quién es mi propio hijo? ¿Ni siquiera conozco al niño que amamanté, cuidé, consolé, ayudé a crecer? ¿Qué vida es ésta en que los seres más cercanos nos son desconocidos?

Sí, Javier lloraba. Escuché sus besos y su despedida: «Te quiero tanto, mamá. Te prometo que volveré». Y se fue con su mujer y mis pequeños nietos hacia su mundo, un mundo al que yo no pertenezco, en el que no se me nombra. Quizá a él lo visite alguna que otra vez, en sus pensamientos, por esa inercia de nuestra mente que nos lleva cíclicamente a nuestros recuerdos más íntimos, a menudo ya despojados de todo sentimiento, solo para recordarnos quiénes somos, por qué estamos aquí, y salvarnos así del delirio de una vida inexplicable. Sé que esta noche, cuando todos se hayan ido, pensaré en él y lo perdonaré. Y me preguntaré a mí misma si

quiero seguir despojando mi vida de las máscaras con que la he ido vistiendo, ora para protegerme de ella, ora para adornarlas a imagen de unos sueños que, aunque irrealizados y ya irrealizables, siguen siendo lo mejor de mi existencia, la quimera que me mantiene en pie cada día y que, en esta habitación de hospital, ha empezado a esfumarse.

Los niños, que he cuidado todos los veranos de su existencia, se han ido para siempre, me temo; ya no me pertenecen. Ha bastado un par de minutos llenos de palabras dolorosas para despojarme de mi condición de abuela, de tantas horas pasadas pensando en ellos, imaginándolos sentados en sus pupitres lejanos, arrebujados en sus edredones ingleses, acompañándolos en sus sueños infantiles. He descubierto de paso a un hijo dominado por una mujer que le ha ganado la partida. Quizá su cobardía haya sido el precio pagado por los años de secuestro en este hogar infernal que ha sido el nuestro. También él tiene sus máscaras, y bajo su aplomo de hombre seguro que supo abrirse camino en tierra extraña esconde los miedos nacidos en la infancia. Alguien dijo que quien crece bajo la tiranía del miedo jamás puede escapar de ella. Puede que tuviera razón.

Mis nietos ya nunca me recordarán. Cuando crezcan, dirán a sus amigos, si es que les preguntan, que tuvieron una abuela a la que visitaban en Tánger durante el verano. Pero que murió siendo ellos muy niños, demasiado pequeños para conservar recuerdos que contar. Adiós, pequeños míos, que la vida os dé mejor suerte que a mí.

Sí, esta noche perdonaré a Javier; quizá piense en la protagonista de esa curiosa novela de Agatha Christie, y también yo me *Ausente en primavera*. Como su protagonista, que descubrió que su vida de burguesita biempensante le había ocultado todas las verdades: la suya propia, la de su entorno, la de la existencia.

14

Ha caído la noche. Estaba deseando que se fueran todos para estar sola. Ni Albertito ni Cristina se han quedado y, me cuesta aceptarlo pero es cierto, eso me ha aliviado. Para mí es motivo de alborozo que alguno de ellos pase la noche conmigo —casi siempre la niña—, y lo hacen a menudo. Sentirlos a mi lado susurrarme palabras de amor, imaginar sus cuerpos tendidos junto al mío, sus caricias y sus besos, me hace olvidar mi situación. Me traslado a casa, a mi dormitorio a la hora de acostarme, y vuelvo a verlos acercarse a mí y tumbarse a mi lado, en ese rato de paz en que Alberto se encerraba en el salón a escuchar música o a leer, con un vaso de whisky al alcance de la mano, y los demás disfrutábamos de la tregua. Entonces hablábamos, me contaban sus cosas, las del día o las de la vida, antes de besarme, desearme buenas noches y pronunciar unas palabras cariñosas. En esos momentos me sentía feliz, me sentía madre, cerraba los ojos para saborear esos instantes junto a cualquiera de ellos y deseaba dormirme antes de que Alberto se metiera en la cama. A menudo lo conseguía, siempre he tenido el sueño fácil. Eso era cuando ellos aún vivían en casa. Cuánto tiempo ha pasado desde entonces…

A esos días regreso cuando Albertito o Cristina pasan la noche conmigo, en este viejo hospital. La imaginación me da para sentirme como si de verdad estuviera viviendo uno de esos momentos, y me olvido de que estoy en coma. Y me siento feliz, muy feliz.

Pero hoy, por vez primera, he deseado la soledad completa, porque han ocurrido cosas importantes.

Esta mañana vino Alberto temprano, antes de que apareciera Amina. Su llegada no me ha pillado por sorpresa; la estaba esperando y me había preparado para ello. No la temía, hasta la deseaba. Era su primera visita desde el encontronazo con Paco, así que sabía perfectamente lo que venía a decirme: de todo menos bonita. De puta para arriba. Si eso hubiera ocurrido en casa, a solas conmigo y yo en buen estado de salud, no habría dado un duro por mis huesos, habría sentido más miedo que nuestra perra al oír el ruido de las llaves en la puerta cuando su vejiga la había traicionado. Se arrastraba entonces por el suelo buscando un rincón

donde esconderse, gimiendo, soltando las últimas gotas que había logrado retener, presa del pavor y del bochorno, del dolor y la degradación.

Así me habría sentido yo, pero hoy no. Hoy mi cuerpo ausente y mi silencio me convertían en fortaleza, porque tras el asalto del otro día decidí salvaguardar mi dignidad en estos momentos cercanos al fin. Decidí que la muerte no habría de sorprenderme humillada. Me hice fuerte y me preparé para la batalla.

No sé si me llegó a tocar, porque los primeros y leves roces que sentía al principio de mi pesadilla han ido desapareciendo, como si mi cuerpo hubiera acallado del todo el hilillo de voz que le permitía intuir el contacto ajeno. Pero sí sentí su furia, acrecentada sin duda por una noche de odio, alcohol e insomnio. Alberto no es de esos que dejan menguar su ira permitiendo que el tiempo enfríe el rencor. Muy al contrario, la deja crecer y crecer, abrevarse en sus infinitas reservas de maldad, de aversión al mundo, anhelando el momento en que el furor haga más terrible su venganza, más inapelable su victoria. La ira llegó a su culmen y su odio dejó de ser un susurro como cuando su primera agresión. Se convirtió en un puro grito, perdida la compostura que tanto gustaba guardar ante los demás, fuera de sí, y sus dardos envenenados, lejos de herirme, me llenaron de gozo: sí, Paco me había besado en los labios al despedirse, hiriendo profundamente su hombría, él que tanto se mofaba de los cornudos y ahora se veía ahora en ese papel. «Eres una zorra, a saber desde cuándo me la estás pegando con ese hijo de perra», fue la frase que estaba pronunciando cuando se abrió la puerta y resonaron las voces alarmadas de las enfermeras. Las echó de inmediato de la habitación, moras de mierda, furcias, y yo ya solo sentía los labios de Paco rozando los míos y la tormenta que atronaba a mi alrededor no era más que una algarabía patética, ridícula hasta la vergüenza y la piedad. Y me sentí feliz, feliz y orgullosa de mí, a pesar de sus palabras, voy a matar a ese cabrón y espero que te despiertes para verlo muerto, zorra, hasta que me llegó la voz firme del doctor Molina:

—Alberto, por Dios, ¿te has vuelto loco o qué?

—Métete en tus asuntos, rojo de mierda, ésta es mi mujer y ésta mi habitación, para eso la pago —el tono de voz no menguaba, el monstruo se estaba delatando y yo era testigo mudo de su caída.

—Llamad a los guardias —supuse que el doctor se dirigía a las enfermeras—. Mira, Alberto, estás muy nervioso. Esto es un hospital, no tu casa, por mucho que pagues tu habitación. Te recuerdo que la mujer a la que estás gritando y zarandeando es tu

esposa y está gravemente enferma. Te vas a ir de aquí inmediatamente.

No hubo respuesta, porque en ese momento oí voces masculinas, sin duda de los guardias que hizo llamar el médico. Imaginé a Alberto achantado, herido en su amor propio de macho, parapetado en alguno de sus gestos de dignidad fingida, rancia como la llaman sus hijos.

—Que no vuelva a entrar sin mi permiso —dijo el doctor, y acercando su voz a mí: «Ya ha pasado todo, Isabel, descansa».

Sí, esto ha sido importante hoy. Importante y sorprendente: en vez de revolverme las entrañas, me ha dejado un poso de paz, de sosiego. Sé que es fácil decirlo cuando ha sucedido en el estado en que me encuentro, pero siento que hoy, por primera vez, me he enfrentado a él. Claro que no le he contestado, no ha habido respuesta de mi parte ni podía haberla. Quiero decir con enfrentarme que no le he tenido miedo, y eso es una victoria, porque el miedo es precisamente el arma con que siempre nos ha dominado.

Ha sido importante, pero no ha sido *lo más* importante. No, este episodio, que me ha acercado todavía más a Paco, no es el que ocupará mis pensamientos esta noche. Ha ocurrido otra cosa: a mediodía vino a verme Jimo, la mujer del taxista. Amina estaba aquí en ese momento, fue ella quien me la presentó:

—Señora, ha venido a verla Jimo —y la mujer se acercó a mi oído y me susurró un saludo. Intuí un beso en la frente.

La llegada de Jimo me sobresaltó: no la esperaba, no estaba preparada para afrontar el encuentro. Había mantenido con ella larguísimas conversaciones imaginadas en mis noches de silencio, y el relato de Amina sobre sus visitas a casa, sus enfrentamientos con Alberto, me había ayudado a conocerla mejor, a respetarla, a admirarla. Pero ahora estaba ahí, delante de mí, y no podía decirle nada. Era para mí una desconocida, una mujer con la que había convivido sin saber de ella.

Empezaron a conversar en árabe y odié no haber aprendido su idioma. Entendí mejor que nunca la vergüenza de Cristina por no hablarlo. Intenté hallar en su conversación alguna palabra familiar y descubrí que en sesenta años de vida en esta tierra no había aprendido más de una docena de ellas.

La conversación en árabe se detuvo, y Amina volvió a dirigirse a mí en español:

—Señora, Jimo le ha traído la maleta.

La frase me dejó algo desconcertada. ¿La maleta? ¿Qué maleta?

¿Para qué me traían una maleta? ¿Acaso pensaban cambiarme de hospital y me traían ropa para vestirme?

De repente me asaltó una intensa sensación de pánico: no tenía sentido, no había otro hospital donde llevarme en Tánger, salvo alguna de esas clínicas privadas, y para trasladarme allí bastaba con meterme en una ambulancia. Además, ¿para qué quería una maleta, se suponía que llena de ropa? No, si me la habían traído, no podía ser más que por una razón: Alberto había decidido llevarme a un hospital en España para separarme de Paco y aislarme. Alberto había decidido secuestrarme. Sentí ganas de gritar, de suplicar ayuda, que no le permitieran sacarme de aquí. Volvió a mí la inefable impresión primera tras despertar, cuando no sabía dónde me encontraba, si me habían dejado viva en mi ataúd; la desesperación, la impotencia suprema, la locura.

Una idea vino veloz en mi auxilio: si esta maleta significa que Alberto me va a sacar de aquí, ¿por qué la trae Jimo, una mujer enfrentada a él, su enemiga declarada? No, me había dejado llevar por el pavor, debía de estar equivocada. Me fui relajando y me di cuenta de que mi nerviosismo no había pasado desapercibido a Jimo:

—Parece más tranquila, ¿te has dado cuenta de cómo se agitó su respiración cuando nombraste su maleta? —se dirigió a Amina en español en esta ocasión—. ¿Isabel, me oye?

Cuánto deseaba poder contestarle, hacerle una señal, un simple movimiento de párpado. Pero mi cuerpo seguía sin ser mío. Las dos mujeres intercambiaron algunas frases más en árabe. Jimo había dejado de llamarme señora, ahora era para ella simplemente Isabel. Lo agradecí. Se dirigió de nuevo a mí:

—Isabel, le he traído su maleta, la que llevaba en el taxi el día del accidente.

¡Llevaba una maleta en el taxi! Al fin algo que pudiera disipar las sombras de aquel día. Desde que desperté he intentado recordar, sin lograrlo, dónde me llevaba aquel coche. Mis últimos días de vida sana se han borrado completamente de mi memoria. Una maleta en el coche… ¿Salía pues de viaje?

¿Pero adónde? No recuerdo que tuviera un viaje previsto en esos días. Yo solo viajo con Alberto, las escasas veces que salimos de vacaciones y, muy de vez en cuando sola, a pasar un par de semanas a casa de algunos de mis hijos. Esas visitas son para mí grandes acontecimientos que me tienen ocupada y alborozada desde muchas semanas antes. ¿Iría a casa de Albertito, a París? ¿A Londres, con mis nietos? ¿Cómo he podido olvidar algo así?

Sentí la necesidad imperiosa, urgente, de comunicarme con Jimo, de preguntarle. Deseé que no se fuera, que permaneciera junto a mí hasta darme una explicación. Más que nunca, me sentí encerrada, presa, enrabietada. Las dos mujeres habían vuelto a su conversación en árabe, volví a maldecir mi ignorancia del idioma. Supuse que hablaban de mí, que Jimo había renunciado a la posibilidad de que yo las entendiera y que Amina sostenía que yo lo oía todo. La imaginé explicando que ella me hablaba a diario convencida de que yo la escuchaba y supliqué que siguiera insistiendo, que terminara de convencer a Jimo.

Aunque quizá no, quizá ya habían dejado de hablar de mí, habían cambiado de tema. Estaban hablando de sus hijos, pensé y sentí envidia de ellas, unas ganas terribles de ser ellas. Sí, en ese momento habría cambiado toda mi vida por la de cualquiera de las dos.

El sonido del teléfono, estridente, me sacó de mis cavilaciones. Contestó Amina:

—Buenos días, Cristina, ¿cómo estás? Bien, nada nuevo por aquí. Solo estuvo tu padre, esta mañana, muy temprano, antes de que yo llegara. Las enfermeras me han contado que estaba muy enfadado, gritando… No, con la señora… No sé, Cristina.

Al parecer, Cristina no se había enterado aún del numerito que montó el padre. Quizá él no regresó a casa, quizá se encerró en la oficina y no se vieron. O se vieron y él no contó nada.

—No, solo Jimo, que está aquí ahora… Sí, la mujer del taxista… No, ha venido a ver a tu madre y a traerle una maleta… En el taxi, sí… No, Cristina, yo no sabía nada, por eso me sorprendió tanto… Un momento, le pregunto…

Se dirigió en árabe a Jimo. Reconocí un *sí*, una de las palabras de mi brevísimo vocabulario. Y un *makein muchkil*, no hay problema. En mi cabeza se había desatado un torbellino: Cristina se acababa de enterar de lo de la maleta y Amina también, y eso significaba que no era una salida programada con antelación: cada vez que iba a salir de viaje, le daba la lata durante semanas explicándole lo que me iba a llevar, para que lo tuviera todo preparado, limpio y planchado cuando llegara el momento de la partida. A menudo la volvía loca cambiando de opinión, Amina, no me voy a llevar tal vestido al final, me llevaré tal otro, y ella contestaba paciente, invariablemente, con un lacónico «muy bien señora, no pasa nada, señora». Me sentí algo avergonzada al recordar eso, pensé que si vuelvo a ser la de antes tendré que hablar con ella, disculparme de alguna manera, explicarle por qué,

decirle que ya nada podría volver a ser igual entre nosotras. Que he aprendido muchas cosas y, durante mi largo sueño, he descubierto la cara oculta de la luna.

—Jimo vuelve mañana, Cristina, no hay problema —dijo Amina antes de colgar.

¡Iba a venir mi hija! ¿Pero por qué mañana, maldita sea? Quizá esté fuera de Tánger… Ella preguntará a Jimo por la maleta, querrá saber todos los detalles; hablarán en español, y yo me enteraré de todo, al fin.

Cristina, menos mal que no aprendiste árabe, me dije.

15

Hoy ha sido un día tranquilo. Pasé la noche entre sueños y meditaciones. Los sueños se han convertido en parte fundamental de la vida que llevo aquí. Al despertar, los prolongo dándoles vueltas y mis reflexiones se confunden con ellos, se entrelazan, se alimentan mutuamente. Divago con mis sueños, sueño mis disquisiciones. Intenté poner orden en el asunto de la maleta hasta que decidí, para combatir la angustia, aparcar la cuestión, como cuando tengo el nombre de una persona en la punta de la lengua y dejo al tiempo la misión de reubicarlo en la memoria cuando lo estime conveniente. Siempre termina haciéndolo y me ahorro una indagación agobiante y a menudo infructuosa. Ya aparecerá un nuevo dato, alguna luz que me explique qué hacía mi maleta en el taxi que se estrelló contra el autobús, cuando hablen Jimo y Cristina.

Así me dormí, creo, y el ardid surtió efecto porque logré esquivar el asunto de la dichosa maleta. La ensoñación me había llevado lejos de estos tiempos, y cuando desperté seguía teniendo delante la figura de Mohamed V, enhiesta ante el micrófono, pronunciando su discurso de Tánger. Aún no había llegado Amina, ni las enfermeras habían aparecido por la habitación y fui derivando hacia esos años en que, con temor y desolación, veíamos acercarse la independencia del país, con la esperanza —muy pronto frustrada— de que Tánger seguiría su camino en solitario, ajena a los nuevos e irremediables tiempos.

Recuerdo las frases más recurrentes de aquellos años en las conversaciones españolas: van a cargarse en un par de años lo que hemos tardado décadas en construir; serán incapaces de apañárselas sin nosotros; verás que pronto nos suplican que volvamos a tutelarlos; son como niños chicos, inmaduros para gobernar su propio país, sin nosotros no dan pie con bola. Y tantas más, que yo compartía y que a ningún español vi rebatir hasta que una nueva generación, la de mis hijos, decidió que tenía algo que decir al respecto. He tenido, desde que vivo encerrada, que darles la razón en más de una opinión que antes no compartía con ellos. Bien pensado, quizá también en esto deba hacerlo, ahora que no tengo más ocupaciones que esta y la de escuchar. Pensar y

escuchar, a eso se ha reducido mi vida. Poderosas ocupaciones, en verdad, porque en los días que llevo aquí —ya he perdido la cuenta— han operado en mí un cambio que, si he de despertar alguna vez, no sé qué huella me dejará, si me hará irreconocible para los demás, cuando no para mí misma. Quizá fuera bueno someter a los seres humanos, en algún momento de sus vidas, a esa dieta: nada de comer, ni de beber, ni de hablar. Solo escuchar y pensar.

Vivíamos enclaustrados en nuestro mundo, en nuestra fantasía de un Tánger internacional e inalienable. La ciudad era nuestra, nos pertenecía, y hacíamos oídos sordos a los rumores que llegaban de fuera. Sí, el Diario España nos contó que Al Fassi había fundado el Istiqlal, el partido de la Independencia, y que unos años más tarde creó, en nuestra propia ciudad, el Frente Nacional Marroquí. Mohamed V, aún sultán, llegó al corazón mismo de Tánger, en la medina, a proclamar sus intenciones independentistas. Vivimos esa jornada del 10 de abril del cuarenta y siete entre la curiosidad y el temor. La cosa empezaba a ponerse fea en Casablanca y el ejército francés intervino con mano dura: eso nos tranquilizó. El sultán fue desterrado a Córcega primero y luego a Madagascar. En nuestra burbuja, la vida transcurría plácida y nada podía alterarla, porque vivíamos en una ciudad de ensueño, pero las voces a favor de la independencia crecían y empezamos a pensar que aquello era el principio del final. Los años cincuenta fueron confirmando nuestros temores y defraudando nuestras esperanzas. Muchos se pusieron a hacer las maletas a pesar de las llamadas a la calma. Tetuán se sumó a las manifestaciones y nuestra burbuja empezó a hacer agua; las huelgas generales en las minas del Rif a principios del cincuenta y seis y la toma de varios poblados mineros nos confirmaron que la independencia estaba al caer: sucedió el 7 de abril, y aunque Tánger mantenía de momento su estatuto, sabíamos que era cuestión de meses, y no nos equivocamos: en noviembre ya estábamos en Marruecos, ya éramos extranjeros en nuestra ciudad. En el interior de los hogares europeos, nadie vivió tranquilo esos últimos años. La cosa, sin embargo, no fue a más y nuestras vidas continuaron como si nada hubiera cambiado. Los que tenían empresas las conservaron, seguíamos siendo socios de nuestros clubes y nuestras casas seguían atendidas por las criadas de siempre. Fuimos aprendiendo así que, en lo esencial, nada irreparable había ocurrido y que, de alguna manera, seguíamos siendo los amos del país. Tanto nos lo creímos que aún hoy conservamos en nuestra cotidianidad, en nuestras conversaciones sobre lo marroquí y en nuestras actitudes la impronta de los largos

años en que Marruecos fue nuestro. Es más, también muchos marroquíes repiten hoy la rutina de la sumisión de antaño. En una ocasión me dijo Albertito: «La descolonización de las mentes es infinitamente más lenta que la de los Estados. La descolonización de las mentes del colonizador y las del colonizado.» Creo que tenía razón.

La calma no duró mucho: al poco tiempo estalló la guerra entre España y Marruecos. Cristina me preguntó hace poco: «Mamá, ¿se puede saber por qué nadie en España sabe que hubo una guerra en 1958?» No supe contestarle, pero es cierto, aquello pasó desapercibido y aún hoy la gente se sorprende si le dices que los dos países estuvieron en guerra después del protectorado. El último enfrentamiento con Marruecos, en el imaginario español, es el del Rif, el del desastre de Anual. Quizá sea por eso, para no avivar el nefando recuerdo, por lo que Franco optó por no darle publicidad a esta otra. Por eso y porque no las tenía todas consigo: soldados usando zapatos de mercadillo a falta de botas reglamentarias, aviones del año catapún más peligrosos para los ocupantes que para el enemigo (varios soldados murieron al estrellarse dos de ellos, uno al despegar y otro al aterrizar), muy escasa munición y hambre, mucha hambre. La derrota fue solo parcial porque al final los franceses, nunca entendimos bien por qué, nos echaron una mano con aviones de los buenos. La censura fue absoluta. Tras la dictadura, los españoles tenían otras prioridades que desempolvar viejos recuerdos: lo que tocaba entonces era mirar hacia el futuro. Al fin y al cabo, Ifni había sido entregado diez años después de aquella contienda. Todo aquello era agua pasada.

No fue, sin embargo, una simple batalla. La guerra de Ifni, así la llamaron aunque también y sobre todo se extendió al Sahara, empezó en noviembre de 1957 y no acabó hasta abril del 58. Murieron más de trescientos soldados españoles, unos seiscientos fueron heridos. España ocultó lo que estaba ocurriendo y tan bien lo hizo que ni siquiera a nosotros, que vivíamos en Marruecos, nos llegaban noticias. Cuando nos enteramos ya todo había terminado: unos amigos que vivían en Tarfaya, en la región de Cabo Juby, en poder de España, pasaron por casa de regreso a Madrid y nos lo contaron. Los marroquíes habían recuperado la región. Ifni y el Sahara, en cambio, seguían en manos españolas. Al final todos nos enteramos aquí, pero Cristina tiene razón: en España poca gente sabe aún hoy que esa guerra tuvo lugar.

La temida desbandada europea tras la independencia no se produjo finalmente. Los negocios fueron respetados y los únicos

cambios visibles consistieron en empezar a pagar impuestos al fisco marroquí y en renovar cada año la tarjeta de extranjería. Por lo demás, la vida seguía sin sobresaltos, con las carretas cargadas de frutas y verduras recorriendo las siete colinas tangerinas de camino a los mercados, donde esperaban unos niños harapientos para llevarnos las cestas a casa. El esplendor de los mejores años permanecía intacto, todo seguía en su sitio: la independencia solo cambió la vida de algunos marroquíes, los que sustituyeron en la administración a los europeos y, claro, los que se enriquecieron gracias a la nueva situación. Pero para la gran mayoría, la independencia había significado poco más que una hermosa palabra.

Para nosotros, poco más que un sobresalto pasajero: seguíamos cenando pinchitos en el restaurante de Elías, gambas al pil-pil en el Yacht-club, angulas en la Casa de España de Larache, tomando el sol en los balnearios de la playa, merendando en Porte. Asistíamos a las zarzuelas del Teatro Cervantes y a los conciertos del Palacio de las Instituciones italianas. En las noches de sábado, los elegantes *dancing-clubs* nos acogían con alborozo y todos, musulmanes, cristianos y judíos seguían desempeñando el mismo papel de antaño en el gran teatro de Tánger.

Así fue, al menos, hasta bien entrados los sesenta. A todos nos esperaban nuevas sorpresas. Los primeros en recibirla fueron los judíos cuando, empezando el mes de junio de 1967, estalló la Guerra de los Seis Días.

16

—Buenos días, señora —Amina abrió la ventana y subió la persiana para ventilar la habitación.

Hacía ya un par de días que no se encontraba con vasos usados la tarde anterior. Mejor así: el mero gesto de retirar, lavar, colocar en su sitio el vaso de cristal de roca la ponía tensa, le desagradaba. Porque había contenido alcohol y debía restregar el interior con sus manos, sí, pero no solo por eso. Había también un trasfondo de humillación en el miedo a romper el objeto sagrado y ajeno, como cuando de niña cuidaba de no dejar caer nada para evitar la regañina de su madre. Hasta en su propia casa ese sentimiento había dejado de existir, eran cosas de la infancia. Había regresado aquí, en el territorio de sus señores, gente de su misma edad pero de temer.

Lo había dicho Jimo en una de sus conversaciones: No debemos tenerles miedo, te lo digo por nuestra dignidad. Abdelaziz lo decía con razón: «No recuperaremos nuestra dignidad hasta que dejemos de temerles, mientras nos sintamos inferiores a ellos.»

—Es verdad lo que dice Jimo, señora, —prosiguió su monólogo dirigiéndose a Isabel, porque sintió de repente la necesidad de repetírselo a ella, de enfrentar el miedo— nos sentimos inferiores a ustedes. Y ustedes nos demuestran en cada momento que lo somos. Que si la campanita, que si las órdenes, que si la manera de hablarnos. Somos para ustedes como niños chicos, nos reprenden, nos dicen lo que tenemos que hacer dentro y fuera de casa, no nos dirigen la palabra más que para darnos instrucciones que no podemos rechazar. Y nosotras contestamos: sí señor, sí señora.

Una brisa agorera, anunciadora del levante tangerino, removió el cortinaje, recorrió la habitación. El día había llegado caluroso y Amina dio la bienvenida al viento: no era a ella a quien iba a fastidiar el día de playa ni a estropear el peinado. Alisó la colcha para sentarse al lado de Isabel:

—No sabe cuántas veces me he sentido pequeña frente a usted, señora, y para qué contar frente al señor. Bueno, con los niños es diferente, eran pequeños cuando llegué a su casa y siempre los he querido. Nunca les he oído una mala palabra, una orden, un tono elevado. He hablado con muchas mujeres como yo, trabajadoras en

casas de cristianos, y más de una ha padecido a pequeños tiranos sin jamás oír una palabra de reprobación de boca de sus padres. Nuestros niños no, señora. Al contrario. Si necesitan algo se levantan y lo cogen, y si quieren que les planche una camisa me lo piden por favor. En eso he tenido suerte. Pero con usted, señora, me he sentido muchas veces como la última y más miserable criatura de la Tierra. El señor quiere más patatas fritas, ya sabes, dice que haces las mejores patatas fritas del mundo, sí señora, gracias señora, ahí está Amina pelando otra vez patatas para el señor, cuando ya me había sentado a comer en mi banqueta. Nunca me atreví a pedir una silla con respaldo, como las que usan ustedes, decirle señora, llevo todo el día de pie, encorvada sobre la bayeta, encorvada para hacer las camas, encorvada para lavar la ropa, encorvada sobre la sartén, me duele la espalda y debo seguir encorvada para comer. Nunca me atreví a pedir una silla con respaldo pero sí esperé que algún día viniera usted o alguien de la casa a ofrecérmela, alguien que se hubiera percatado de que cargo con el peso de los días en el alma, pero también en la espalda. Siéntate bien, Javier, le decían de pequeño al niño, ponte recto, pégate al respaldo o te destrozarás la espalda, y yo escuchaba en silencio y regresaba a la cocina, a mi banqueta en la que apenas me cabe el trasero. ¿Sabe usted una cosa, señora? En los treinta años que llevo en casa han pasado muchas sillas por el comedor, pero la banqueta de la cocina, mi banqueta, estaba ya allí el día en que empecé a trabajar para ustedes. Sí, señora, me he sentido insignificante, invisible, inexistente en su casa. Esperé que alguien me preguntara, pero jamás lo hizo nadie y sé que ya nadie no lo hará, que mi banqueta seguirá allí hasta el último día.

Entró en ese momento una enfermera, saludó a Amina y le pidió ayuda para cambiarle el pañal a Isabel y curarle las escaras que tenía en la espalda tras todos esos días pegada a la cama. La mujer había adelgazado mucho, pero su rostro se mantenía sereno, sumido en un sueño profundo. Un camisón de manga corta cubría su desnudez: se lo levantaron hasta el cuello para el aseo. La enfermera le pasó una esponja empapada en agua tibia bajo las axilas y recorrió después con ella todo el cuerpo. Los brazos y las piernas se flexionaban con facilidad: el doctor Molina le había explicado que el golpe no había afectado a su movilidad y que, de despertar, no habría parálisis, ni siquiera parcial. Amina aprovechó para sacudir la sábana y la colcha, y un haz de luz alumbró el revoleteo de esos millones de partículas que ondean en el aire que respiramos.

—¿Estás hablando sola? —al llegar, la enfermera había sorprendido a Amina monologando.

—No, hablaba a la señora.

—Ya sabes que no te puede oír…

—Solo Dios sabe.

La mujer comprobó el goteo de la medicación, dio un papirotazo al receptáculo donde iniciaba el líquido su viaje hacia las venas de la enferma y se despidió:

—Tienes razón, solo Dios sabe. Además, el doctor dice que es bueno estimularle los sentidos, que eso puede ayudar al cerebro a reactivarse.

Amina retomó su filípica. Esa mañana tenía cosas que decir a Isabel, y había decidido no dejar que se pudrieran en sus entrañas:

No soy una niña chica, señora. No soy su hija, ni su esclava. No me pueden hablar de esa manera, regañarme cuando algo no es de su gusto. Si se me rompe un vaso, si le falta sal a la ensalada, si algún rincón de la casa ha quedado sin barrer. Llevo muchos años haciéndoles sus camas a diario, dándoles de comer, recogiendo su mesa, fregando sus platos, lavando su ropa, planchándola después, pasando cada mañana la fregona por el suelo que ensucian con sus pisadas. Me deben un respeto. No le hablo de afecto ni de compasión, señora, le hablo de respeto. Puedo ser su criada y sentirme respetada, para ello solo necesito que me hable de tú a tú, no como a un ser inferior. Soy pobre, lo sé, pero mis problemas y los suyos se parecen en mucho, las dos necesitamos contar lo nuestro y sentirnos escuchadas. En una ocasión me dijo: No me hables así, Amina, que no soy una amiga tuya. Sé que no somos amigas, y si le digo la verdad tampoco quiero serlo. No hay nada que me atraiga tanto en su manera de ser o en su manera de vivir como para desear salir con usted de paseo: usted vive en un mundo que no es el mío y yo en uno que no es el suyo. Pero somos dos mujeres que comparten muchas horas diarias desde hace treinta años, y me gustaría escuchar de su boca algo más que una orden, alguna preocupación más que la de saber si mis hijos están bien de salud, si necesitan alguna medicina. Claro que le agradezco que se preocupe por ellos, que rebusque en su botiquín alguna medicina que nos pueda ser útil, pero hay más cosas sobre las que dos mujeres de nuestra edad necesitan hablar, aunque una sea la criada y otra la señora.

Sonó el teléfono, Amina se levantó a contestar. La llamada era de Alberto: quería saber qué tal seguía todo y si había venido alguien a visitar a Isabel. Solo habían pasado por ahí las

enfermeras, informó la criada.

—Me parece que el señor quiere saber si ha venido a verla don Paco. Está celoso, señora, las enfermeras me han contado lo que pasó ayer. Su mujer acaba de tener un accidente, lleva dos semanas dormida y él se pone celoso. Los hombres son muy raros, señora, en eso se parecen mucho a los nuestros. Pues sí, pasamos muchas horas juntas, nueve o diez horas cada día. Muchas más de las que paso con mi marido, muchas más de las que paso con mis hijos. ¿Y cuánto me pagan? Todo eso por poco más de dos mil dírhams. Mi marido no trabaja, señora, ya lo sabe, y mis hijos poco pueden ayudarme. Sí, la que vive en España me manda algo cada mes, pero mucho no puede. Ella vive en Madrid y me dice lo que le pagan a las marroquíes que limpian en casas: doscientos euros, lo mismo que me pagan ustedes por todo un mes, pero ellas por solo dos días a la semana, y nada de jornada completa, solo cuatro horas. ¿Le parece justo? Usted conoce los precios de Marruecos, ¿cree que con eso podemos vivir? Esto no es pobreza, señora, es miseria. Ya no sé qué poner en la mesa para darles de comer. Sí, usted me permite llevarme la comida que sobra en su casa, y más de una vez he tenido que comer menos para que sobrara algo más. Yo se lo agradezco, pero eso no es suficiente, los precios han subido mucho, señora. ¿Qué me contesta cuando le pido que me suba el sueldo? Que no puede ser, que siempre me estoy quejando, que dale gracias a Dios por tener un trabajo, que si no estoy contenta ya sabes dónde está la puerta. Y yo me tengo que aguantar, señora, tengo que callar y tragarme las lágrimas y la rabia. Le digo: señora, los españoles que viven en Marruecos ganan más que en España y pagan menos a sus criadas, ¿por qué hacen eso? Y usted me contesta que eso no es asunto mío, y es verdad, no lo es, pero no dejo de preguntarme por qué si en nuestro propio país ustedes ganan más que en el suyo, si nuestro propio país les da tanto, por qué no nos ayudan más a nosotros. No es justo, señora, y tampoco lo es que no pueda tener un mes de vacaciones en verano. Usted dice que no puede ser porque los niños vienen a casa y hay que atenderlos, pero yo sé que no es eso, porque los niños vienen cada vez menos y además ellos pueden hacer sus cosas solos. Lo que de verdad ocurre es que ustedes ya no saben vivir sin nosotras, llevan demasiados años sin hacer una cama, sin freír un huevo, sin planchar una camisa. Nos necesitan, no son nada sin nosotras. Y creo que muchos de ustedes no vuelven a España por eso, porque allí no podrían permitirse tener a una mujer desde la mañana hasta la tarde en su casa, todos los meses de año. Sí, ya sé, me paga doble

el mes de vacaciones por trabajarlo, pero llevo treinta años así y estoy cansada, señora, necesito descansar, mi cuerpo se está desgastando de tanto trabajar, de tanto ir y venir, de tanto malvivir. Y hay más cosas que me hacen sentir insignificante. Ustedes no se dan cuenta, porque creen que a mí nada me afecta, están acostumbrados a verme como un robot que se desplaza por casa para recoger, cocinar, limpiar, pero que no piensa ni siente. Yo soy un mueble, así me siento, un mueble invisible. Creen que no me doy cuenta, pero sí lo hago: a veces se ríen de mí y eso me duele, me hace sufrir, me hace sentirme muy mal. Se ríen de mi manera de hablar, se ríen de mi ropa, se ríen cuando me arrodillo a rezar. Se han acostumbrado a hablar de mí sin darse cuenta de que estoy delante, de que acabo de entrar en el comedor para colocar las tazas recién fregadas, de que estoy en el dormitorio haciendo las camas, de que la persona que está pasando la bayeta por el suelo del pasillo soy yo. A eso me refiero cuando le digo que me siento invisible. Hace años que siguen riéndose entre ustedes con lo de la radio. ¿Recuerda eso? Fue en una ocasión en que su marido entró en la cocina mientras yo escuchaba un programa de oraciones y de lectura del Corán. Me siento bien cuando oigo eso, me ayuda a olvidar durante esos momentos la vida que llevo. Al escuchar los rezos, el señor me preguntó: ¿Eso qué es, Amina? Y yo, que no entendí lo que en realidad quería preguntar, le contesté sorprendida, como quien desvela una evidencia: ¡Una radio! El señor se echó a reír, y se ve que después se lo contó a todos, porque cuando entre ustedes quieren expresar algo evidente dicen lo mismo, dicen *una radio*. Y se ríen, claro, se ríen de la tontería de la mora, porque la mora no tiene cabeza más que para tonterías, para tonterías y para facilitarles a ustedes la vida. A veces he soñado con eso, con llegar a mi casa y encontrarlo todo hecho, todo limpio, todo planchado, y sentarme a descansar y a disfrutar de esa casa que no pide ningún esfuerzo, ningún sacrificio, ni encorvar la espalda, porque por dos mil míseros dírhams al mes hay alguien que lo hace por ti. Tiene que disculparme, señora, sé que no está bien hablarle de todo esto ahora, tiene usted otras preocupaciones en estos momentos. Pero hoy me he levantado así, le doy muchas vueltas a la cabeza desde que Jimo me explicó las cosas. Cuando se despierte usted quisiera hablarle de todo esto, de mujer a mujer. Somos mujeres las dos, ¿verdad? Tenemos casi la misma edad, usted unos años más aunque yo aparente ser más vieja. ¿Por qué no podemos hablar de mujer a mujer? Lo intentaremos señora, tendremos que intentarlo las dos. Espero que me atreva a hacerlo.

Ojalá despierte usted pronto y podamos hablar, señora.

17

Cristina no está para preámbulos. Ni siquiera se ha acercado a mí como hace normalmente para susurrarme unas palabras al oído. Amina le ha presentado a Jimo, es la mujer del taxista, le dice, y oigo unos besos, las condolencias, algunas palabras de ánimo pronunciadas por mi hija. Y de inmediato ha empezado el interrogatorio:

—¿De dónde ha salido esta maleta, Jimo?

—Después del accidente, una grúa se llevó el coche al depósito municipal. Cuando mi hijo fue a recogerlo, se dio cuenta de que ya no servía para nada: el arreglo iba a salir más caro que comprar uno nuevo. El taxi había quedado como un acordeón. La parte delantera estaba hundida, gracias a Dios su madre se sentó en el asiento trasero.

—¿Nos podemos tutear, Jimo?

—Por supuesto, nos tuteamos.

—Qué bien hablas español…

—Estudié en el IPE.

—¡Yo también! Pero no te recuerdo…

—Es normal, Cristina, soy bastante mayor que tú —mi Cristina sigue siendo la misma, me agrada oírla fiel a su costumbre de ganarse la confianza de la gente que le gusta de entrada, de abrirle su puerta de par en par. Me agrada comprobar que Jimo le ha caído bien, pero quiero seguir sabiendo, que siga indagando:

—¿Y qué hizo tu hijo?

—Llamó a la chatarra y fijaron un precio. Ellos se encargaban de recoger el coche. Mientras esperaba la grúa, lo registró por si había algo que retirar. Fue así como descubrió esta maleta en el maletero. Supongo que es de tu madre.

—Sí lo es. Es la que utiliza para viajes largos, cuando viene a vernos durante dos o tres semanas. ¿Qué hay dentro?

—No la he abierto, por supuesto. Supuse que era de ella, porque nuestra no es, desde luego.

—Amina, no sabía que mi madre se fuera de viaje.

—Yo tampoco, Cristina. No creo que se fuera de viaje, cuando lo hacía me lo decía varias semanas antes, me pedía que le planchara ropa, que le preparara sus cosas. No me dijo nada, no

creo que se fuera de viaje.

—¿Y entonces dónde iría con esa maleta?

—No lo sé. Es muy raro, Cristina.

La respuesta de Amina me alarma. Nunca me he ido de viaje sin avisarla, y siempre lo he hecho con bastante antelación. ¿Dónde iba yo con la maleta? ¿Cómo se me podrá haber olvidado eso? Es cierto que el accidente me ha robado horas de memoria, días quizá, pero no recordar un viaje, cuando jamás salgo sin programarlo varias semanas antes, es algo que no puedo entender. Rebusco desesperadamente sin hallar respuesta. ¿Por qué me he ido de viaje sin avisar a Amina? ¿Habrá sido un viaje de urgencia, me habrá obligado algún imprevisto a salir de Tánger?

Caigo en que en las conversaciones que ha mantenido Alberto en esta habitación en ningún momento ha nombrado viaje alguno. Es más, el primer día que vino a visitarme Carmen le preguntó dónde iba en taxi y él contestó que no lo sabía. ¿Me iba de viaje y Alberto no lo sabía? Eso es del todo imposible. ¿O sí lo sabía y mintió a Carmen? ¿Por qué, Dios mío, por qué?

Las preguntas me asaltan y me confunden; empiezo a sentirme agobiada, me estoy angustiando, debo calmarme porque la ansiedad sin voz, la ansiedad sin cuerpo es una pesadilla. Y me estoy despistando de la conversación, debo concentrarme en ella, no perder detalle. Lo que no escuche ahora quizá no lo pueda saber nunca, porque no puedo preguntar, ésa es la mayor maldición de mi silencio.

Alguien ha salido, la voz de Cristina se ha acallado. Escucho a Amina y a Jimo hablar en árabe, me cachis en la mar, ¡no entiendo nada! Por fin vuelve la voz de Cristina:

—Aquí traigo un destornillador, vamos a abrirla, —el regreso de mi hija me llena de alegría, temí que se hubiera ido, que mis cavilaciones me hubiesen impedido oírla despedirse— ayudadme, por favor, agarrad fuerte la maleta.

Oigo la lucha del destornillador, y su victoria: ¡Ya está!, exclama mi hija. Pasa un tiempo indefinible, puede que solo unos segundos pero se me ha hecho eterno.

—Es suya, no cabe duda. Y su bolso está aquí dentro, eso es rarísimo. Es como si hubiera querido esconderlo, pero es muy extraño, nunca se separaba de él —me molesta que Cristina hable en pasado, pero no es momento para remilgos.

De nuevo el silencio, debe de estar husmeando en el bolso. ¿Qué diablos habrá en la maleta? Vuelve al fin la voz de mi hija:

—Jimo, te agradezco mucho que nos hayas traído la maleta, no

sabes lo importante que es esto para nosotros. Y te pido por favor que no le digas una palabra sobre ella a mi padre.

—Tu padre no me interesa para nada, no tengo ni un minuto que perder hablando con él. Es más, espero no tener que volver a verlo en mi vida.

—Te entiendo, ya me contó Amina lo que ocurrió en casa. Sentí vergüenza ajena, te lo aseguro.

—Tu padre es tu padre y tú eres tú.

—Anótame aquí tu número de teléfono, por favor. Te llamaré. Quisiera volver a verte, si te parece bien.

—Volveremos a vernos. Te dejo ahora, ya hablaremos.

Más besos, la puerta se abre y se cierra.

—A ti también, Amina, te pido que no hables a mi padre de la maleta. Tenemos que esconderla.

—¿Quieres que la lleve a casa?

—Demasiado riesgo. Mañana la metemos en mi coche y la llevamos a la tuya, ¿estás de acuerdo?

—¿Quieres que la llevemos ahora?

—No, ahora no. Vamos a esconderla aquí, en un lugar donde nadie la vea. Necesito estar sola, tengo que pensar en todo esto. Prefiero que vayas a casa y me avises si mi padre sale de allí.

—No puedo, Cristina, tu padre me ha ordenado que no me mueva de aquí.

—No te preocupes, yo lo llamo ahora y le digo que te he pedido que vayas a casa, que hay cosas que hacer allá y que yo me quedo con mamá.

—Como quieras. Hasta mañana, Cristina, puedes guardar la maleta debajo de la cama, nadie se fijará en ella. En el armario no cabe, y además es lo primero que abre tu padre, para coger su botella. Y en el cuarto de baño ni pensarlo, ahí entra y sale todo el que pasa por esta habitación.

Se abre la puerta. De nuevo la voz de mi hija: Amina, —y después de un breve silencio— muchas gracias. No hay respuesta, pero imagino la sonrisa de Amina, su sonrisa de siempre, entre humilde y triste. La sonrisa del pobre, la llama Cristina.

Inmediatamente, vuelve a hablar Cristina, por teléfono esta vez:

—Albertito, ¿qué tal? Oye, tienes que venir inmediatamente, estoy en el hospital con mamá. Sí, ha pasado algo, algo gordo. No, mamá está bien, bueno, está igual, no tiene nada que ver con eso… No te lo puedo decir por teléfono, Albertito, necesito que vengas ya. Sí, te espero.

Me espera una nueva eternidad de silencio, de preguntas. No sé

cuánto tardará Albertito en llegar. Ha aparecido una maleta, ¿es eso tan importante? Lo que de verdad me angustia es no recordar que me iba de viaje, y que no lo supieran mis hijos. A menos que Albertito sí lo supiera, o Javier, ya veremos cuando llegue. Amina y Cristina parecen intrigadas por mi partida, pero muy lejos no podía ir: mis viajes, como todo lo demás en mi vida, están condicionados por lo que decida Alberto, y no tienen más posibilidades que la de salir de vacaciones con él, que las de ir a ver a mis hijos y, muy de vez en cuando, a mis hermanos. Nunca he puesto la fecha, siempre he pensado que mis salidas dependen únicamente de sus ganas de perderme de vista por un tiempo. Mi única misión, en cuestión de viajes, es esperar a que llegue ese momento. Creo que Albertito tiene razón cuando dice que padezco el síndrome de Estocolmo. Cuando paso un par de semanas en su casa, o en la de los demás, acabo quejándome por echar de menos Tánger, porque me apetece volver a ver a mi marido. Es así, lo estoy pensando y tengo que admitirlo, lo echo de menos cuando llevo unos días sin él. ¿Cómo es posible?, me pregunto. ¿Qué sutiles, invisibles lazos unen a los seres humanos hasta en el hastío? El hombre con quien me casé, el que robó mis sueños, se adueñó de mi alma, me maltrató, me humilló hasta lo indecible, sigue significando algo para mí, o al menos lo ha hecho hasta el momento de mi accidente. He tenido que caer en este abismo para cortar amarras definitivamente, si es que el desapego que ahora siento, el horror al reencuentro con él, la angustia que acompaña su visión imaginada significan eso. ¿Y de qué me sirve ahora, cuando mi vida se apaga irremediablemente y me deja por último regalo este trance fantasmagórico, esta oportunidad de repasar los años que he vivido, cruel oportunidad en verdad porque son tantos los recuerdos dolorosos que el balance no me permite despedirme satisfecha del mundo. Sola he vivido mis penas, sola las digiero en mis últimos días.

El teléfono me saca de mis cavilaciones. Por la respuesta de Cristina sé que es Alberto quien llama: quiere saber por qué se ha quedado, por qué no ha ido a almorzar con él, si ha ocurrido algo tan grave como para dejarlo solo. Esto último no lo deduzco únicamente de las palabras de mi hija, sino por el hecho de que no hay ya nada que me sorprenda de Alberto. Lo sé todo sobre él: lo que ha sido, lo que es y lo que será. Siente celos de que Cristina esté conmigo en vez de acompañarlo. Su enfermedad no le da tregua, no tiene un momento de paz, lo compadezco por ello. Cuando yo desaparezca, y en cierto modo ya lo he hecho, se sumirá en una soledad absoluta, abandonado por todos, también por sus

hijos. Quizá Javier y Cristina lo llamen por teléfono una vez a la semana, lo visiten juntos un par de días al año mientras viva, pero nada más. Lo siento por Amina que, si sigue en casa, tendrá que sumar a sus desdichas las mías. Ni uno solo amigo se acercará a él porque ya nadie estará dispuesto a tolerar sus desplantes, sus desaires, sus verdades oxidadas por la fuga del tiempo y de la inteligencia y que él luce como eternas, exclusivas, incuestionables por el simple hecho de ser suyas, suyas desde siempre, desde que las adquirió a precio de saldo en el mercadillo de los tiempos mediocres y grises de nuestra patria. Ni siquiera la oportunidad que le brindó Tánger de codearse con españoles que no tenían cabida al otro lado del Estrecho —lo hizo más por esnobismo y por dar a su ego un barniz mundano, hasta que le fueron dando la espalda desde el momento en que caía el burdo disfraz de una apertura de mente de la que carecía— le permitió airear las ideas añejas que se llevará a la tumba como su más preciado patrimonio. Recuerdo a algunos de esos tangerinos que pasaron por casa en los lejanos cincuenta y sesenta. A Antonio Fuentes, cuyos cuadros adornaban las paredes de tantas casas europeas de Tánger. Yo me llevaba muy bien con él, y su amaneramiento me permitía explayarme en carantoñas sin avivar los celos de mi marido. Había nacido y crecido en el hotel Fuentes, donde Camille Saint-Saens compuso su Danza macabra, en el Zoco Chico, el barrio de mi infancia y juventud. Allí sigue en pie el local con el mismo nombre y flota en el aire, porque lo percibo al pasar por allí, el recuerdo de sus padres, de la algarabía de aquella céntrica plaza, animada, rebosante de vida, como lo estaba yo entonces. Desde el Zoco Chico partían las venas por las que circulaba la savia de la ciudad bulliciosa, multicolor, cosmopolita y la calle Siaghins, arteria que aseguraba el tránsito entre dos mundos, conectaba la medina con la ciudad europea. Por ella caminaba Antonio Fuentes hacia nuestra casa con su porte altivo y un pañuelo al cuello, muy en su papel de bohemio mayor de la ciudad. Jugaba a las damas con Alberto o con los niños, sumiéndose entre cada jugada en una profunda meditación y, vuelta la palma de la mano hacia arriba, acababa empujando con el índice y el corazón la ficha hasta su nueva casilla, acompañando el gesto con una expresión, siempre la misma: «¡Ah! En ese caso…». Nunca se iba sin recortar en una hoja de papel negro que sacaba de su bolsillo el perfil de alguno de nosotros, que guardábamos cuidadosamente entre las páginas de un libro; aún hoy conservo uno de ellos como recuerdo entrañable y hermoso. No sé si alguna conversación mantenida con Alberto, en

la que se le cayó inadvertidamente la careta, o si alguno de sus comentarios —solía decir de él: «cada día está más maricón»— llegaría a oídos del gran pintor tangerino. El caso es que dejó de pasar por casa y solo pude seguir viéndolo en su taller, en su mugrienta vivienda de la medina. Lo vi por última vez en el hospital español, donde pasó varios días reponiéndose de la enfermedad que finalmente se lo llevaría, y recuerdo sus palabras de indignación con las monjas, que se habían atrevido a ducharlo y desposeerlo así de su preciado atuendo de bohemio. «No te preocupes, Antonio», le dije entonces, «en cuanto salgas lo habrás recuperado en menos de una semana». A sus noventa años, lo único que le hacía ilusión era seguir pintando.

Otros amigos fueron cayendo al mismo tiempo que Alberto iba desvelando su auténtica personalidad. Es muy difícil infiltrarse en un mundo ajeno sin talento para el disimulo, y Alberto no lo tenía. Tánger, con su sociedad heterogénea, multicultural, abierta al mundo, le venía grande. Yo había adoptado sus ideas, es cierto, me había contagiado de su naturaleza, pero no de su carácter esquizoide. No disponía de su arsenal de odio, de rencor, de hondo resentimiento, no estaba atrapada en su telaraña infernal, no era un escorpión cercado por el fuego. Mi carácter me ha puesto siempre a salvo, y nacer en esta ciudad me permitió bañar mi infancia en sus aguas protectoras. No me acosa un drama familiar tan grotescamente sobredimensionado y mi relación con los tangerinos notorios, los más respetables y los malditos, ha sido siempre cordial. Compartía ratos de charla con Mohamed Choukri mientras bebía cerveza tras cerveza en *La fine Bouche*, nos deteníamos para charlar siempre que nos cruzábamos Emilio Sanz de Soto y yo, y de niña jugueteaba en la calle Siaghins, frente a la sombrerería de su madre, con Ángel Vázquez, otro amigo perdido por imposición de Alberto, al que se le atragantó su homosexualidad, pero sobre todo por la escasa disposición de mi amigo escritor a congeniar con su fascismo indisimulado. Ángel me inició en los secretos de la jaquetía y junto a él aprendí el verdadero significado de la tristeza, esa que llevaba pegada al alma. Sufrí cuando supe de su muerte, abandonado a su suerte en una mísera pensión de Madrid, fulminado por un infarto tras quemar dos de sus novelas inacabadas. Pobre Ángel. Su vida, como la mía, como la de tantos otros, nos confirmó que vivir en Tánger no es necesariamente vivir en el paraíso. Que llevamos el paraíso y el infierno dentro de nosotros mismos. Hallar uno u otro es asunto de cada cual. Y en estos días, absorta en su busca, me siento mujer medio paraíso,

medio infierno, de vida recortada por los extremos, como es esta ciudad que ha dado cabida a todos, desde el rufián hasta el poeta.

Dejo de dar vueltas a la cabeza: acaba de llegar Albertito. Se ha abierto la puerta y ha resonado su voz, «Hola hermanita», qué bien se han llevado siempre estos dos, de no haber sido hermanos habrían sido amigos de los buenos. Hago el silencio en mi interior, no me quiero perder una palabra de su conversación:

—A ver, cuéntame, ¿ha pasado algo con mamá, ha empeorado?

—Ha pasado algo con mamá, pero no tiene nada que ver con su salud.

—Entonces ¿qué?

—Había una maleta dentro del taxi. Jimo, la mujer del chófer, la ha traído esta mañana. Se iba de viaje.

—¿Cómo que de viaje? No me había dicho nada. ¿Y dónde iba?

—Esa es la cuestión, nadie sabe nada. Ni siquiera Amina. Ya sabes como la mareaba cada vez que se iba de viaje. Pues esta vez ni mu.

—¿Y tu padre?

—Mi padre y el tuyo tampoco sabe nada, te lo puedo asegurar, ni debe saberlo.

—¿Se lo has preguntado?

—No, ni lo pienso hacer, porque acabo de descubrir la respuesta.

—Pues venga, suéltalo ya…

—No te lo vas a creer.

—Vamos, déjate de rodeos…

—Se iba de casa, se fugaba, huía de papá.

Me estoy empezando a poner nerviosa. ¿Me iba de casa sin decirle nada a Alberto? Eso no puede ser, dónde voy yo, si no tengo dónde caerme muerta…

—¿Sin decirnos nada? Eso no tiene sentido, Cristina, le hemos propuesto mil veces que se largue, le hemos ofrecido nuestras casas, nos habría avisado. No se podía ir sin que nadie lo supiera. Además, no tenía dónde ir…

—Alguien sí lo sabía. Alguien que la esperaba en el aeropuerto de Madrid.

—¿Quién?

—Adivina…

—¡Desembucha de una vez, Cristina!

—Paco.

Me sacude una enorme conmoción. No lo noto en mi cuerpo porque no existe, y eso hace la sensación más angustiosa aún.

Siento un mareo, como si fuera a desvanecerme; debo serenarme o me perderé el resto de la conversación.

—¿Paco? ¿Qué Paco?

—Paco, el Paco de siempre, nuestro Paco.

—¿Y qué tiene que ver Paco con todo esto?

—Estaban enamorados, le pidió que se fuera con ella y aceptó.

—¿Que Paco y mamá eran amantes? Tú has perdido la cabeza, Cristina.

—No he dicho que fueran amantes, sino que estaban enamorados.

—No me lo puedo creer, ¿quién te ha contado eso?

—Esto.

—¿Y eso qué es?

—Un papelito, como decía nuestra prima Loli cuando hizo el papel de Lucía en el Tenorio de la Peña lírica tangerina.

—Una carta, enséñamela, ¿de dónde la has sacado?

—Estaba dentro de su bolso, y éste dentro de la maleta. También estaba su pasaporte, toda su documentación, y dinero.

Me voy a volver loca. ¿Qué ha pasado con mi vida en tan pocos días? O ya no es mi vida… Siento que todo lo que oigo no tiene que ver conmigo, que esa vida es de otra, no mía. ¿Dónde estoy, por Dios? Que alguien me saque de aquí o acabe con este tormento para siempre. Paco nunca me ha declarado su amor hasta el día en que vino a verme aquí, jamás habría sido yo capaz de abandonar a mi marido y mi casa para irme con otro hombre. ¿Qué está pasando aquí? ¿Estaré muerta y esto es el infierno? ¿Por qué se han callado mis hijos? Albertito debe de estar leyendo esa carta…

—Increíble, ¿no? ¿Tú sabías algo de esto?

—Ni idea, Albertito. Una declaración de amor en toda regla…

—*Nunca me he atrevido a decírtelo, Isabel. Desde el mismo momento en que nos presentó Sol me gustaste, y poco a poco me fui enamorando de ti. Si después de su muerte volví a veros, no fue por tu marido, puedes estar segura. Aguantaba su presencia con tal de verte*. O sea que ella no sabía nada…

—No, pero seguro que también estaba enamorada, si no, no se hubiera ido. Además, siempre hemos notado lo bien que se llevaban, siempre lo hemos comentado.

—Ya, pero de ahí a largarse juntos va un trecho. Escucha esto: *Te lo voy a pedir solo una vez, amor, no me atreveré a volver a hacerlo: nuestras vidas se van acabando. Démosle una última oportunidad a la felicidad. No te pudras junto a ese animal que tienes por marido. No malgastes tus últimos años a su lado. Ven conmigo, colmemos de amor*

lo que nos queda de existencia.

Quiero lágrimas para derramar tanto sufrimiento y tanta dicha. ¡Me atreví a tomar esa decisión! Me siento orgullosa de mí, nadie sabe lo valiente que hay que ser para escapar de esa prisión hecha de lazos enfermizos, de principios rancios y correosos enraizados en nuestras almas de mujeres de otro tiempo, bajo la custodia de la culpa y de un guardián feroz, despiadado. Paco, amor mío, gracias por alumbrar nuestro secreto, por querer dar vida a nuestro sueño escondido. Qué grande ha sido nuestro pecado y qué grande el castigo que nos ha mandado Dios. Conseguí sortear la vigilancia de Alberto, pero no la de Él. Ya es tarde, al parecer, pero muero al menos con esta alegría de última hora, redimida por un pecado, quién lo iba a decir.

—Déjame esta carta —la voz es de Albertito— si mamá muere se la leeré yo mismo al energúmeno. Le devolveré la moneda de sus cartas prehistóricas.

Eso me gusta, Albertito. Sí, léesela, por favor. Cuánto quisiera poder decirte que hables con Paco, que le digas que me han robado hasta la memoria de mi decisión. Que le digas, porque él no lo sabe, que pensaba acudir a su cita de Barajas. Ojalá no hubiera decidido acudir a la cita por sorpresa, sabedora de que él no esperaba verme entre los pasajeros procedentes del vuelo de Tánger, sabedora de que el hechizo de ese instante en el que yo aparecería ante su mirada atónita iluminaría el resto de nuestros días. Ojalá le hubiera llamado, le hubiera dicho «Paco, mi amor, voy para allá», y tuviera así la certeza de que encontré la muerte yendo en su busca, que tuve el valor de volar hacia él, que su valentía fue correspondida. Que la vida tiene estas cosas, nos depara lo mejor cuando ya es demasiado tarde.

—¿Qué bien, no? —me alivia saber que Cristina me apoya.

—Sí. Lástima que no haya ocurrido antes. Pero me alegra saber que lo intentó. Me alegra y me da rabia, mucha rabia.

—Ojalá sobreviva y cumplan los dos su sueño.

—Bueno, yo creo que el accidente cerró esta historia alucinante. Sabes, su muerte me resultará más llevadera sabiendo esto. Después de leérsela a nuestro padre, le devolveré la carta a Paco, y le entregaré la maleta para que conserve los restos del naufragio. ¿Te parece bien?

—Me parece genial, hermanito.

Gracias, hijos míos, por no necesitar mi voz para cumplir mis deseos. Cuánto os quiero. Qué recompensados siento mis desvelos por vosotros, yo que los daba por bien empleados aunque no me

fueran correspondidos.

—¿Se lo decimos a Javier?

—Yo esperaría un poco.

—Me parece bien. ¿Qué hacemos?

—Le damos un beso, tú en una mejilla y yo en la otra.

No sé si siento o si imagino sus labios en mi rostro, pero sus besos me reconfortan. Me encantaría abrazarlos a los dos, llevarlos hasta los pechos con que los amamanté, decirles que gracias a ellos puedo morir en paz. Que sus palabras son el bálsamo que me saca del infierno.

—Nos sentimos orgullosos de ti, mami —me susurra Cristina.

—Me voy, hermanita. Gracias por llamarme. Sí que había pasado algo gordo… ¿Me dejas la carta?

—Es tuya. Si quieres que esté presente cuando se la leas a papá, cuenta conmigo.

—Pues no es mala idea. Jean Luc está aquí.

—¿No me digas, y eso?

—Ha venido a pasar unos días conmigo. Nos quedamos en el hotel Minzah.

—Pues qué bien…

—Cuando bajo a la recepción imagino a mamá en sus tiempos de telefonista.

—Pobrecita. Cómo cayó en la trampa.

—Sí. Pero gracias a eso estamos aquí tú y yo.

—Ceno esta noche con vosotros en Hammadi, ¿vale?

—Hecho, te esperamos en el hotel.

—Di a Jean Luc que es mi cuñado preferido. Y no solo porque sea el único que tengo.

Se cierra la puerta. Mi hijo se ha ido. Las últimas palabras que ha intercambiado con Cristina me han conmocionado. Sí, había imaginado que podía ser homosexual, pero para mí era una suposición, el eco de los insultos de su padre. Un eco lejano, al que no quería prestar atención. Pero ahora el eco es una certeza. Cristina lo sabía, y se lo toma con la mayor naturalidad del mundo. Mi cuñado preferido, le ha dicho. Lo han hablado entre ellos y yo no he sabido estar a su lado ni de su parte. Un muro me separa de ellos, qué tristeza saberlo ahora, cuando no tengo voz para decirles: «Hijos míos, qué hermosa es vuestra vida».

Cristina se despide de mí: «Te quiero mamá, qué orgullosa estoy de ti. Qué pena que no hayamos sido capaces de hablar de nuestras cosas.»

Sí, hija mía, qué pena. Que llegue pronto el silencio de la noche,

tengo tantas cosas en que pensar…

18

Esta noche no he dormido, dando vueltas sin parar a lo escuchado ayer. Y lo he hecho con plena consciencia. Es increíble: llevo toda una existencia sin más sobresaltos que los de una rutina diaria, sin más alegrías que las de un acomodo mediocre, y en los pocos días que llevo aquí mi vida se ha revolucionado vertiginosamente. Ha bastado con que la gente piense que no la oigo y que puede hablar de mí sin problema. Siempre he asumido que no se puede hablar ante los demás como a sus espaldas, pero jamás pude imaginar que la distancia entre ambas situaciones fuera tan extrema y que ese equívoco pudiese tener tantas consecuencias. La jornada de ayer fue rica en sorpresas: por un lado, descubro que Paco me ha declarado su amor y me ha ofrecido dar un giro absoluto a nuestras vidas. Más inconcebible aún: he aceptado. Para mayor confusión, no recuerdo nada de ello, solo sé que tomé un taxi hacia una nueva vida y que me llevó a la antesala de la muerte. El impacto me ha borrado la memoria próxima al accidente, no recuerdo nada de las horas anteriores. Eso quiere decir que mi decisión tuvo que ser muy rápida, en caso contrario algo tendría presente. Recuerdo como muy cercana una merienda con Carmen en Porte. Estuvimos como siempre hablando de los demás y, también como siempre, aprovechamos el momento para nuestros desahogos conyugales que, por repetidos, habían dejado de tener interés. Nos escuchábamos mutuamente como si habláramos con nosotras mismas ante un espejo, más por seguir un ritual que por sentirnos comprendidas. Y, resuelto el trámite, empezábamos con lo que de verdad nos divertía: sumergirnos en las vidas ajenas para huir momentáneamente de las nuestras.

Entre los vericuetos en que me perdí anoche, una duda me asaltó: ¿Cómo me hizo llegar Paco la carta? Cristina no mencionó si estaba franqueada. Dudo que la trajera el cartero, normalmente es Alberto quien recoge la correspondencia del buzón; el riesgo habría sido excesivo. Un encargo como éste no lo podía haber dejado en manos de nadie. Solo se me ha ocurrido una posibilidad, he dejado a mi imaginación recrearla pero no puedo saber si se acerca en algo a la realidad: Paco pasó por casa el día anterior y aprovechó un momento de distracción de mi marido para ponerme la carta en la

mano. Me pidió discreción y que la leyera a solas cuando se hubiese ido. Después tomó el avión de Madrid y fue al día siguiente al aeropuerto a esperarme, probablemente sin esperanzas de que yo hubiese tomado la decisión deseada, pero intacta la fe que solo da el amor. En mis quimeras, había un billete de avión junto a la carta. Me encerré en el cuarto de baño para abrirla y ahí lo encontré; lo hice con temblor en las manos, el corazón desbocado y un estremecimiento llegado de tiempos remotos. Regresé a los años en que pensar en Alberto me arrullaba el alma, pero habían cambiado el protagonista y la edad. Sorteé una leve amenaza de culpa mientras me sumergía en la lectura del mensaje que la mano húmeda de Paco había puesto en la mía. Estaba sentada sobre la tapa del váter, y al terminar la lectura volví a las primeras líneas. Lo leí varias veces, en un intento de asimilar que aquello me estaba pasando a mí, o quizá para retrasar el momento de la ineluctable decisión. Abrí el billete de avión: la salida era para el día siguiente a las tres de la tarde. Me había convertido en juez de mi propia vida y debía dictar sentencia tras un juicio sumarísimo. Accioné la cisterna para justificar mi tardanza en salir. Se me agolparon las imágenes en la mente: el encuentro con Paco al llegar al aeropuerto, un abrazo prolongado dado para liberar el amor tanto tiempo retenido pero también para retrasar el momento de mirarnos a los ojos. Esperé de él la iniciativa de alguna palabra, alguna frase que me aliviara de la vergüenza por esta recién estrenada intimidad, por mi desnudez, el bochorno de mi inexperiencia tras años de sexo sin placer en un mundo que había dejado de pertenecerme; Alberto irrumpiendo en el cuarto de baño, violentando de nuevo mi soledad, arrebatándome la carta de las manos, leyéndola, abofeteándome, insultándome, jurando matar a Paco; Alberto ante mí en el momento de servirle la cena, temerosa de que algún gesto, algún comentario, algún temblor delatara la decisión recién tomada; Alberto al despertarse, alguna señal de cariño, alguna palabra, algún comentario que me hiciera recapacitar, dar marcha atrás; Alberto llegando a casa a la hora del almuerzo, pronunciando mi nombre como cada día, no recibiendo respuesta, preguntado a Amina, Amina diciendo «No sé señor, salió hace una hora pero no me dijo dónde iba, no señor, no le pregunté, yo nunca pregunto a la señora adónde va»; Alberto desesperado, dónde se habrá metido, inquieto, algo ha debido de pasarle, alarmado, voy a llamar a la policía; yo llamando a Alberto desde Madrid, protegida por la distancia y la mentira, te llamo desde Málaga, me he ido de casa y no volveré; el grito de Alberto

parecido al del cuadro de Munch, un sentimiento en que se entremezclan culpa, miedo y felicidad. Y yo, al fin, colgando el auricular del teléfono, punto final al pasado. Bienvenida la nueva vida, la inesperada nueva vida.

Escudriñé cada una de estas visiones, las repasé una y otra vez como el escritor revisa un texto que retoca sin cesar, en busca de un detalle, de una palabra, de una coma que lo enriquezca. Atisbé en mi búsqueda la sombra de un nacimiento, el alumbramiento de una persona nueva que, entre luces y tinieblas, entre miedos y esperanzas, intentaba abrirse camino a una existencia recién estrenada. No me reconocí en ella, no podía ser yo aquella mujer que intentaba deshojar los temores, las prohibiciones, los prejuicios que habían ahogado sus sueños. Y, sin embargo, no podía ser sino la misma que había hecho la maleta para ir al encuentro de Paco. Se me antojó tristísimo que la decisión más valiosa de mi vida me hubiera llevado a las mismas puertas de la muerte, como un castigo divino.

Seguí navegando por entre imposibles, por el tiempo pasado e irrecuperable, e imaginé una vida entera junto a Paco. ¿Habría sido mejor que la que me tocó compartir con Alberto? Los primeros tiempos del amor parecen inquebrantables, pero nada hay más huidizo que esa pasión. Sin duda me habría ahorrado las violencias físicas y psicológicas a que compartir lecho con un desequilibrado obliga; los días, incluso tras la remisión de la pasión, habrían sido más plácidos, y mi alma no habría salido tan arrugada de esa relación. Pero, ¿y mis hijos? Son mi mayor tesoro, la simple idea de renunciar a ellos me produce un hondo sentimiento de culpa y desasosiego. No, de nada sirve enredarme buscando unos tiempos felices que no existieron. Ni pasado ni futuro. Me siento atrapada en una suerte de zulo, en la oscuridad absoluta, en ese corredor de la muerte sobre el que alguna cosa he leído, ese purgatorio que los americanos tomaron prestado a la Iglesia para implantarlo en sus cárceles.

Pensar en mi viaje en taxi me llevó al reencuentro con Jimo. Fue ella quien trajo la maleta. Pudo no hacerlo, o no haber su hijo registrado el maletero. O dejar que se la tragara la máquina que convertiría el coche en un bloque compacto de hierro, en guisa de venganza contra la mujer que sobrevivió mientras el padre moría, la mujer que lo condenó en el momento mismo de subirse al vehículo, de indicarle un destino y hacerle tomar el camino fatídico. Pero no. Sacó la maleta, se la entregó a la madre y ella la trajo hasta aquí. Ese gesto simple y generoso ha bastado para dar

un vuelco mayor a mi vida, para descubrir en mí lo que jamás pude imaginar. Ojalá pudiera dar las gracias a Jimo y a su hijo. Pero ya no tengo voz para hacerlo. Vivimos toda una vida creyendo que nuestro cuerpo nos pertenece, que su supervivencia depende del todo de nosotros. El día menos pensado te descubren una de esas enfermedades que demuestran que tu cuerpo te había sido prestado para transitar por tu existencia, y que es hora de devolverlo. Es lo que llamamos miedo a la muerte, ver que te arrebatan tu cuerpo cuando siempre te has creído inmortal. Saber que ya no podrás disponer de él para ver a los tuyos, besar a tus hijos, abrazar a tus amados, sentir sobre la piel la caricia lene del sol. A mí me ha sido robado antes del adiós definitivo, eso es lo extraordinario. Eso es lo que me impedirá, aun deseándolo fervientemente, darte las gracias, Jimo. En el alumbramiento que ha producido en mí una Isabel nueva, esta noche, en esta habitación de hospital, tú has sido, al traerme la maleta, mi comadrona.

La puerta, al abrirse, me sacó de mis fantasías. Ya están aquí las enfermeras, ha llegado un nuevo día, pensé. Pero no eran ellas, sino la voz de Cristina la que invadió mi silencio, alegre, contundente:

—¡Felicidades, mamá! ¡Le he traído un regalo a la madre más linda del mundo!

Siete de agosto, deduje de inmediato, ¡hoy es mi cumpleaños! Cumplo sesenta y dos, ¿o son sesenta y tres? Por primera vez desde que estoy aquí sé el día exacto en que vivo. Me ha gustado oír a Cristina dirigirse directamente a mí, como lo suele hacer Amina. Anoche agradecí que no se quedara, para poder digerir en soledad todo el asunto de la maleta y de Paco. Probablemente no pasó la noche aquí para no disgustar al padre, después de haberlo dejado almorzar solo. Pero ahora su voz me llena de regocijo, saber que ha vuelto tan temprano, para ser, como siempre le gusta hacerlo, la primera en felicitarme.

No viene sola, otras voces la acompañan, y aunque no me son desconocidas no logro identificarlas. Una de ellas se me ha acercado hasta convertirse en susurro primero, en llanto después; debe de estar abrazada a mí. Me he sobresaltado al oír sus sollozos, ése es pues el regalo que me ha traído Cristina, el regalo más inesperado, el impensable, el maravilloso regalo de mi hija. ¡Gracias, Cristina, por haberme traído a mi hermana!

Marta no está sola, reconocí al fin esa voz de hombre: has venido tú también Manuel, el hermano pequeño, cuánta dicha, me siento emocionada, abrumada por la felicidad y el dolor, el dolor

de no poder llorar, abrazar, besar, hablar.

Tener a mis hermanos cerca me devolvió inevitablemente a tiempos remotos que parecían no pertenecerme ya, como si las imágenes que desfilaban por mi mente fueran las de una película y yo una simple espectadora. Todo había cambiado tanto: la ciudad, claro, pero sobre todo nuestras vidas. Ahí estaban mis padres, y caí en la cuenta de lo poco que me he acordado de ellos al alejarme de la infancia. Los lazos más estrechos se difuminan con el paso del tiempo, pero también la labor concienzuda y eficaz de Alberto de separarme de los míos ha tenido que ver lo suyo. Ellos fueron valientes, cruzaron el charco con la familia a cuestas para librarnos del hambre, creo que no los he admirado lo suficiente por esa decisión audaz y generosa. Cristina sí que había caído en la cuenta antes que yo y me lo recordaba cada vez que yo criticaba a los emigrantes que cruzan en patera el Estrecho para llegar a España, esgrimiendo argumentos como «Es que se nos va a llenar España de africanos», o «Si no son capaces de trabajar en su país, que no vengan a España a quitarnos lo nuestro». Ella se indignaba con mis comentarios; yo no era por entonces capaz de entenderla, y Cristina me ponía como ejemplo a mi familia y tantas otras que huyeron de la miseria de España para salvarse en Marruecos, entre finales del siglo XIX y principios del XX. No es lo mismo, replicaba yo, pero nunca sabía contestar cuando me espetaba: «¿Por qué?».

Ahí estaban también mis hermanos, Marta y Manuel, a quienes no podía ver el rostro ahora, y todos los demás. Éramos pobres y felices, juguetones y soñadores. Nos amparaban el sol de Tánger, el rumor del oleaje, el olor a pan caliente y la esperanza indestructible en un futuro feliz. Éramos pobres, felices e inocentes. Yo era la mayor y desempeñaba mi papel con un sentido del deber que hoy me parece excesivo, pero del que no me arrepiento. Y mi abuela, que cargó al morir mi madre con la responsabilidad de toda la camada, con mi concurso y el sacrificio de mis años escolares; y claro, los tíos, los queridos tíos rojos y entrañables que Alberto tanto odiaba, tanto despreciaba. Ya todos se fueron, algunos porque murieron, otros porque la vida los separó de mí. Pero aquí estaban Marta y Manuel, y no me perdí detalle de la conversación con Cristina:

—Pobre Isabel, gracias por habernos avisado, Cristina —era Marta quien hablaba—. Llevábamos tanto tiempo sin vernos…

—¿No os escribíais?

—Al principio, cuando nos fuimos a Málaga, sí. Pero fue pasando el tiempo, y poco a poco dejamos de hacerlo, ya sabes

cómo son las cosas en la vida, si no hay roce… Una felicitación por Navidad y pare usted de contar.

—Pero ella iba a veros de vez en cuando…

—Sí, es cierto, pero cada vez menos. Hacía tres años que no la veíamos.

—Vosotros no veníais a verla —percibí en el comentario de Cristina la sombra de un reproche, una lanza rota a mi favor. Manuel también lo notó:

—Es cierto, Cristina, pero tienes que tener en cuenta que aquí nunca nos hemos sentido bienvenidos. No por ella, que conste. Siempre ha sido con todos nosotros cariñosa y nos ha echado una mano cuando lo hemos necesitado. Te habrá contado tu madre lo mal que lo pasamos al volver a España, pensábamos que todo iba a ser tan fácil… Pero ya sabes qué clase de persona es tu padre. Constantemente nos está recordando, sin necesidad de decírnoslo directamente, que él pertenece a un mundo y nosotros a otro. En eso no ha cambiado. ¿Viste en la cena anoche lo que hizo a la hora de pagar, cuando propuse compartir la cuenta entre todos? Recogió el dinero que yo había puesto sobre la mesa y lo lanzó hacia mí con desprecio, «Quita eso de ahí, hombre», dijo, «esto es asunto mío». Nunca una invitación me había sentado tan mal.

—Lo sé, tío, y lo siento. Sentí vergüenza ajena. Y os entiendo: yo misma, que soy su hija, no vengo a verla con tal de no tener que aguantarlo — Cristina me confirmó lo que yo sabía desde siempre pero nunca quería confesarme para no ahondar en la herida.

—Así nos hemos ido separando —habló de nuevo Marta—; nos seguimos queriendo, pero ya solo en el recuerdo.

—Os agradezco que hayáis venido a verla. La pena es que ella no os pueda ver, estoy seguro de que la haría feliz. De todo lo que siente haber perdido en su vida al casarse con mi padre, creo que lo más doloroso ha sido para ella alejarse de su familia. Por lo que siempre ha contado, estabais muy unidos hasta que apareció mi padre.

—Sí, Alberto nos lo dejó claro desde el mismo día de su boda. Sabíamos que no le gustábamos, sobre todo nuestro tíos, por el asunto de la política, pero nunca imaginé que llegaría tan lejos. Lo hablamos mucho entre nosotros, pero jamás le dijimos nada a Isabel, no queríamos hacerle daño.

—Era nuestra hermana mayor, la que cuidó de nosotros cuando mi madre murió —era la voz de mi querido Manuel, mi hermanito del alma—. Yo casi no conocí a Alberto, era un niño entonces, y después apenas lo vi dos o tres veces; nunca me gustó. Pero bueno,

es tu padre, sobrina, tampoco vamos a machacarte con eso.

—No te preocupes, tío, ya poco me une a él. Mi madre nos dejará pronto y él significará aún menos para mí. Su futuro es la soledad, una soledad que se ha ganado a pulso.

Cristina también me da por muerta. Su comentario me conmovió. Por muy cerca que esté de la muerte y sienta el roce de su guadaña, una se aferra al hilo que aún la une a la vida, por frágil que sea. Me conmovió por mí, pero también por ella. Yo sé lo que es perder a una madre. No nos damos cuenta de lo que significa hasta que ocurre, al menos nosotras. Los hombres son más desapegados, eso me ha parecido siempre. Los lazos que unen a las mujeres están hechos de un material distinto al de ellos, he pensado a veces que tiene que ver con la culpa con que cargamos desde que Eva mordió la dichosa manzana.

—¿Cómo fue el regreso a España, tía Marta? Hace mucho tiempo ya que os fuisteis.

—No te puedes imaginar lo que fue volver, con lo bien que vivíamos aquí.

—¿Y por qué os fuisteis entonces?

—Bueno, no hubo una única razón. Por un lado estaban los tíos, empeñados en volver a España después de muerto Franco. Ya sabes cómo eran, brindaron con champán aquella noche. Ellos habían luchado por la democracia, y después de cuarenta años de exilio no se la pensaban perder. No estaban dispuestos a ser testigos mudos de lo que estaba ocurriendo. El tío Juan era socialista, y el tío Miguel comunista. Llevábamos todos esos años aguantando sus trifulcas sobre quién era mejor que el otro, pero la cosa nunca llegaba a mayores, se querían como buenos hermanos que eran. Cuando murió Franco se abrazaron y dejaron definitivamente atrás sus diferencias. Es más, al cabo de unos años Miguel se pasó al PSOE. Los dos empezaron a vivir la época más feliz de sus vidas. Decía Juan: «No era necesario hacernos sufrir estos cuarenta años de dictadura para volver al mismo punto en que nos encontrábamos». No les podíamos negar volver a España, ni dejarlos solos. Habían dedicado su vida a apoyarnos, habían trabajado para que fuéramos a la escuela, para vestirnos, para que no nos faltara de nada. Nos tocaba devolvérselo.

Las palabras de Marta me llenaron de tristeza. Más que nunca, me sentí fuera de la familia. Más que nunca, comprobé que había perdido algo muy importante en mi vida al alejarme de los míos, que no había compartido sus alegrías y sus penas. Pero decidí no perderme la conversación, guardarme la tristeza para la hora de la

marcha de la visita, el momento de mi destierro cotidiano.

—Así que nos fuimos todos con ellos —siguió Manuel—. Nos reunimos, analizamos la situación y tomamos la gran decisión. Además estaba la cuestión del trabajo. En Tánger los españoles podíamos trabajar de cualquier cosa, de albañil, de fontanero, de carnicero, de portero, o teníamos nuestros pequeños negocios, nuestras tienditas de lo que fuera. Pero eso se iba a acabar pronto, la nacionalización de todas las empresas estaba provocando una desbandada de europeos. Y la marcha verde puso la guinda al pastel.

—¿Os costó mucho adaptaros a España, tita?

—Yo todavía no me hago a la idea. Aquello es otra cosa. Éramos tan felices aquí. La vida era mucho más fácil, teníamos una sirvienta en casa para ayudarnos, todo era más barato, y tan bueno. Todavía sigo buscando allí el sabor del melón o del melocotón que comíamos aquí. No lo he vuelto a encontrar. Yo sí, Cristina, yo lo añoro mucho. Ten en cuenta que nacimos aquí, que pasamos aquí la parte más importante de nuestras vidas.

—¿Y volverías?

—¿Ahora? Ni loca, esto está lleno de moros.

—Qué feo te ha quedado eso, tía —ya sabía yo que mi hija no se iba a estar callada.

—Desde luego, Marta —mi hermano tampoco estaba conforme —. Si vas a empezar con esas idioteces, estás más guapa callada.

—Pero vamos a ver, Manuel, ¿no me vas a decir que este Tánger es el mismo que el nuestro? Antes, si querías comprar carne, ibas adonde Gabriel; las fotos te las sacaba Miki; ibas a merendar a *La española*; si te querías comprar una camisa ibas a la tienda de Sarito, y si necesitabas un fontanero llamabas a Pulido. Ahora todo es que si Mohamed por aquí, que si Mohamed por allá…

—¿Y? —Cristina la va a liar, pensé.

—¡Que no es lo mismo, mujer, que no es lo mismo!

—Ni tiene por qué serlo, hermana, es que no se le mete eso en la cabeza —la voz de Manuel empezaba a alterarse—. Siempre están con la misma historia —supuse que se dirigía a Cristina, en busca de complicidad—. Basta con que se reúnan cuatro tangerinos nostálgicos para que se pasen la tarde hablando de lo mismo, que si Tánger ya no es la que era, que si me ha dicho fulanito que fue por ahí un par de días y se le cayó el alma al suelo, que si hay basura por todas partes, que si las aceras están hechas un asco, que si no hay quien se bañe en la playa porque está abarrotada. ¿Tú te crees

que es normal? Estaban aquí de prestado y se creyeron que era para toda la vida. Todavía no se les mete en la cabeza que este país alcanzó la independencia en 1956. ¿Cómo que Tánger está llena de moros? Se os debería caer la cara de vergüenza al decir eso. ¿De qué quieres que esté llena, de chinos? ¿Es que cuando vivíamos aquí no veías a los marroquíes o qué?

—Sí, pero no tanto, Manuel, no tanto…

—Desde luego, tía, qué nivel… Lo que pasa es que cuando vivías aquí, a los marroquíes no los veíais más que como a gente que os facilitaba la vida, que os limpiaba la casa, os hacía de comer. Os creíais que ésta era vuestra casa, que ellos estaban aquí para serviros y que eso iba a durar siempre. Los mejores negocios, para vosotros; la mejor parte de la playa, para vosotros; el mejor pedazo del pastel, para vosotros. Y ellos, a serviros. ¿Acaso no os habéis enterado de que el tiempo de la colonia ya pasó, que ahora estamos en otro mundo? ¿Tanto os cuesta entender algo tan sencillo? Os habéis anclado en el pasado y no hay quien os saque de ahí; de verdad, me deprime escuchar a los antiguos tangerinos españoles, siempre con la misma nostalgia barata, a ver si os recicláis un poco, que ese discursito está ya muy rancio. ¡Lleno de moros! Cada vez que os oigo decir eso me hierve la sangre, debieron haberos echado a patadas de aquí.

—¡Pero mira la niñata ésta! Cómo se nota que no has conocido el verdadero Tánger… —haya paz, me hubiera gustado decir, ¿para eso habéis venido a verme, para pelearos?

—¿Cómo que el verdadero Tánger? —Manuel volvió a la carga —. ¿Y este de qué es, de cartón piedra? Los que no habéis conocido nunca el verdadero Tánger sois vosotros, que no salíais del bulevar Pasteur. Eso era Tánger para vosotros, el bulevar, la calle Fez, el Café de París, Madame Porte, los helados de la Nueva Ibense, el Yachting, la avenida de España, la fruta buena y barata, una Fátima que os tuviera la casa limpia, un Mohamed que os limpiara los zapatos, el recadero del bakalito que os llevara la compra a casa, pescado fresco, cuscús, té con hierbabuena, la harira en ramadán, el mechuí los días festivos… Pues no, Marta, lo siento, Tánger es mucho más que eso y vosotros no veíais más que lo que os interesaba, por eso ahora no lo reconocéis, porque ya no está todo el mundo a vuestros pies para serviros.

—Por Dios, Manolito, ¡menuda parrafada!, ya estás como tus tíos. ¿Pues sabéis lo que os digo? Que os den por donde amargan los pepinos. A mí no me va a quitar nadie de la cabeza que Tánger ya no es lo que era. La pena es que Isabel no me pueda escuchar,

porque seguro que estaría de acuerdo conmigo.

—Pues sí, vamos a dejarlo ya, tita, que no estamos aquí para pelearnos después de tantos años sin vernos. Venga, dame un beso, anda, vamos a hacer las paces.

—Sí, tú primero metes fueguito, y después lo quieres apagar con una carantoña. Anda, ven aquí, zalamera —resonaron los besos y de nuevo tuve que conformarme con el ruido. Mis oídos son mis ojos, le escuché a alguien una vez, y ahora entiendo lo que quería decir. La conversación tomó otro rumbo y no pude seguirla. Me quedé varada en lo que acababa de escuchar, y en las últimas palabras de mi hermana: «La pena es que Isabel no me pueda escuchar, porque seguro que estaría de acuerdo conmigo.»

Sí, antes del accidente habría estado de acuerdo contigo, Marta querida. Te habría defendido, habría hecho mías tus palabras. Pero ahora no estoy tan segura. Ahora creo que en algo nos equivocamos.

Qué cansada estoy de todo esto. Qué cansada de la oscuridad, de la soledad. Qué abandonada me siento, hasta mis convicciones más sólidas están abandonando este derrelicto en que me he convertido. Quisiera que el mar se lo tragara de una vez para siempre.

19

Cristina se ha quedado esta noche conmigo. Como suele hacer, nada más cerrarse la puerta, me susurró palabras cariñosas al oído, dándome unos ánimos que seguramente iban dirigidos sobre todo a sí misma. Alguna vez me había dicho: «Todos nos tenemos que ir de este mundo, así que preferiría que papá se fuera antes que tú. Seré huérfana cuando tú te vayas, siga él aquí o no». Creo que le aterraba la idea de tener que relacionarse a solas con el padre. Su bondad, estoy segura, le impediría abandonarlo del todo, pero seguir desempeñando el papel de hija faltando su madre le iba a resultar muy difícil: el drama de mis hijos, al menos de Cristina y Albertito, era que su relación con el padre había perdido el hálito familiar, ese sentimiento que te permite mantener vivos los lazos con alguien que, de no compartir el mismo hogar, jamás te habría llamado la atención. Me imagino cómo será la cosa: hablará con él por teléfono una vez a la semana, se sentirá mal por verse obligada a expresarse como hija con quien se ha convertido en un extraño, y se acercará a Tánger un par de días al año. Intentará convencer a Javier de que la acompañe porque Albertito habrá roto todo vínculo, si no lo ha hecho ya.

Javier lo llevará mejor. No es que el padre sea santo de su devoción, pero aprendió desde pequeño a no enfrentarse a él, y eso preservó la relación de males mayores. Se acorazó ante los embates de Alberto, su empeño en que estudiara una carrera, su disgusto porque se dedicara a la restauración en vez de a la abogacía, y hasta su xenofobia innata que le hacía mirar a Jane con desconfianza. Nunca le gustaron a Alberto los niños, y cuando pasaban mis nietos unos días con nosotros debía yo andar todo el tiempo retirándolos de su paso para que no se enervara con ellos. Les servía desayuno, almuerzo y cena aparte cuando los padres emprendían una de sus escapadas y se quedaban solos con nosotros. Pero porque además eran rubios de ojos claros y hablaban inglés entre ellos —en esta casa se habla español, solía reprenderlos el abuelo— el extrañamiento se ensanchaba. Cuando regresaban a Inglaterra, invariablemente me decía: «Al fin se fueron esos vikingos.»

Javier era el único que, en alguna ocasión, defendía al padre,

cuando entre los hermanos nacía alguna conversación en torno a él. En una ocasión les escuché a Albertito y a él esta discusión:

—Es cierto que tiene sus defectos, ya lo sabemos, ¿pero quién no los tiene? Vosotros lo veis todo negativo en él, como si fuera un monstruo, pero también tiene sus virtudes.

—¿No me digas? ¿Como cuál?

—No siempre fue un ogro, también ha sido muy cariñoso en ocasiones.

—Sí, hoy soy cariñoso contigo y mañana te suelto un bofetón a la primera de cambio. Yo a eso no lo llamo cariño, sino desequilibrio. Así hemos salido todos, medio tarados.

—Habla por ti. Yo me quedo con lo bueno. ¿Por qué tirar por la borda los mejores recuerdos? También ha sido generoso, eso no lo negarás. Y nos ha dado una carrera a todos.

—Como les darás tú a tus hijos y yo a los míos, si los tengo, porque es nuestra obligación. Hasta ahí podíamos llegar. Además, se la daremos si ellos lo desean, no a la fuerza. Y lo de la generosidad, vamos a ponerlo en cuarentena, que más de una vez nos ha dado dinero sin venir a cuento, pero siempre después de haberse pasado con nosotros. Era su manera de compensar sus errores, de comprar nuestra adhesión.

Recuerdo que en ese momento interrumpí la conversación, les dije que ya estaba bien y que no quería volver a oírlos habar de su padre de esa manera. Algo se revolvía dentro de mí cuando eso ocurría, no sé bien si por un residuo de fidelidad hacia Alberto o porque esas palabras evidenciaban mi propio fracaso.

El caso es que Javier y Albertito habían vivido la paternidad de modo distinto, y no era de extrañar, porque cuando hay palos en una familia, el mayor siempre es el que más se lleva. Su afeminamiento no lo ayudó en absoluto; pobre mío, cuánto tuvo que sufrir por ello.

Imaginé a Cristina tumbada a mi lado mientras me acariciaban sus murmullos. Estos, finalmente, se convirtieron en sollozos, que de mil amores, de no estar seca, habría compartido con ella. Pobre Cristina. Mi silencio se le está haciendo un mundo. Mi partida inminente la conduce a una nueva etapa en su vida, y quizá no se sienta del todo preparada; quizá la siga rondando el miedo. Qué poco sabemos una de la otra, pensé, cuántas oportunidades perdidas de conocernos mejor, de abrir nuestros corazones. Sentí que habíamos levantado un muro entre nosotras, aunque quizá eso sea inevitable entre madre e hija de generaciones tan distintas.

Sus sollozos se fueron apagando, dejando en mí una honda

tristeza. Supe que se durmió al hacerse audible su respiración, el leve ronquido que a menudo, desde niña, acompañaba sus sueños. Dejé entonces vagar mi mente por donde decidiera, y mis recuerdos remaron rumbo a mis hermanos, navegando en el tiempo, desde la infancia hasta los años mozos. Se anclaron en los tiempos de su partida, cuando mi familia abandonó Tánger, tiempos que padecí como un abandono, segura de que los perdía para siempre. Me era del todo imposible sumarme a la caravana andariega que es la vida de todo emigrante. Mi vida estaba aquí, en un Tánger desertado por los europeos, junto a mis hijos, que no tardarían en volar por su cuenta, y mi marido.

Si tras la Guerra de los Seis Días fueron los judíos quienes abandonaron el país, en los setenta les tocó el turno a los europeos. Hassan II decretó la marroquinización en 1973. Muchos españoles tenían su propio negocio, una carnicería, un bar, una tienda de ropa. Muchos otros eran empleados de europeos desde hacía años. Aquella ley obligaba a todos los extranjeros a incorporar a un socio marroquí a su negocio con una participación mínima de un 51%. Nadie que no fuera marroquí podía ser dueño mayoritario de ninguna empresa en Marruecos. La desconfianza cundió entre los foráneos: la mayoría no quería a un marroquí por socio y vendió su negocio a precio de saldo. El resultado fue una formidable evasión de capital, una operación gigantesca de fraude fiscal. Cada día llegaban a nuestras casas noticias de un nuevo europeo que se largaba del país con las maletas llenas y sin pasar por Hacienda. Otros aceptaron asociarse para no dejar su negocio, compartiéndolo con algún trabajador, con algún listillo convertido en empresario al calor del nuevo dahír. Las clases de nuestros hijos se fueron vaciando de amigos españoles, franceses o italianos, porque los empleados de las empresas tomadas por sus nuevos dueños fueron sustituidos por trabajadores marroquíes. El objetivo era hacer llegar las riquezas del país a manos nacionales, pero el efecto no fue el deseado y el decreto fue revocado pocos lustros después. Pero ya el país había sido abandonado por miles de europeos que supieron que la verdadera independencia, tan temida en 1956, acababa de llegar.

Tres años antes, los españoles habíamos vivido un espejismo patriótico que nos devolvió a los viejos tiempos: la plaza de toros de Tánger reabrió sus puertas y por la arena pasaron El Cordobés, Palomo Linares, Jaime Ostos, los ídolos del momento. Recuerdo a Alberto llenando la bota de vino tinto, pertrechándose de puros y otros símbolos nacionales. Eran tardes de folklore, de entradas de

sol y sombra y abanicos. Ingleses, franceses y americanos acudían a nuestra fiesta, y escuchábamos henchidos de orgullo los pasodobles que amenizaban las corridas, los cambios de tercio, los olés jaleados por una plaza abarrotada. No entendíamos de toros, pero eso no importaba, agitábamos el pañuelo blanco a las primeras de cambio y, al regresar a casa, sintonizábamos Radio Nacional de España para escuchar en Clarín la crónica taurina que destacaba las soberbias tardes de la plaza de toros de Tánger, donde se concedían orejas y rabos a troche y moche. Nuestra ciudad nos volvía a brindar la oportunidad de sentirnos españoles sin tener que cruzar el Estrecho, nos devolvía a los tiempos en que vimos torear a Luis Miguel Dominguín, a Carlos Arruza, a Ángel Peralta, y hasta a Conchita Cintrón, cuando las mujeres tenían prohibido torear en España, antes de que la llegada de la independencia finiquitara la fiesta. Mas no tardó mucho en esfumarse la ilusión de ese renacimiento porque los carteles que se presentaron en la plaza remozada no fueron más de cuatro o cinco: fue el canto del cisne del sueño tangerino para los españoles, devueltos a la realidad por la marroquinización. La plaza, finalmente, afrontó un nuevo y triste destino: con el paso de los años fue convertida en centro de retención de inmigrantes ilegales venidos del otro lado del desierto.

El dahír del rey Hassan no solo se ensañó con nuestros negocios, también lo hizo con las calles. Los nombres del callejero fueron cambiando. Adiós calle Quevedo, adiós Goya y Velázquez. Tampoco se salvaron Rembrandt, ni Foucault. Calles, plazas y avenidas adoptaron nuevos nombres, árabes todos ellos. Entre los españoles, solo fue amnistiado el granadino León el Africano. Pero si los nombres desaparecieron de las placas, permanecen vivos en nuestra memoria, y aún hoy paseamos nuestra tozudez por la Avenida de España y el bulevar Pasteur.

Volví a recordar lo que un día me dijo mi hijo mayor: la independencia de las mentes tarda infinitamente más en llegar que la de los países. Sí, reconozco que no había marroquinización capaz de transformar nuestra visión del marroquí. Seguíamos, y seguimos, mirándolo de arriba abajo. Siguen estando aquí para servirnos, y no hemos olvidado uno solo de nuestros despectivos calificativos. Siguen siendo los moros y las moras, los mismos moros y moras que en un tiempo nos pertenecieron, ellos y la tierra que los vio nacer, los que sobran en esta ciudad que es suya. Tánger está lleno de moros, dijo mi hermana, lo he dicho yo tantas veces, lo he escuchado tantas más. Si en algo me consuela este letargo es no llevarme a la tumba esa mirada siniestra y mediocre.

Varias voces surgidas en mi silencio me han alumbrado. Y entre ellas, la que más lo ha hecho ha sido la de Amina. Quién me lo iba a decir.

La marroquinización solo era la primera sorpresa que iban a depararnos los años setenta. Algunos, como mis tíos y mis hermanos, aguantaron el chaparrón, reacios a dejar la ciudad de sus amores. Pero la muerte de Franco animó a regresar a muchos de los que aún se resistían. Eran los que soñaban con una España sin dictadura, que habían recalado en la ciudad huyendo del franquismo. Uno de ellos fue el médico que ahora me cuida. En una ocasión me contó su historia, que fue también la de otros condenados al exilio, aunque el doctor Molina permaneció aquí tras la muerte de Franco.

Salvador Molina es valenciano y había sido, en su juventud, miembro del partido comunista. El 18 de julio lo sorprendió veraneando con su madre en un pueblecito de Castellón, Montanejos. Era aún joven para incorporarse a filas: le tocó hacerlo en el 38, con 18 años. La muerte lo rondó en un par de ocasiones y vio estallar obuses a escasos metros de él. Conoció de cerca el hambre en el campo de concentración del pueblo cordobés de Valsequillo: ratones, hierbas y las mondas de las patatas que comían sus guardianes fueron su única dieta. Tras un mes y medio de padecimientos, sus padres consiguieron un aval para sacarlo de aquel infierno, y regresó a Valencia. Su padre lo inscribió, contra su voluntad, como *perseguido*, una figura con la que el nuevo régimen buscaba adeptos, permitiéndoles el acceso a la universidad. Durante la carrera tuvo que hacer el servicio militar: los años servidos en el ejército republicano no le fueron reconocidos, como era de esperar. Fue enviado a los Pirineos en una operación que intentaba evitar la llegada desde Francia de grupos antifranquistas que cruzaban la frontera para incorporarse al maquis. Triste misión para alguien que, como él, pertenecía a una célula del Partido Comunista en su facultad de Medicina. Una célula integrada por cuatro miembros permanentemente expuestos a que los detuvieran, torturaran y fusilaran, como les había ocurrido a otros compañeros de partido. Uno de esos compañeros convirtió su célula en un campo minado al enamorarse perdidamente de una compañera de estudios que resultó ser hija de un teniente coronel de aviación. Al verse rechazado por la chica, enloqueció y se obsesionó con la idea de que sus camaradas habían impedido su romance. Los denunció, acusándolos de comunistas y conspiradores contra el régimen. Todos cayeron pero la versión que creyó la policía fue la de

Salvador y sus compañeros: había sido un invento del despechado, furioso por su fracaso amoroso. El delator siguió en sus trece y acabó en un manicomio. Salvador Molina siguió con su actividad clandestina, y al terminar la carrera fue destinado a un par de pueblos de la provincia de Alicante. Cada vez que veía pasar a un guardia civil echaba a temblar, convencido de que venía a arrestarlo. Pasaba las noches en blanco esperando a que vinieran a detenerlo, hasta que se casó y optó por la vía del exilio como única escapatoria a la locura que lo rondaba. Mientras barajaba opciones como Argentina o Francia, se topó un día con un anuncio en el tangerino diario España, en el que médicos españoles anunciaban sus servicios. Se informó y supo que podía ejercer en esa ciudad a pesar de no pertenecer al protectorado. Llegó a Tánger en 1952, y aunque se topó allá con algún colega republicano, como el doctor Dencas, comprendió enseguida que la gran mayoría de ellos eran afectos al régimen destinados por el gobierno en el hospital español. Se volvió a encontrar pues en un medio hostil pero algo más a salvo, aunque no del todo: en aquellos años, más de un republicano había sido secuestrado por falangistas en la ciudad internacional y trasladado a Tetuán. Esa práctica terminó con la independencia, al no quedar en Marruecos una ciudad donde llevar con rapidez a los secuestrados. Sin embargo, un funcionario del consulado español en Tánger sí logró enviar mediante engaños a algunos españoles a Ceuta, de donde ya no regresaban. Así llegó a Tánger el doctor Molina, en la misma marea de hombres y mujeres huidos de fantasmas propios, como Alberto, o ajenos, como él. La ciudad los aglutinó a todos ellos, ciudadanos de un mismo país dividido que compartieron entre luces y sombras sus calles a la espera de tiempos mejores.

Esos tiempos mejores llegaron con el final de la dictadura. Hassan II aprovechó la agonía de Franco para cumplir su sueño de quedarse con el Sáhara. Sabía que los militares españoles tenían otros calderos en el fuego, porque la amenaza de un enemigo mucho más peligroso se cernía sobre el país: la democracia llamaba a sus puertas y a nuestros generales no les hacía ninguna gracia. Mandaron al príncipe Juan Carlos a dar un puñetazo sobre el tablero de ajedrez en que se jugaba la partida con Marruecos, pero Hassan sabía qué fichas tenía que mover y movilizó su marcha verde hasta las puertas de la colonia española. La televisión marroquí no hablaba de otra cosa y mostraba continuamente las hileras interminables de camiones en que miles de marroquíes viajaban hacinados enarbolando banderas. Muchos de ellos se

enrolaron con la promesa de un puesto de trabajo en la futura provincia marroquí. Los periódicos llenaron sus páginas de proclamas patrióticas que contagiaron a una población enfervorizada por la buena nueva. La presión sobre el régimen que se desmoronaba en Madrid se palpaba en las calles de Tánger y, según supimos, del resto del país. Una de las manifestaciones que a diario recorrían las calles de la ciudad se detuvo frente al instituto español y algunos lanzaron piedras contra su fachada. La inquietud se apoderó de la colonia española y rebautizamos la procesión hacia el desierto con el nombre de marcha marrón, porque muchos salimos del país cagados de miedo. Yo fui una de ellas. Alberto me mandó a España y pasé un par de semanas en casa de mi hermana Marta. Cuando se firmaron los acuerdos de Madrid, una explosión de júbilo recorrió Marruecos de norte a sur, y fuimos regresando a casa. Todo volvió a la normalidad, y los marroquíes nos estrechaban las manos por la calle llamándonos hermanos. Pero para muchos españoles, ese regreso fue para hacer definitivamente las maletas. Una vez más, la realidad nos recordaba lo que nos negábamos tozudamente a aceptar: Marruecos ya no nos pertenecía. Si queríamos seguir viviendo aquí, teníamos que hacerlo en calidad de extranjeros y aceptar las reglas del juego. Entre la marroquinización de 1973, la muerte de Franco y la marcha verde, la década de los setenta fue testigo de la partida de miles de españoles.

De esa colonia española que se asentó en Tánger durante décadas, quedamos hoy cuatro gatos. Somos muy pocos los tangerinos de toda la vida —así nos llamamos a nosotros mismos— en haber elegido Bubana como última morada. Ahí está enterrada la abuela, y mi madre; ahí me esperan, pronto me reuniré con ellos, si esto que estoy viviendo no es en realidad la muerte, si no el castigo divino al que llaman infierno.

20

Alberto ha venido a verme hoy. Ya lo había hecho hace poco, al día siguiente de la bronca con Paco, pero solo un momento, el tiempo necesario para congraciarse con quienes habían sido testigos de aquel incidente bochornoso. Lo conozco bien: sabe cuándo ha mancillado su imagen, y mejor aún cómo rehabilitarla. Llegó al hospital antes de que lo hiciera el doctor Molina, para asegurarse el encuentro con él. Había repasado, estoy segura de ello, su discurso hasta en la más mínima flexión de la voz para imprimirle sinceridad y espontaneidad. Ensayó su perorata con las enfermeras que también habían presenciado el escándalo y que se encontraban en la habitación a su llegada:

—Buenos días, hijas, ¿qué tal va todo?

—Buenos días, señor. Muy bien gracias, ¿y usted?

—Regular, hijas. Todo esto está siendo muy duro para mí, y apenas puedo conciliar el sueño por las noches. Por eso me veis tan poco por aquí, ando todo el día agotado; ya no soy ningún jovencito. Es como si me hubiera caído medio siglo encima.

—No diga eso, señor, está usted hecho un chaval, todo el mundo lo dice.

—Gracias, hijas, sois muy amables. Es que ando desquiciado, no sé vivir sin mi mujer, y solo pensar en lo peor me enloquece. Mirad ayer qué reacción tuve, fue vergonzoso por mi parte. Y la culpa de todo la tiene este dolor que me tiene atormentado.

—No se preocupe, señor. Lo que ocurrió ayer le puede suceder a cualquiera, y más en su situación. Sentimos mucho lo que está pasando, señor.

—Gracias, gracias, sois muy comprensivas. Por supuesto, nada más llegar a casa, llamé a mi amigo Paco y le pedí mil disculpas, nobleza obliga.

—Es usted un caballero, señor.

Mi marido quedó como un rey, como no podía ser menos. Logró el perdón sin necesidad de implorarlo. Pero, ¿sería verdad que llamó a Paco? Lo dudo, y si lo hizo no sería desde luego para disculparse. Es astuto, el muy puñetero. Antes de que llegara, había sonado el teléfono y había contestado Amina. Después de una breve conversación, ella colgó y se despidió de mí: «El señor quiere

que vaya a casa, dice que hay cosas que hacer allí. Hasta mañana, señora». O sea, que se la quitó de encima para que no presenciara sus disculpas. Rebajarse a pedir perdón delante de una criada era más de lo que podía soportar.

Desde el exterior llegó el aullido del levante. La ventana empezó a chasquear y tuve la sensación de que el viento, al penetrar en la habitación, traía algo de fresco. Desde los primeros días de mi reclusión, cuando junto a las voces aún percibía levísimas sensaciones físicas, un cosquilleo, un roce casi imperceptible en la mejilla junto al ruido de un beso, no había vuelto a tener la más mínima percepción física. Alguien cerró la ventana, y me quedé con las ganas de saber si mi cuerpo había sentido de verdad la caricia del viento o si mi imaginación la había recreado al oír la persiana sacudida por el vendaval.

Alberto cambió de tercio hábilmente. Pasó de las excusas a la lisonja y las risitas de las enfermeras confirmaron que habían caído en su trampa. «Estáis guapísimas hoy; desde luego sois unas profesionales como la copa de un pino; os tenéis ganado el cielo, hijas mías». Y, para rematar la faena, una propina, por lo bien que os estáis ocupando de mi mujer, muchas gracias señor, es usted muy generoso, señor, qué asco sentí, por Dios, de él por manipulador, por perverso, y de ellas por estúpidas. No le falta razón a Albertito cuando dice que su padre piensa que el dinero todo lo compra, desde la fruta y la verdura hasta los afectos.

Al rato llegó el doctor, y con él el segundo acto de la tragicomedia:

—Buenos días, Salvador.

—Buenos días —la voz del doctor Molina sonó seca, voz de enojo, de pocos amigos.

Alberto tenía claro que no se las estaba viendo con las dos enfermeras, que el médico era un enemigo de envergadura y que tenía que afinar en el complicado ejercicio de aparentar arrepentimiento y humildad sin comprometer su dignidad.

—¿Cómo está Isabel hoy?

—Pues supongo que contenta de que su estado la librara del espectáculo que montaste ayer —mi rostro ya no es reflejo de mi alma. De haberlo sido lo habría iluminado una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes razón. Fue lamentable por mi parte y he venido a pedirte disculpas. Estoy muy nervioso estos días, Salvador. Hay momentos en los que siento que soy incapaz de seguir aguantando todo esto. Llevo noches sin pegar ojo.

—¿Has hablado con Paco?

—Sí, ese mismo día lo llamé para pedirle disculpas, me dijo que no tenía por qué preocuparme, que me comprendía perfectamente. Es un gran amigo —mentía, estaba segura de que no había hablado con Paco—. También me he disculpado con las enfermeras. Siento mucho lo ocurrido.

Aunque poco convencido, el doctor Molina dio por buenas las disculpas. Alberto tuvo que tragarse, y sé que le costaría lo suyo, la frase con que puso fin a la conversación.

—De acuerdo, Alberto, pero que no vuelva a ocurrir. No olvides que esto es un hospital y que tu mujer está muy enferma.

Después desapareció su voz. En esta ocasión, el comunista había tenido la última palabra, y el falangista se la había tenido que envainar.

Eso fue hace unos días. El Alberto que ha venido a verme hoy parecía otro. Ha estado cariñoso conmigo, afable con las visitas, cordial en todo momento. La tarde ha sido especialmente concurrida, y él, que es de poco aguante, se ha portado en todo momento como un excelente anfitrión. Quizá esa actitud tenga que ver con el temor de que el rumor de su desencuentro con Paco se haya extendido, en esta ciudad en que las voces corren al ritmo del levante, y se haya propuesto lavar su imagen. O quizá no. Quizá simplemente sea una manifestación más de esa doble personalidad que me ha mantenido en vilo toda una vida. Alberto es un hombre desgarrado por una existencia que no ha sabido asumir, superado por los embates a que todos nos exponemos por el simple hecho de estar vivos, sencillamente porque una mente atormentada y un código de valores mezquino y anticuado lo han tiranizado, enjaulado, despojado de su condición humana. Es un tigre malherido encerrado entre los barrotes de su propia existencia, un tigre que contra todo se revuelve enseñando las garras porque en cualquier movimiento extraño percibe una amenaza a su pobre condición. Nunca había visto tan claro quién es mi marido, tantos años después, hasta estos días en que he podido observarlo desde mi reclusión.

Sí, hoy ha tenido su día bueno. Y es curioso, porque un sueño me lo anunció, un sueño que me dejó perpleja, inquieta. Solo fue una conversación, mantenida en escenarios diversos que se sucedían como planos cinematográficos. Ora hablábamos paseando por la orilla de la playa, ora seguía la misma conversación en las calles de la medina de nuestros primeros años, en el salón de nuestra casa, en el café Hafa —que él nunca ha pisado—, frente a

las costas españolas. Nuestros rostros también iban cambiando, según la época en que nos encontráramos. Me volví a ver joven, todavía soltera, pasé a los años en que los sueños se habían roto pero no esfumado y luego a aquellos en que ya no había nada que soñar.

Solo fue una conversación, una misma conversación que atravesó nuestras vidas y los lugares por los que transitaron. Más o menos nos decíamos esto:

—¿Cuánto tiempo llevamos así? —me preguntó.

—Desde que nací, amor, nací para ti.

—Yo también, desde que nací. Nací para hacerte feliz, solo para eso. ¿Lo eres, verdad?

—Claro, lo soy, nunca habría soñado con ser más feliz.

—¿No te importa que te haya pegado alguna vez?

—No tanto. Me ha importado, pero no tanto, ¿no ves que he seguido contigo?

—Sí, lo has hecho. ¿Estamos tan enamorados como al principio?

—Bueno, como al principio quizá no.

—Estamos tan enamorados como al principio.

—Sí, amor, lo estamos.

—Ya sabes lo difícil que me ha sido vivir, que nada me ha sido regalado, que he tenido que sufrir para salir adelante.

—Sí, lo sé.

—Lo he hecho por ti.

—Gracias, amor, gracias.

—No siempre has sido todo lo cariñosa que yo hubiera querido, que yo hubiera necesitado.

—Yo también necesito cariño.

—Tú me tienes a mí. Soy tu sueño. Yo necesito colmar un abismo de confusión, de dolor, de preguntas que solo tienen el amor como respuesta.

—Lo siento, amor, siento haberte fallado.

—He dado tanto y he recibido tan poco a cambio…

—Lo siento, amor. Siento haberte fallado.

—Solo te he pedido que me obedezcas, que me hagas sentir que soy tu único horizonte, tu último horizonte.

—Lo eres, amor, siento haberte fallado.

—Te he regalado Tánger.

—No, Alberto. Yo te he regalado Tánger. Tú eres un intruso que me robó mi ciudad.

—Te he enseñado a comportarte en esta ciudad, te he engalanado, pulido, perfumado, exhibido…

—Alarido.

—Engullido, acicalado, acorralado, sacudido…

—Mordido.

—Maniatado, adorado, aplastado, endiosado…

—Matado.

—Enseñado, adiestrado, amueblado…

—Me robaste mi ciudad.

—Mira el mar, ¡cómo acarician sus orillas nuestras costas españolas!

—Me robaste mi ciudad.

—Cómo navegan los barcos entre ellas, cómo vienen y van.

—Me robaste mi ciudad. Quiero que te mueras.

—Adiós, Isabel, al fin me libré de ti.

—Quiero que te mueras.

—¿Te apetecen unos pinchitos de hígado? ¿Te sirvo un poco más de vino? ¿Un poco de melón?

—Quiero que te mueras.

—¿Me invitas a cenar a Gagarine? Recordemos juntos el día en que asistimos a la detención de François Besse.

—Al diablo con Besse, al diablo con tus sueños de grandeza. Quiero que te vayas, quiero que te mueras.

—Ven, te llevaré a ver la leona de Bellavista, el faro de Malabata, las grutas de Hércules, el palacio del Mendub, los soldaditos de Forbes, te haré rodar y rodar por el mundo en que me has encerrado.

—Quiero que te vayas. Que te vayas y te mueras. Que me devuelvas mi ciudad, mi vida y mis sueños.

—Tengo un látigo para ti, para tus hijos, para tus amigos, y también para Paco.

—No menciones su nombre, ni hables de mis hijos.

—Está muerto, lo he matado. Le he sacado los ojos, cortado los labios, arrebatado la hombría.

—No digas eso.

—También he matado a tus hijos. Ya no existen. Ya nunca más oirás sus voces, ni cruzarás con ellos esas miradas cómplices con que me castigáis, me martirizáis, me ninguneáis. Ya no me haréis nunca más daño. Ahora estoy al fin a salvo.

—Estás loco.

—Descargaré en ti todo mi tormento, para que lo lleves contigo al infierno.

—Estás loco, siempre lo has estado. He vivido toda mi vida junto a un loco.

—Aquí tienes mi locura, te la entrego para siempre. Regálasela a Lucifer, al fin viviré en paz.

—No quiero oírte más. Vete, te lo suplico. Ya está hecho todo el daño, déjame en paz.

—Te perseguiré hasta el infierno.

—¡Vete, por Dios, vete!

—Te esperaré en Barajas. Seré Paco y te llevaré de nuevo conmigo.

—¡No pronuncies su nombre, vete, aléjate de mí, por favor!

—Nunca te soltaré, me disfrazaré con todos los nombres, te arrullaré con todas las mentiras, te encerraré en mi celda. Eres mi prisionera. No hay escapatoria, amor, no hay escapatoria. ¿Te gusta esta joya? ¿Te agrada este vestido? Estás perdida, amor mío, estás perdida…

Una carcajada puso fin a la conversación. Sonora, monstruosa, llegada de tiempos pretéritos. Me despertó, soliviantada. Y ahora lo tengo aquí delante, aunque no lo puedo ver.

Ha dicho: venga, José Mari, vamos a echarnos otro Chivas. He oído el ruido del líquido al estrellarse contra las rocas, una cascada infernal, una cascada de mentira, como ha sido toda mi vida. Y he decidido que ya no volveré nunca más a oír la voz de ese hombre. No, tampoco en sueños.

21

—Buenos días señora, parece que hubo mucha gente anoche por aquí —Amina procedió al ritual cotidiano de arreglar y ventilar la habitación de Isabel.

Constató con disgusto que la tarde anterior había estado animada y que iba a tener que limpiar más vasos de whisky, aliviar la habitación de una atmósfera excesivamente cargada —alguien había fumado dentro, notó, la noche no había logrado borrar del todo la huella del tabaco—, concentrarse en la tarea de devolver intacto a su lugar el vaso de cristal de roca tallado del señor. Abrió la ventana de par en par y una brisa vivificadora inundó la habitación.

—Esto es otra cosa, ¿verdad, señora? Ahora sí se puede respirar.

Dejó correr, abundante, el agua sobre los vasos antes de enjabonarlos. Los colocó cuidadosamente sobre el borde de la bañera, para dejarlos escurrir y levantó las sábanas y la colcha que cubrían el cuerpo de Isabel.

—Está muy delgada, señora. En cuanto se despierte va a tener que alimentarse bien para recuperar el peso perdido. Vamos a cambiar ese pañal, ¿sí? Lo que no le cambia es la piel —le acarició el rostro con la mano—, tan suave como siempre. No sé cómo hace para mantenerla así a sus años. No, señora, no la estoy llamando vieja, pero yo soy más joven que usted y mire todas las arrugas que tengo. Usted, en cambio… Debe de ser por todas esas cremas que se pone.

Amina dejó el pañal empapado en el suelo y pasó una esponja humedecida con agua fresca por el cuerpo de Isabel. De vez en cuando, la sumergía en la palangana que había colocado sobre la mesita de noche y la escurría hasta lograr el punto exacto de humedad: ni demasiada para que no chorreara el agua por los costados y mojara la cama, ni tan poca que no lograra quitarle el sudor que la noche había pegado a la piel de la mujer.

—Le voy a confesar una cosa, señora, pero prométame que no se me va a enfadar. Una mañana, aprovechando que no había nadie en casa, abrí uno de sus botes de crema y me pasé un poco por la cara. Fue un poco nada más, puede creerme. Me miraba al espejo mientras me la pasaba por las mejillas, llevé después los dedos

hasta el contorno de los ojos y volví a colocar con cuidado la tapa. Era la primera vez que me ponía crema en la cara. Lo había hecho muchas veces en las manos, usted misma me compró una vez un bote de Nivea porque me notó la piel reseca. Pero en la cara jamás. Fue una sensación extraña y el espejo me devolvió una sonrisa cuando acabé con la tarea. Llevo años limpiando a diario la estantería del cuarto de baño sobre la que usted guarda sus productos, señora. Hay botes de todo tipo, de tamaños y colores variados, y siempre me he preguntado: ¿Cada una de estas cremas servirá para algo diferente? ¿Tantas cosas distintas hay que cuidar en la cara de una mujer? Todos los días me hacía la misma pregunta, estaba intrigadísima con ese asunto, así que decidí que, al menos una vez en la vida, debía probar una de esas cremas. Elegí el bote más grande, para que se notara menos. Ya está, ya lo hice, me dije, ya sé lo que es ponerse una crema de éstas. Sabía que era la última vez que haría algo así en mi vida porque estas cosas no están hechas para nosotras. Regresé a la cocina satisfecha y algo preocupada. Recuerdo que cuando volvió a casa intenté mantenerme lo más alejada posible de usted, no fuera a ser que el olor me delatara. Bueno, ya se lo he dicho y con ello me quedo más tranquila, señora. Pero si le digo la verdad, no me arrepiento de haberlo hecho: para mí fue como una aventura, ese atrevimiento me sacó por un día de la rutina, me oxigenó un poco el alma.

Las enfermeras entraron en la habitación. Saludaron a Amina y mantuvieron una conversación en árabe mientras cumplían con su quehacer diario: termómetro en la axila, control del suero, incorporación a la botella de una nueva dosis de antibióticos… Entre las tres recompusieron la cama de Isabel, la devolvieron a su lugar entre las sábanas. Un día más en la vida de aquella mujer silenciosa, inmóvil, excluida del mundo. Una de las enfermeras la besó en la frente antes de salir.

—Perdone que siga con esto, señora —Amina retomó su soliloquio—, pero si alguien me preguntara en qué se diferencian nuestras casas de las suyas, una de las primeras cosas que diría sería que en la cantidad de cremas que tienen unas y otras. Aunque no solo en eso, hay más... Nosotros tenemos en casa nuestra nevera, nuestra radio y hasta nuestra televisión. No tan grandes, no tan modernas, pero las tenemos. En eso somos más o menos iguales, pero esas otras cosas que le digo, señora, son tres: la ropa, los zapatos y las maletas. He pensado mucho en ello, después de tantos años con ustedes he tenido tiempo de darme cuenta de eso y de mucho más. Ya no sé cuántos vestidos diferentes he planchado en

su casa. Y todavía siguen entrando nuevos. Siempre me he preguntado para qué necesitan tanta ropa diferente. Si se pone un vestido un día, ya sé que no se lo volverá a poner hasta pasadas varias semanas o meses. Usted no se da cuenta, pero yo me fijo en su manera de vestirse cada mañana. Y en el tiempo que tarda en hacerlo. En eso también somos distintas, en el tiempo que tardamos en vestirnos. Pero si lo de la ropa me resulta extraño, lo que no termino de entender es lo de los zapatos. Cuando abro cualquiera de sus armarios para colocar la ropa, me encuentro con que todos están tapizados de zapatos. ¿Cuántos pares de zapatos tiene, señora? ¿Los ha contado alguna vez? Lo que me sorprende es que, teniendo tantos, al contrario de lo que pasa con los vestidos, casi siempre se pone los mismos. Tiene sus tres o cuatro favoritos y esos son los que usa, los demás se quedan ahí preguntándose para qué los habrán encerrado en esos armarios si nadie los quiere. En fin, ropa y zapatos sí que tenemos nosotros también, lo que pasa es que no tantos. Dos pares de zapatos cada uno, la ropa justa para poder cambiarnos cada día, y ya está. Pero lo otro, las maletas, eso no lo hemos tenido nunca en casa. ¿Para qué quiere un pobre una maleta? Aunque algún día me compraré una, señora; o si me atrevo se la pediré prestada. ¿Que para qué? Pues para qué va a ser, señora, para el viaje con que todos nosotros soñamos, el viaje a La Meca. Sí, ya sé que es muy caro, pero yo llevo años guardando diez dírhams cada mes en una caja que escondo en un lugar que solo yo conozco, y además mis hijos me han prometido que, cuando encuentren trabajo, nos ayudarán a su padre y a mí a realizar nuestro sueño. Y mi hija, la de Madrid, también colaborará cuando llegue ese momento. Sé que algún día lo haré, y que ése será el día más grande de mi vida. Y daré por buenas todas las penalidades que Dios ha decidido que pasara en este mundo porque a partir de ese momento, me sentiré más cerca de Él, y me podré morir tranquila porque ya nunca más se separará de mí. Sí, señora, también son distintos los viajes de los pobres y los de los ricos. Pero, si quiere saber la verdad, y espero que no se ofenda, eso sí que no se lo cambio por nada en el mundo.

Sonó el teléfono. Albertito preguntaba por su madre. Amina habló con él un rato y, al colgar, dejó escapar un largo suspiro. Sentía que las visitas diarias al hospital habían, en algo, cambiado su vida, y no estaba segura de que fuera para bien. ¿Qué ocurrirá cuando la señora vuelva en sí?, se preguntaba a menudo. Esa situación había trastocado su relación con Isabel. En todo este tiempo, le había hablado con franqueza, había charlado con ella

como jamás antes en treinta años. ¿Podría, después de esto, regresar a su relación se sumisión cotidiana? Se acercó a la mujer, la miró en silencio, dijo al fin:

—¿Qué va a ser de nosotras, señora?

Se sentó después en uno de los sillones junto a la cama, y dejó vagar sus pensamientos hacia un futuro incierto, lleno de incógnitas, de preguntas. Volvió entonces junto a la enferma:

—Hemos llevado vidas paralelas, señora, no había pensado en ello hasta ahora. Distintas, muy distintas; opuestas, diría yo, pero paralelas. Nos necesitamos la una a la otra, dependemos una de otra. No es lo que la apariencia puede hacer pensar, lo sé. Parece que no tenemos nada que ver, que mi vida va por un lado y la suya por otro totalmente diferente. Me he dado cuenta de que no. Tiene que curarse, señora, usted y yo nos necesitamos.

Amina se asomó entonces a la ventana, respiró hondo el aire del levante. El día había amanecido fresco, confirmando un agosto inusualmente poco caluroso. Mejor así, pensó Amina. En dos o tres días, la luna anunciaría el comienzo del Ramadán, y durante ese mes no hay peor enemigo que el calor. Como si un nuevo pensamiento la sacara de repente de sus reflexiones, Amina se dio la vuelta y exclamó:

—Señora, cuando el señor me llamó ayer para que me fuera a casa, era porque tenía un invitado y quería que les hiciera de comer. ¿Sabe quién era? No se lo puede usted imaginar: era don Paco. Sí, como se lo digo, don Paco. No se lo puede creer, ¿verdad? Pues yo tampoco podía, después de lo que pasó el otro día. Qué raros son estos hombres… Y lo más extraño de todo es que al llegar se dieron un abrazo como si no hubiera ocurrido nada entre ellos, y después estuvieron charlando animadamente. El señor me pidió que les llevara unas aceitunas y unas patatas y eso hice. Se estaban tomando una cerveza en el salón, como dos amigos de toda la vida. Sí, ya sé, señora, son dos amigos de toda la vida, pero después de lo que ocurrió aquí, por lo que me contaron las enfermeras, yo pensé que no se volverían a ver más. Cuando terminaron su aperitivo pasaron al comedor y el señor me pidió que sirviera la comida. ¿Y sabe qué? Vino hasta la cocina a decírmelo, sí señora, nada de campanita. Yo creo que se dio cuenta de que iba muy en serio cuando le pedí que no volviera a llamarme así. ¿Algo he conseguido, no cree? Se lo tengo que contar a Jimo… Quiere saber qué les hice de comer, ¿verdad? Pues un cuscús de cordero, ya sabe que a don Paco le encanta mi cuscús. No, no le puse calabaza, no se preocupe, ya sé que a él no le gusta. Cuando empecé a llevar las

bandejas, ya se habían sentado a la mesa. Seguían hablando y hablando sin parar. Intenté enterarme de lo que decían, más que nada para contárselo después a usted; ya sabe que a mí no me interesa lo que hablan entre ustedes los españoles, eso es asunto suyo, pero sabía que a usted le gustaría saber. De mucho no me pude enterar, pero más o menos hablaban de cómo estaba España en estos momentos, del gobierno y de cosas así. Pero creo que lo más importante es que el señor Paco anunció que se va definitivamente de Tánger. Sí señora, se va a Madrid. En un momento, dijo algo así como «Me largo de aquí, Alberto, ya no me retiene nada en este país». No, no sé cuándo se va, eso no lo pude oír, porque ya sabe que yo en el comedor estoy siempre de paso, el tiempo justo de poner la mesa, servir la comida y recoger. Pero no se preocupe, señora, estoy segura de que antes de irse vendrá a despedirse.

Albertito entró en la habitación en ese instante:

—¿Con quién hablas, Amina?

—Con tu madre, no hay nadie más en la habitación.

—¿Crees que te oye?

—No sabemos. Solo Dios sabe.

—Ojalá me pudiera oír. Tendría tantas cosas que decirle…

—Has tenido toda la vida para hacerlo.

—Ya. Pero no lo he hecho. Hay cosas que me ha sido imposible contarle. Sentía que pertenecíamos a dos mundo muy diferentes. Pero ahora creo que no somos tan distintos, que podríamos habernos entendido.

—Entiendo lo que me quieres decir. A mí me ha pasado igual.

—¿Con tu madre?

—No, Albertito. Con la tuya.

—¿Y eso?

—En los días que hemos pasado juntas aquí le he hablado mucho. Le he contado cosas que jamás antes le había dicho. Nos hemos acercado mucho, me siento ahora mucho más unida a ella.

—Eso que estás diciendo es muy hermoso. Amina. Ojalá te haya escuchado.

—Tú también puedes hablarle.

—No me siento capaz. No sé, hablarle así, sin saber si te escucha o no, sin poder tener respuesta… No, no puedo.

—Abrázala entonces.

—Eso sí que lo puedo hacer.

Albertito se acercó a Isabel, le pasó los brazos bajo la nuca y la abrazó largamente, mejilla contra mejilla. Le tomó la cara entre las

manos y la besó en la frente. Anunció después:

—He llamado a Javier para que venga cuanto antes. Llega mañana por la noche.

—Ella lo esperará.

—Sí. Ella siempre nos ha esperado. Siempre.

22

Sí, Amina, yo también he recuperado nuestro tiempo perdido. Cuánto me gustaría poder decírtelo, que pudieras escucharme, contarte que de nadie me he sentido tan cerca como de ti en estos días de silencio. Llevo toda la noche hablándote, aún sabiendo que no estás, aún sabiendo que, si estuvieras, tampoco me podrías escuchar. Pero te debo eso y mucho más, porque eres la única persona que me ha hablado sin cesar, y eso me ha hecho sentirme viva. Sin ti, quizá ya no estaría aquí.

Gracias por contarme lo de la crema. No sabes cuánto me he reído con eso; quiero decir, cuánto me habría reído de haber podido hacerlo. Aunque hay una risa interior, callada, profunda, que no es ruido pero sí regocijo. Esa ha sido mi risa al escucharte ayer. Es curioso, me ha parecido que en todo lo que me has contado de los zapatos, los vestidos y las cremas, se escondía algo importante, algo esencialmente importante. Y en las maletas, sobre todo en las maletas. Seguiré pensando en ello mientras pueda, porque tener todo eso me ha parecido durante toda mi vida algo normal, una aspiración legítima. Sin embargo esa aspiración se me antoja ahora excesiva, una manera de ocultar algo, de sustituir algo, mejor dicho. Algo así como una manera de anclarme en el mundo, de afianzar una posición cuya pérdida supondría el mayor fracaso.

Seguiré pensando en ello si es que la parca me lo permite. Hoy la he visto afilando su guadaña, junto a mi cama, cuando Albertito dijo: «He llamado a Javier para que venga cuanto antes». De inmediato me he imaginado al médico anunciando que esto es cuestión de días, que avisen a quienes quieran despedirse. También tú, de alguna manera, lo ratificaste: Ella lo esperará, dijiste. ¿Y sabes qué, Amina? Cuando vi a la muerte a mi lado, yo que tanto la he deseado estos días, le grité que se fuera, que ya no quería morir. Creo que tus palabras tuvieron mucho que ver con eso. Sí, Amina, ¿qué va a ser de nosotras? Tenemos muchas cosas de que hablar, también de maletas. Hoy he tenido la fantasía de verte a mi lado, de despertarme de repente y decirte: Amina, elige la maleta que te quieras llevar a La Meca. ¡Claro que te la presto! Pero devuélvemela, por favor, quiero tener esa maleta a mi lado, y que

me cuente las historias que yo nunca viviré, los sueños que nunca supe compartir contigo, en la época en que no éramos mujer y mujer, sino ama y criada.

Gracias también por contarme lo de Paco. Pues sí, me ha sorprendido, y mucho. ¿Qué diablos habrá pasado? ¿De qué habrán hablado, con qué artimaña lo habrá Alberto engatusado? Si quieres que te diga la verdad, Amina, ahora que nos estamos haciendo amigas, no me ha gustado. Me los he imaginado juntos, tal como me contaste, con su cerveza en la mano y su complicidad, y no me ha gustado. Yo iba a dejar a mi marido por Paco, y estoy aquí porque él me esperaba en Barajas, ¿a qué viene entonces ese encuentro, esa comida de compadres, esas confidencias?

Así que se va. Yo me quedo aquí y él se va. También a él le habrán anunciado mi muerte inminente, y estará solo esperando la despedida definitiva para volver al lugar en que me esperaba. Ya no lo veré en Madrid. Nuestro romance duró el tiempo de un trayecto inacabado hacia el aeropuerto de Tánger. Cuánto daría por escuchar su voz antes de irme, Amina, por oírlo hablar como me hablas tú, y saber así lo que siente, saber su dolor y su desamparo, que son los míos. Pero no, ellos no me hablan como tú. Ya ves lo que te dijo Albertito ayer cuando le dijiste: «Háblale». No se sintió capaz, ni supo hacerlo. Les falta tu sabiduría, Amina, y ese amor por las cosas y las personas que bulle en tu corazón.

¿Qué diablos hacía con Alberto? No puedo dejar de pensar en ello, y te soy sincera, te lo digo de nuevo: no me ha gustado, me ha decepcionado. Ellos vivos, comiendo cuscús, hablando de sus cosas, y yo, que fui hace solo unos días el objeto de su discordia, aquí, en la soledad completa, en el abandono absoluto. Me he sentido apartada, fuera de la vida de Paco, y eso me ha dolido.

Así que les hiciste cuscús… Eso sí que no te lo perdono, Amina. ¡Qué envidia me ha dado! Pensar en ello me ha devuelto a un mundo que aquí, en esta habitación, me está vedado, el de los sentidos. Qué ganas de respirar el aire de Tánger, de entrar en el mercado de la calle Fez y llenarme de sus aromas. Te he imaginado haciendo la compra, y más envidia aún he sentido. Así que te he acompañado. He subido la escalinata de acceso, con cuidado para no resbalar sobre sus escalones húmedos, y ahí me han llegado los primeros olores, los de los puestos de flores: qué lindas están las rosas esta mañana, Amina, qué hermosas las calas y los claveles. Y esas flores de hojas violetas cuyo nombre nunca supe, que jamás vi en ningún otro lugar y que, sin saber por qué, me devuelven a la infancia. Los floristas se afanan en componer ramos generosos, las

rocían sin cesar para que nunca falte sobre sus pétalos el brillo de una gota. Saludo a Mohamed: No, gracias, hoy no me llevaré rosas, ni claveles, hoy solo vengo de paso, acompaño en mis sueños a Amina en su ruta diaria. Sí, hoy es un día especial, hoy le hacemos a Paco un cuscús. La sinfonía de olores y colores aborda el segundo movimiento: frutas y verduras se amontonan en los puestos, a la sombra de un cañizo por cuyas rendijas se cuelan haces de sol. Las naranjas amenazan con reventar y su olor a Mediterráneo huye de su prisión dorada. Sí, Amina, zanahorias para el cuscús, nabos y calabacines. No olvides el cilantro, por favor, que se sepa que vivimos en Tánger, que aquí nunca nos falta el sabor rebelde del cilantro. Me detengo ante una montaña de melocotones, me sacio de su aroma intenso, puedo oler su dulzor, sentir su piel de raso en las yemas de mis dedos, contemplar sus tonos rojizos, sumergirme en su sabor a gloria. ¿Cómo está hoy la sandía, Ali? Nunca la habrá probado tan dulce, señora, me contesta el viejo tendero —¿qué secretos se esconderán tras tus arrugas, Ali, que jamás he llegado siquiera a atisbar?—. Cátela, señora, y hunde Alí con destreza el cuchillo, saca del verde oscuro de su cáscara la pulpa roja, resplandeciente, que pruebo para refrescar mis sentidos apagados, resecos, y devolverlos a la vida. ¿Y esos tomates, Aicha? ¡Qué pachuchos están, no se lo comen ni las cabras! ¿Cómo dice, señora?, protesta, tocada con su amplio sombrero rifeño, envuelta su cintura en el paño de listas rojas y blancas de las campesinas del norte. Mírelos bien señora, ¿acaso ya no ve nada? Rojos como la tierra que los alimenta, redondos como soles, acerque su nariz a ellos, señora, y verá lo que es un tomate de verdad, y no esos que venden en España, que ni saben ni huelen. Es broma, Aicha, le dije, son los tomates más maravillosos que he visto en mi vida, si pudiera me los llevaría al otro mundo, para que iluminen las tinieblas que me esperan. ¡Pero qué estoy oliendo, por Dios, qué estoy oliendo! El rey de todos los aromas: ¡La hierbabuena! Cuánto tiempo llevaba sin su olor, Amina, ven, vamos a comprar un par de manojitos, y nos hacemos después un té verde. Déjame un par de hojitas, Aicha, hazme el favor, que las respire hondo, que me llegue al alma su aroma y me la perfume antes de emprender el gran viaje.

Vamos, Amina, vamos a comprar la carne. No, nada de pollo, ¡cordero!, ¡que hoy es día de fiesta, hoy le hacemos a Paco un cuscús! Mira Kassim, cómo abate su machete sobre el animal recién desollado. Guárdame las mejores porciones, Kassim, amigo, vuelvo enseguida. Un olor intenso me arrastra hacia mi puesto preferido,

vamos, Amina, ayúdame a elegir las aceitunas. Me detengo ante una cordillera multicolor de olivas, blancas, negras, rojas, condimentadas, salmueradas, confitadas, hemos llegado al paraíso del olivo, donde el árbol hunde sus raíces para alumbrar las más hermosas, las más sabrosas aceitunas que en la Tierra han sido. Su visión me imanta, Amina, y me atormenta porque saben a aceite salvaje y a triste despedida. Sí, tienes razón, alejémonos de aquí, que ya me llega el olor a comino molido, a pimienta y jengibre. De nuevo las cordilleras, Amina, el relieve formidable de nuestro país, hecho de azafrán, canela y pimentón, reluciente bajo el sol, custodiado por Abdelkrim, especiero mayor. Quiero, Abdelkrim, el mejor *ras el hanut* que en tu vida hayas servido. Mira que me lo he de llevar al más allá, y cuando Dios me acoja en su seno se lo ofreceré para que me perdone y no olvidaré decirle: Te entrego este don, Señor, que preparó para ti mi amigo Abdelkrim, el mejor entre los virtuosos del paladar, quien durante tantos años ha sido tu mejor servidor y el de los visitantes del mercado de Tánger, la ciudad que Tú llenaste de luz y de color, para la que elegiste el mejor aroma, el mejor sabor. La ciudad a la que el levante trae cada día los mejores sonidos del mundo, la ciudad mestiza, la ciudad de la bahía que nació para abrir anchos sus brazos al extranjero.

Sí, Amina, ese paseo por el mercado a tu lado ha sido la mejor despedida. Gracias por acompañarme. Gracias por escucharme como te he escuchado yo, día tras día. Quería tener esta conversación contigo, por si no tuviera una nueva oportunidad. Ojalá te hayan llegado mis palabras como me ha llegado a mí el olor de la hierbabuena.

Porque ahora, en este mismo instante, Amina, no sé decirte si la he olido de verdad o si la has hecho crecer en mi interior.

23

Carmen y Julia vinieron a verme esta tarde. Se van mañana de vacaciones, a pasar unos días en Málaga, como suelen hacer cada año. Siempre me ha dado alguna envidia la libertad con que se mueven, organizan sus entradas y salidas, hacen de su capa un sayo. Sobre todo Julia, pero claro, ella es viuda. Así ya podrás, bonita, le dije en una ocasión. No le molestó mi comentario, porque conocía mi situación y su buen carácter le ahorraba enfados inútiles. Pero me recordó que la muerte de su marido, prematura y accidental, había sido un duro golpe para ella. Él, republicano, había llegado a Tánger antes de la guerra, intuyendo la que se avecinaba. Se conocieron aquí, congeniaron, se enamoraron, se casaron. La viudez llegó a los cinco años de matrimonio y la dejó sola, sin trabajo y con dos hijos. Tuvo que recurrir, como mi abuela, como tantas otras mujeres, a coser y planchar para otros más acomodados. Se dejó en ello sus mejores años y buena parte de la vista, pero sacó adelante a sus hijos, que la recompensaron retirándola de cualquier trabajo apenas encontraron empleo. Ellos se fueron a trabajar a España, pero Julia no se quiso separar del recuerdo de su marido y se quedó. Eso sí, se iba de vez en cuando a ver a hijos y nietos, con una libertad que yo no había conocido nunca, que ya jamás conoceré.

Lo de Carmen era distinto. Seguía con su marido, a pesar de sus escarceos con José Mari. Maldita sea, nunca sabré hasta dónde han llegado. ¿Se habrán acostado juntos? No me lo puedo ni imaginar. Qué rabia me da que nunca me dijera nada, tanta amistad dilapidada en hablar de vidas ajenas en vez de hurgar en las nuestras, de compartir nuestros sueños. Qué solas nos han enseñado a vivir.

Por cierto, no ha vuelto a aparecer aquí con él. La última vez que vino la acompañaba su marido. Sí, ellos siguen juntos pero él no es como Alberto. Le gusta mandar, claro, y lleva la voz cantante en casa, pero ella también tiene su palabra que decir. Ha conocido el aburrimiento, la sumisión incluso, pero jamás el terror. Ella no está casada con un enfermo, diría Albertito. Así que si decide ir a pasar unos días a Málaga con Julia, se va y santas pascuas. Así de sencillo. Lo que para otras ha resultado algo natural, para mí ha

sido un eterno imposible. Y a fuerza de negar esa evidencia a todos, de asumir lo que me ha tocado vivir como una forma de felicidad, nadie se ha percatado de mi desgracia. Ni siquiera yo misma. Nunca hasta ahora he sido tan consciente de lo desgraciada que ha sido mi vida.

Pues sí, Carmen y Julia se van y yo me quedo. Han venido a despedirse, pero enseguida he comprendido que no se trataba de un adiós pasajero. Me trajeron un ramo de rosas, rojas dijeron que son, me las acercaron a la nariz, me pidieron que respirara hondo.

—Siempre le gustó el perfume de las rosas —dijo Julia, otra vez ese maldito pasado que me da por muerta—, ojalá pudiera olerlo.

—Ojalá —contestó Carmen.

Como me pasó con la hierbabuena del mercado, en mi paseo con Amina, olí el perfume de las flores, sin saber si lo estaba rescatando de mi memoria.

No, no venían para un adiós pasajero. Julia lo anunció:

—¿La volveremos a ver, Carmen? ¿Volveremos a ver a nuestra querida Isabel?

—Quién sabe. Ya sabes lo que ha dicho el médico, no cree que dure mucho más. Incluso han recomendado a Javier que venga, debe de haber llegado ya a Tánger.

—Pobrecita, la voy a echar mucho de menos. Una mujer tan vital, tan feliz siempre.

—Sí, y cómo ha sabido siempre manejar a Alberto, no es fácil vivir con ese hombre.

—Desde luego, es todo un caballero, pero qué carácter tiene. Lo llamé ayer y me dijo que estaba destrozado con todo esto. Me da pena, se va a quedar más solo que la una.

Tantos años compartiendo amistad, encuentros y desencuentros para terminar sin saber nada la una de la otra. Esa ha sido nuestra verdadera vida en Tánger. Fachada pura, cosmética social. Poses, besos, apretones de mano, refinamiento, hasta que el cerrojo se cierra en el interior de las casas, llegada la noche, y regresa la realidad, a la que nadie está invitado. Carmen y Julia se despidieron de mí:

—Adiós, Isabel, ojalá volvamos a verte.

Adiós amigas. No tengo nada que reprocharos, he sido como vosotras; así nos ha moldeado la vida española de esta ciudad. Si eres española y tangerina y no sabes nadar a contracorriente, eso es lo que te toca vivir. Hemos creído estar abiertos al mundo por los artistas y escritores que han recalado aquí; nos hemos creído cosmopolitas porque en el mercado nos cruzábamos con inglesas,

francesas, judías, porque almorzábamos en Raihani y en la Casa de Italia; exquisitos porque merendábamos en Porte y cenábamos en La Pagode; superiores porque una criada se pasaba el día en nuestra casa y una simple moneda nos libraba de cualquier engorro cotidiano; privilegiados porque el mundo parecía estar a nuestros pies y nos seguíamos creyendo dueños de una ciudad aun cuando no nos pertenecía. Pero no. No nos fue dado, como a mis hijos, descubrir la auténtica naturaleza de nuestra existencia. Nuestros sueños de grandeza han vivido encerrados entre cuatro paredes, cuatro convicciones ajenas a la realidad de la ciudad. Nos hemos perdido todo lo que no cabía en nuestra mediocridad, en la jaula en que nos encerramos, creyéndola de oro. Y ha sido mucho lo que no cupo: no cupo el verdadero cosmopolitismo, el de ser amigos auténticos, casarnos entre nosotros, enriquecernos entre todos; no cupieron Amina, ni Jimo, ni Abdelaziz, ni ningún otro marroquí cuyo cometido no fuera servirnos; ni las calles y los barrios que se extienden más allá de las fronteras que elevamos en nuestra propia ciudad, delimitando el territorio, reduciéndolo a la mínima expresión; ni las fiestas judías, ni las musulmanas, porque éramos cristianos; tampoco el árabe, ni Um Kalsum, ni una simple pipa de kif. Tantas cosas no cupieron que hoy me pregunto qué demonios hemos hecho en nuestro querido Tánger, cómo lo hemos desperdiciado. Cuánto quisiera volver a nacer para reconquistarlo, pedirle perdón y suplicarle que me dé una nueva oportunidad, y abrazar su bahía, dejarme acariciar por su levante, mecer por sus laúdes, bañarme en su luz.

Id en paz, Carmen y Julia queridas. No, seguramente no volveréis a verme, pero ya todo es igual. Mi vida está tan perdida como las vuestras. Qué sentido tendría despertar de este lúgubre tránsito si no es para resucitar a una nueva vida, si solo es para repetir los gestos de siempre. Mi vida hace agua, fisuradas todas las certezas que la han sostenido: ser náufragas, amigas, es nuestro destino.

Fue tarde de visitas, tarde de despedidas. Aún no habían salido mis amigas cuando entró Paco. Al irse ellas, tuvimos un rato para nosotros, a solas. Escuché sus besos sobre mi rostro. Tenía tantas preguntas que hacerle… Quería saber qué hizo con Alberto el día del cuscús de Amina, de qué hablaron. Qué lo llevo a ese reencuentro, tras la discusión del otro día. Qué sentido tenía —si entonces había proclamado que yo no pertenecía a Alberto, anunciando la relación que, aún truncada por el accidente, nos unía— ese almuerzo amigable, esa vuelta a las amistades espurias

tan típica de algunos tangerinos. Deseaba decirle que no había comprendido y que quería comprender, que necesitaba hacerlo.

Pero el silencio es mi cárcel, y solo yo escucho mis preguntas sin respuesta. Me conformé con escuchar sus palabras tiernas, su lamento de enamorado desdichado, pero no supusieron el bálsamo de su primera visita. Quizá porque ya había perdido yo toda esperanza, quizá porque su encuentro con Alberto desenfocó la escena en que nos veíamos abrazados en el aeropuerto de Barajas, temblorosas las piernas y alborozada el alma, la voz de Paco me llegó hoy más lejana.

Agradecí incluso que otra voz irrumpiera en la habitación, interrumpiendo nuestro encuentro. Era Albertito. Saludó cordialmente a Paco, creo que se abrazaron. Mi hijo no quiso perder tiempo:

—Mi padre y mis hermanos no tardarán en llegar y para entonces habré salido de aquí, así que iré al grano: Mi hermana y yo queremos que sepas que lo sabemos.

—¿Que saben qué? —preguntó Paco con voz trémula.

—Tu relación con nuestra madre. Que el accidente sucedió cuando iba al aeropuerto en taxi para tomar el avión a Madrid.

El silencio delató la conmoción de Paco, que también fue la mía. regresó la angustia que me invadió tras su primera visita: Paco no podía saber que yo iba a su encuentro. Me esperó en la terminal de Salidas hasta comprobar que yo no estaba en aquel avión, y pensó que yo no había dado finalmente el paso. Quise gritarle que sí, que lo había dado, que no quería irme del mundo sin que supiera que su llamada no quedó sin respuesta. Pero de nuevo mi grito quedó ahogado en la maldita mudez. Por fin habló:

—¿Cómo habéis sabido eso? ¿Cómo que venía a Madrid?

—No te preocupes, solo lo sabemos Cristina y yo. Leímos la carta. La llevaba consigo cuando el taxi tuvo el accidente, antes de llegar al aeropuerto.

La voz de Paco quedó envuelta en sollozos:

—¿Así que se venía conmigo? ¿Que me quería, que lo dejaba todo por mí?

—Sí. Se iba contigo.

—Dios mío, por culpa de eso está así, de no haber tomado ese taxi…

—No debes pensar en eso. La vida quiso que así fuera. Estamos en manos del azar, dependemos de él en todo.

—¡Dios mío, Dios mío! —cuánto habría querido llorar con él en ese momento, abrazarlo, decirle: «Sí, Paco, me iba contigo, lo

dejaba todo por ti.»

—Paco, solo queremos Cristina y yo que sepas que aprobamos tu gesto y el suyo. Que lamentamos que no haya podido ser. Que nos habría encantado que fuera feliz los últimos años de su vida. Gracias por haberlo intentado.

Ya solo se escuchaban los sollozos de Paco. Una puerta se abrió y se cerró. El silencio que siguió me dio a entender que había sido la del cuarto de baño. Paco habría entrado allí para llorar en soledad, para refrescarse la cara, borrar las huellas de su llanto. Sentí lástima de él y de mí. Pero las palabras de mi hijo me reconfortaron. Gracias por no juzgarme, hijos míos, como lo habría hecho nuestra sociedad tangerina, con Alberto a la cabeza. Gracias por comprender.

Albertito se despidió de mí con unas palabras susurradas al oído:

—Me voy mamá, antes de que llegue él. Fuiste muy valiente, me siento muy orgulloso de ti. Nunca te habría imaginado capaz de eso. Ojalá te hubiera conocido mejor. Te quiero tanto… Adiós, mamá.

Una vez más, una despedida con sabor a muerte. La más dolorosa: ¿Volveré a oír la voz de mi hijo?

Me debí de quedar dormida después, porque de repente me sentí rodeada de voces. Me concentré en ellas hasta reconocerlas: estaba Javier, y también Alberto. Y Paco, y Cristina. Sentí rabia por haberme dormido y no haber podido asistir a la llegada de mi hijo, no haber oídos sus primeras palabras y sus besos. También me habría gustado escuchar el saludo entre Alberto y Paco, entender algo de ese encuentro en torno a un cuscús que tan misterioso me resultaba.

Hablaban animadamente sobre cosas de Tánger hasta que la política tomó la delantera. Antes, cuando vivía en ese otro mundo que ahora me parece tan lejano, tan cosa del pasado, me invadía un enorme desasosiego cuando se hablaba de política: si alguien, fuera quien fuera, aportaba alguna opinión que no casara con las ideas de Alberto, la guerra estaba garantizada. En los años que he pasado junto a él, no lo he visto una sola vez respetar una opinión con la que no comulgue. Es un ser incapaz de debatir ideas, de enriquecerse con las de los demás. Por alguna razón ha blindado su mente con hormigón armado, la ha encerrado en un búnker inexpugnable, impermeable, claustrofóbico. Pero en ese momento su tema de conversación me dejó del todo indiferente.

Bebían whisky. Oí el ruido del líquido vertiéndose en los vasos,

el de los cubitos de hielo removiéndose en su interior, el tintineo de los brindis. Cristina casi no intervenía. La intuí incómoda: sé que no apreciaba esa reunión festiva en mi habitación, en la que yo era poco más que un objeto decorativo.

Me desentendí de todo aquello y me fui deslizando hacia otro mundo, aquel en el que viven Amina y Jimo. Vi a Amina saliendo de nuestra casa. Eran las seis de la tarde. Iba envuelta en su jaique gris de todos los días. Llevaba en la mano una bolsa de plástico con las sobras del almuerzo. Pensé que la fiambrera bien podría contener un par de filetes y unas patatas fritas. Caminaba entre la multitud con paso cansado, en dirección a la parada de autobús, que se encontraba a veinte minutos de casa. Lo tomó y buscó un hueco entre los hombres y mujeres que lo abarrotaban. Se sujetó con la mano libre a la barra que cruzaba el techo del vehículo y se mantuvo así durante la media hora que duró el trayecto. No fui capaz de adivinar en qué pensaba, qué sueños, qué preocupaciones, qué cansancio le rondaban la mente. Después se apeó del autobús y caminó durante media hora más por el arcén de la carretera. En un momento dado se desvió por un sendero de tierra, un camino pedregoso en el que se cruzó con algún conocido, intercambió saludos. Procedente de las chabolas que se divisaban al final del camino, un joven corría a su encuentro. Al llegar a su altura la besó y le tomó la bolsa. Siguieron caminando juntos, charlando, hasta llegar a casa. Era el hijo menor de Amina, el bebé que vimos aquella vez que nos invitó a comer. No sé su nombre. Nunca lo he sabido. Caí en la cuenta de que tampoco conozco el apellido de Amina. Amina es, simplemente, Amina. Nada más. Entraron en su casa, y Amina me invitó a pasar. Pero no lo hice. No tuve el valor de hacerlo. Fuera, decenas de niños descalzos corrían tras una pelota de plástico. Eran los niños de Tánger. Niños de un Tánger que no conozco, niños del fango y del hambre, correteando por un territorio del que el futuro se ha desentendido.

Sí entré, en cambio, en casa de Jimo. Acababa de llegar del trabajo y se estaba despojando de su uniforme de enfermera. La jornada había sido dura, había pasado mucho dolor por sus manos diestras y amables. Entró en el cuarto de baño y se desnudó del todo para ducharse. Antes de hacerlo se miró en el espejo vertical que le devolvía la visión de su cuerpo entero. Era una mujer aún hermosa. Se acercó hasta pegarse a su propio rostro. Le susurró a su marido, que imaginó frente a ella: Este cuerpo solo fue y solo será tuyo, amor. Dejó después que el agua se llevara el sudor y las malas visiones de un día de hospital. Cerró los ojos para sentir su

mano enjabonada recorrer sus pechos, su vientre, sus muslos. Se envolvió entonces en una toalla, se secó, y antes de salir volvió a mirarse al espejo. «Hasta mañana, guapa», dijo a su reflejo. Después de vestirse se dirigió a la cocina. Apretó el botón del compact disc y resonó la voz de John Lennon cantando *A hard days night*. Jimo siguió el ritmo de la canción contoneándose mientras preparaba el té con hierbabuena. Llevó sobre una bandeja la tetera y dos vasos de colores, sin dejar de bailar, hasta el pequeño salón. Ahí la esperaba yo, de pie frente a la ventana. El cielo resplandecía sobre el barrio de Beni Makada. Aunque su nombre me era muy familiar por encontrarse el manicomio en él, nunca había estado allí antes. Las calles bullían de gente y de coches que se disputaban el asfalto con precisión milimétrica. Un grupo de mujeres rifeñas vendía sobre la acera unos chumbos repartidos en pequeños montones. Los puestos de venta ambulante desprendían un aroma a pan, caracoles guisados y almendras garapiñadas. La algarabía se elevaba como un canto hasta el cielo de Tánger. Jimo me invitó a sentarme y sirvió dos vasos de té. Me acercó el de ribetes dorados y azules.

—¿Y entonces, Isabel? —me sonrió.

—Entonces ha llegado una vida nueva y tengo que aprender a desenvolverme en ella.

—¿Cómo te sientes?

—Ligera, muy ligera de equipaje. Como un peregrino que ha recorrido miles de kilómetros y, al desprenderse de los fardos que lo han acompañado durante el viaje, se interroga sobre el sentido de tanto caminar.

—El pasado forma parte de ti misma.

—El pasado que forma parte de mí misma ha quedado enterrado bajo toneladas de escombros. He aprovechado mi largo sueño para desembarazarme de ellas. Me queda ahora sacudirme, como hace el perro para liberarse de las pulgas, para terminar de desempolvarlo.

—¿Y Alberto?

—¿Quién es ése? No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Paco?

—Sí, conocí en mi antigua vida a un hombre que se llamaba así. Un hombre al que creí amar. Un buen hombre.

—¿Tus hijos?

—Los quiero más que nunca, ahora que sé que no dependo de ellos.

—¿Quieres otro vaso de té?

—Sí, Jimo, amiga mía. Gracias.

La voz de Cristina me devolvió a la habitación. Sonó contundente, imperativa:

—¡Aquí no se fuma!

—Anda ya, Cristina, déjate de bobadas —contestó Alberto.

—¡He dicho que aquí no se fuma! ¡A fumar a la calle!

Con tal firmeza lo dijo que hasta Alberto, poco dado a aceptar órdenes, acató la de mi hija:

—Pues nada, nos vamos. De todas maneras, esta misa está dicha, van a dar las ocho.

Todo ocurrió tan rápidamente, tanto me impresionó ser devuelta así a la realidad, que no recuerdo ahora si se despidieron de mí o no. Cristina, después de cerrar la puerta, se acostó junto a mí. Sentí sus sollozos pegados a mi rostro y deseé unir mis lágrimas a las suyas. Entendí mejor que nunca su amargura profunda. Al cabo de un rato, el llanto se apagó y dio paso a una respiración temblorosa, angustiada. Cristina se había dormido a mi lado.

Aquí sigo, junto a ella. Hoy no quiero llenar las horas de la noche con los recuerdos del pasado. Hoy solo quiero sumirme en el lamento de mi querida Cristina.

24

—¿Señora? ¿Señora? ¿Qué pasa, señora?

La voz de Amina resuena como llegada de ultratumba. No es la voz que he sentido en estos tiempos de silencio. Es una voz que me daña, retumba en mi cráneo, rebota en sus paredes.

—¿Señora?

Siento dolor por primera vez desde que desperté tras el accidente. Unas manos me oprimen el pecho, siento la necesidad de respirar, pero el aire parece no llegar. Me digo, en mi angustia: ha llegado el final. Me voy. Ya se acabó todo. Pienso en Cristina, cuya respiración meció mis últimas horas.

—¿Qué pasa, Amina? ¿Por qué gritas así?

Es la voz de Cristina, alarmada. Se ha abierto violentamente una puerta, ha debido de salir del cuarto de baño.

—¡Mira, Cristina, mira los ojos de tu madre!

Decido relajarme, contener mi excitación. El aire parece querer entrar en mis pulmones, me calmo para dejarlo llegar, para no ponerle barreras. ¿Estoy respirando?

—Está llorando, Amina, mi madre está llorando. ¿Ves las lágrimas?

—¡Sí, Cristina, claro que veo sus lágrimas!

—Mamá, ¿me oyes? ¡Abre la ventana, Amina, por favor!

Un aire fresco invade la habitación. ¡Lo estoy sintiendo! Quiero contestar a Cristina, decirle que sí, que la oigo, que siento sus manos sobre mi rostro. Hay luz en la habitación, sé que hay luz. La veo en mi oscuridad.

—¡Mira, Amina, está moviendo los párpados!

Las palabras de Cristina me impulsan a abrir los ojos. Lo intento con todas mis fuerzas. La luz llega y se va, creo que he logrado despegar los párpados un segundo.

—¡Abre los ojos, mamá, por favor!

—¡Señora, abra los ojos, señora!

La tensión va remitiendo en mi interior. El esfuerzo que hago para relajarme, para no dejarme llevar por la angustia, parece surtir efecto. Recorro el mismo camino que el día en que desperté a esta pesadilla, pero en sentido inverso.

—¡Mamá, estás viva! ¡Te has despertado! ¡Amina, mi madre ha

despertado!

—¡Dios es grande!

La luz llega ahora a raudales a mis ojos abiertos. Oigo voces nítidas, pero lejanas, como si no se dirigieran a mí. Veo borrosa la forma de dos rostros inclinados sobre el mío. Las siluetas se van definiendo. Sí, son ellas, Cristina y Amina. Siento que la emoción me atenaza el pecho y la garganta. Creo que estoy llorando. Las lágrimas humedecen mis mejillas. ¡Estoy viva!

Mi hija se abalanza sobre mí, me abraza. Ahora sí, al fin podemos mezclar nuestras lágrimas. La primera palabra que logro pronunciar es:

—Amina…

Oigo los sollozos de Amina. Veo su rostro, claramente ahora, sus ojos anegados en lágrimas.

—¡Señora! Dios es grande, señora. ¡Lo sabía, señora, sabía que iba a volver!

Logro separar mi brazo del resto del cuerpo. Tiendo mi mano derecha hacia Amina, y ella la recibe en las suyas.

—Gracias, Amina. Gracias por hablarme. Tú me has salvado, Amina.

No reconozco mi propia voz. Sale lenta, ronca, con dificultad de mi garganta. Me siento muy cansada, pero quiero mantenerme despierta. Debo mantener los ojos abiertos, no quiero volver a la oscuridad.

—Abrázame, Cristina. Gracias por mandarlos a fumar a la calle —no se me ocurre otra manera de decirles que he oído todo, que he escuchado todas las palabras que se han pronunciado a mi alrededor durante todos estos días.

Cristina me abraza, ríe, grita:

—¿Pero cómo sabes eso, estás despierta desde anoche?

—Nunca me he dormido, hija. Mi cuerpo me abandonó, pero yo seguía aquí, contigo, con vosotras.

—¿Pero qué dices, mamá? ¿Lo has escuchado todo? ¿Y no podías hablar, no te podías mover? —sus palabras salen a borbotones, entrecortadas por el llanto.

—Todo, hija. Lo he escuchado todo.

Siento la boca pastosa y pido agua. Amina me moja los labios y apenas me deja sorber unas gotas: «Poco a poco, señora», dice.

—Vamos a llamar a las enfermeras, tienen que avisar al doctor Molina.

Les pido que no lo hagan. Que me concedan un tiempo. Me siento muy cansada y necesito pensar. La idea de volver a casa me

angustia. Alberto se ha convertido en un ser extraño, ajeno a mí. Les digo que voy a dormir un poco, que no se vayan de mi lado. Que me guarden el secreto. Y les prometo con una sonrisa que volveré a despertar. Cuando lo hago es de noche. He dormido durante muchas horas. Me dice Cristina que han pasado por la habitación las enfermeras, el doctor Molina, Albertito y Javier, y alguna visita más. Alberto no ha venido. Mejor así. También está aquí Amina, que ha regresado al hospital tras pasar la tarde faenando en casa. Al despertarme, las dos se acercan a mí. Me adelanto a sus preguntas:

—Estoy mucho mejor.

Y sonrío. Les devuelvo la sonrisa que no pueden borrar de sus labios. Nos reímos las tres, y me siento feliz de esa complicidad con mi hija, pero sobre todo con Amina. Me dice:

—Estamos muy contentas, señora.

Le pido a Amina que nunca más me vuelva a llamar señora. Me llamo Isabel, Amina, solo Isabel. Ella asiente, muy sorprendida. Siento la urgencia de preguntarle:

—¿Amina, cuál es tu apellido?

—Lamrani, Isabel. Me llamo Amina Lamrani.

—Muchas gracias por todo, Amina Lamrani —y volvemos a reír las tres.

Comprobamos que puedo mover brazos y piernas: no hay lesión neurológica, no tendré que pasar el resto de mis días en una silla de ruedas. Es una gran noticia. Siento un enorme deseo de levantarme, de caminar, pero estoy enchufada al suero y no puedo salir de la cama. Hablamos mucho, durante varias horas. Les cuento todo lo que he escuchado, sentido y pensado en estos días. Ellas me escuchan asombradas, con unos ojos como platos. Pregunto por el tiempo que llevo aquí encerrada: veintitrés días. Solo veintitrés días, sin embargo percibo mi vida anterior como algo lejano, como los recuerdos que tengo de la infancia, difusos, casi ajenos.

Cristina me pregunta por las cosas que he escuchado. Me decido, arrebatada por la complicidad y la necesidad de hacerme comprender, a contar:

—Por ejemplo: Carmen y José Mari están liados.

—¿Qué dices, mamá, estás loca?

—Como lo oyes. Se estuvieron besando y metiendo mano aquí, delante de mis narices.

Nos volvemos a reír las tres. Les pido discreción. También les cuento:

—Tu padre vino un día y me puso a parir. Me dijo de todo.

Pensé que me iba a matar.

—Está loco, mamá. No debes volver con él.

—No lo voy a hacer. Escuché todo, lo de la maleta, lo de Paco. Sé que estáis enterados.

Cristina se sintió incómoda. Nunca habíamos compartido este tipo de cosas:

—Mamá, Amina no sabe nada de esto.

—Pues tiene que saberlo. Puedes contárselo todo —Amina me mira con asombro.

—Puedo organizarlo todo para que te vayas con él.

—Gracias, hija, pero no me voy a ir con él.

—¡Pero si te ibas a Madrid, si ya habías tomado la decisión!

—Lo sé. Pero eso era antes de todo esto. He tenido tiempo de pensar. De descubrir. De comprender muchas cosas.

—Vente conmigo, mamá, te quedarás a vivir en mi casa.

—Gracias, hija, sé que puedo contar contigo. Pero no sé si es eso lo que quiero hacer.

—Pero mamá, no debes volver con papá, no puedes volver a lo mismo de siempre después de todo lo que ha pasado.

—No pienso hacerlo. Necesito pensar, déjame un poco de tiempo, por favor.

Cristina me mira perpleja, como si no me reconociera. No me extraña: tampoco yo me reconozco. Amina, en el sillón reclinable, y ella, junto a mí, se quedan dormidas. Yo no puedo dormir. Mi cabeza es un hervidero en el que los pensamientos revolotean sin cesar. ¿Qué voy a hacer con mi vida? Me asaltan sentimientos contrarios: Tengo miedo de lo que pueda pasar, de la reacción de Alberto, de la incertidumbre de una vida nueva a cuyo nacimiento estoy asistiendo. Tengo miedo de dañar a Paco, porque me he despertado de este largo sueño con la certeza de que mi futuro no está junto a él. Me asombra esa determinación, cuando hace solo unas semanas la decisión más complicada y valiente de mi vida me llevaba a su lado. Sí, tengo miedo pero al mismo tiempo el regocijo inmenso de tomar las riendas de mi vida, por vez primera. A mis años, es una experiencia nueva que me llena de ilusión y felicidad.

Siento ganas de ver a Jimo. Le pediré a Cristina, cuando se despierte, que la llame. Le pediré que me desate de este horrible cable sin que se enteren las enfermeras del hospital. Necesito levantarme, caminar, comprobar que de verdad he vuelto a la vida. Decido mantener oculto mi nuevo estado durante unos días.

Pero llega hasta mí el olor a hierbabuena que sentí hace unos días, y sé ahora que no formaba parte de mis sueños, que era el

mismo que en este momento percibo. Las enfermeras deben de estar preparando un té. Ha amanecido. Creo que es ese olor el que me ha hecho cambiar de opinión, porque al entrar ellas para iniciar su rutina diaria, digo:

—Buenos días.

A una de ellas se le cae la bandeja de las manos. El ruido despierta a Amina y a Cristina, que miran la escena con asombro. Me observan y se ríen conmigo. Les digo que quiero ver al doctor Molina y que por favor me quiten el cable del suero porque necesito ir al cuarto de baño.

Una de las enfermeras ha salido corriendo de la habitación, mientras la otra es presa de una risa nerviosa y contagiosa. Me incorporan y me ayudan a bajar de la cama. ¡Puedo andar! Lo hago con mucha dificultad, sostenida por Cristina y Amina, pero lo hago. Sé que me quedan por delante días de rehabilitación, de reactivación de unos músculos debilitados por la inactividad.

Me siento en el váter, orino. Ese simple gesto me emociona, se me saltan las lágrimas. Pido a Cristina que me ponga delante del espejo. No es mi mejor cara posible, pero no me importa, trabajaré duro para devolverle la vida. Me asalta un recuerdo en ese momento y digo:

—Por cierto, Amina, puedes usar mis cremas cuando quieras.

Amina se sonroja, pero se deja contagiar por mi risa y acaba a carcajadas. Dice unas palabras en árabe, que supongo expresan la vergüenza que siente en ese momento. Le digo que me gustaría aprender su lengua y me mira como si me hubiera vuelto loca. También mi hija.

Vuelvo a la cama. Regresa la enfermera que salió y exclama, rezumando alegría:

—¡He llamado al doctor y a su marido, señora! Vienen enseguida.

Miro a Cristina: está lívida. No contábamos con eso. Nuestra reacción, nuestro silencio sorprenden a la enfermera:

—¿He hecho mal?

—No, hija. Has hecho muy bien, muchas gracias —la tranquilizo.

25

El doctor Molina me dio ayer el alta. En estos diez días de recuperación he mantenido con él largas horas de conversación. Necesitaba contar lo vivido a alguien ajeno a mi entorno, pero también al de los españoles de Tánger. Él lleva aquí muchos años pero siempre se ha mantenido alejado de la colonia europea. Ha sido, desde que llegó, médico de marroquíes. A los dos años de su llegada ya hablaba árabe y nunca se interesó por las frivolidades de nuestra pequeña sociedad. Era un hombre apartado del mundo, pensábamos, cuando realmente solo vivía al margen de *nuestro* mundo. Me explicó que, clínicamente, mi caso no es una excepción. Hay constancia de situaciones de coma que permiten que ciertos sentidos permanezcan activos. Tuve suerte, me dijo, porque en algunos casos había que soportar en el silencio y la oscuridad también el dolor físico. No le sorprendió la extraordinaria transformación que había experimentado en esos días: no hay nada tan aleccionador como escuchar a alguien que te cree ausente, me dijo. También que, en su opinión, haber mantenido la capacidad de escuchar había sido fundamental para la supervivencia, y que el hecho de que Amina se dirigiera a mí directamente había ayudado muchísimo, porque todo ello me mantuvo en contacto con el mundo y me dio la fuerza necesaria para permanecer viva en él. «La transformación interior que has experimentado en estos días», me explicó, «ha sido el motor de tu regreso a la vida».

Entendió mi deseo de cambiar de vida, de no volver a vivir con Alberto. Me habló de un proceso de desalienación: «Has asistido, por decirlo de alguna manera, a un cursillo intensivo y eficacísimo de cómo ser de nuevo uno mismo. Y tus prisas por volver a vivir te han ayudado a recuperarte tan rápidamente». Comprendió mi miedo a la reacción de mi marido, porque él mismo había sido testigo de su carácter violento en estos días, cuando se enfrentó a Paco. Me aseguró que no tenía que preocuparme porque pondría en guardia al personal de vigilancia y, si fuera necesario, le prohibiría la entrada al hospital. Eso me tranquilizó mucho.

También lo hizo el que mis tres hijos se pusieran de acuerdo para montar guardia mientras yo siguiera en la habitación. Cristina, en cuanto la enfermera anunció la llegada de Alberto,

llamó a Javier y a Albertito, les urgió que vinieran al hospital. Llegaron antes que él y eso nos alivió a las dos. Mis hijos se abrazaron a mí anonadados, y vi a Albertito llorar por primera vez en su vida de adulto. Cristina los puso al día, ellos escuchaban asombrados. No pude evitar saldar una cuenta pendiente, para no dejarla pudrir en mi interior:

—Dile a Jane que de momento no tiene por qué preocuparse por la herencia —Javier, con la cara encendida, no sabía dónde meterse, pero con una sonrisa le hice saber que no era tiempo de rencores.

Los tres hermanos acordaron de inmediato que mis deseos de no volver a casa debían ser respetados. Javier se ofreció a exponerle la situación a Alberto, para evitarme así el mal trago. Me negué: «Eso es un asunto mío. Lo que me toca ahora es aprender a asumir mis decisiones.» Entre ellos empezaron a organizar mi futuro, a repartirme entre sus hogares, a proyectar alquilar un pisito en España. Los dejé hacer, no estaba para discusiones, ni yo tenía claro lo que quería. La única convicción, en el albor de esa nueva vida, era que mi existencia me pertenecía a mí y solo a mí.

Cuando Alberto entró en la habitación, estaban todos allí, también el doctor Molina. Había tomado su tiempo para asearse, afeitarse, perfumarse y elegir el atuendo adecuado para la ocasión. No sé si preparó la puesta en escena del gran momento o si su reacción fue espontánea. Lo cierto es que me pareció sincero cuando se abrazó a mí, emocionado, y me dijo ante todos cuánto me había echado de menos, cuánto me amaba. Afortunadamente, mi debilidad me ahorraba la obligación de la efusividad que la ocasión reclamaba: unas sonrisas y unas pocas palabras me bastaron para salir del paso. Por suerte, al cabo de media hora, el doctor Molina decidió que necesitaba descansar y que había que evacuar la habitación.

Estuve atenta a las reacciones de Albertito y su padre: ambos estuvieron correctos y distantes. Para mí, la primera dificultad, el encuentro con Alberto, había sido superada. Lo más difícil estaba por venir, algo que jamás había siquiera imaginado ser capaz de hacer: plantear la ruptura.

Dejé que pasara la tarde. Cristina se quedó conmigo tras la disposición del doctor. Era la única a quien le fue permitido permanecer en la habitación. El primero en llegar tras el almuerzo fue Albertito. Hablamos muchísimo, como nunca lo habíamos hecho antes. Le dije que sabía lo de su novio, le pedí que me lo presentara: «Nunca pensé tener más de un yerno», bromeé.

Ahora, tumbada sobre la arena de la playa de Tánger, embebida entre los dos azules de mi ciudad luminosa, me parece increíble constatar hasta qué punto somos los seres humanos capaces de interponer barreras a la comunicación hasta con los más queridos. Mi primera meta es descorrer todos los velos interpuestos entre mis hijos y yo, entre mis mejores amigas y yo. Y aprender que, a partir de ahora, mis nuevas relaciones deberán crecer libres de tantas pantallas o no ser.

Los rayos de sol me picotean la piel, vivificadores. Puedo sentir con todo detalle cómo penetran en mí, cómo van disolviendo uno por uno los malos presagios que el destino tenía reservado para mis últimos años. Vencer al destino es mi único objetivo por ahora.

Dejé para la mañana siguiente el gran asalto: hablar con Alberto. Pedí a mis hijos que nos dejaran solos y ellos supieron que había llegado el momento. Me incorporo frente al mar, llevo mi mirada hasta el horizonte para rememorar la conversación. El *ferry* de Tarifa se acerca al puerto dejando tras él una estela de espuma blanquísima. Solo han pasado diez días desde mi conversación con Alberto y ya me parece parte de mi prehistoria:

—Me siento muy feliz de que estés bien, Isabel. Estoy deseando que te recuperes y que vuelvas a casa —Alberto me puso en bandeja la frase que yo no había decidido aún cómo encajar.

—No voy a volver a casa, Alberto.

—¿Cómo que no vas a volver a casa, adónde quieres que vayamos entonces?

—No voy a volver a casa ni voy a volver contigo, Alberto. A partir de ahora quiero vivir mi vida por mi cuenta, no a tu lado.

—Pero bueno, ¿te has vuelto loca o qué? ¡Yo pensaba que te habías curado del todo y resulta que has quedado trastornada! —el tono de su voz se fue elevando.

—No, Alberto, estoy perfectamente. Es más, nunca me he sentido tan bien como ahora. Siéntate y escúchame, por favor —mi marido, por una vez, me hizo caso—. Como sabes, en estos días he escuchado todo lo que se decía a mi alrededor. He tenido mucho tiempo para pensar, para dar vueltas y más vueltas a mi vida. A lo que ha sido, a lo que es hoy y a lo que será en el futuro. Incluso cuando había perdido cualquier esperanza de volver a despertar, había decidido cuál no sería mi futuro en caso de que se produjera el milagro. Lo que necesito ahora es volver a nacer, empezar de cero. Quizá me queden veinte años de vida, no creo que mucho más. Pues esos veinte años, Alberto, serán míos y solo míos. Hazte a la idea de que ayer, al despertarme, nació una mujer distinta a la

que siempre has conocido. Una mujer que no cabe ya en tu vida, Alberto.

—Cariño, definitivamente tú no estás bien. Sé que has pasado por una experiencia muy difícil. Es verdaderamente admirable tu capacidad para reunir la fuerza necesaria para volver a la vida. Pero ese esfuerzo te ha desgastado mucho y ahora debes descansar. Estoy seguro de que cuando te hayas restablecido del todo, volverás a la normalidad y todas esas ideas disparatadas desaparecerán para siempre. Te prometo no tener nunca en cuenta lo que acabas de decir. Tu vida está junto a mí, Isabel. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Y ahora me voy a casa, te dejo descansar y pensar, mañana volvemos a hablar del tema, ¿de acuerdo?

Alberto recurría al paternalismo. Sabía perfectamente qué teclas tocar en caso de que no funcionara: la culpa primero, la franca amenaza en caso de necesidad.

—No, Alberto. Mañana no. Esta cuestión debe quedar resuelta hoy. Te aseguro que nunca he estado tan bien. Por primera vez en mi vida, me siento capaz de tomar una decisión propia. He vivido desde que te conocí a tu sombra, a tus órdenes, asustada a tu lado. Lo que me une a ti no es el amor, Alberto, es el miedo. Seguir juntos no solo no tiene sentido sino que se ha convertido en algo inconcebible para mí. No voy a volver a tu lado, Alberto, de ninguna manera. Decirte esto es muy difícil para mí, te pido por favor que lo comprendas y que lo aceptes. Quizá algún día podamos volver a vernos para charlar tranquilamente como los amigos que nunca hemos sido. Necesito alejarme de ti, Alberto, no me lo pongas difícil, por favor.

—¿Alejarte de mí? ¿De mí que no he hecho más en la vida que trabajar como un burro para ti y tus hijos? ¿Me haces esto a mí, que te he amado como nadie lo ha hecho nunca? ¿Qué te he sacado de la miseria, de tu cuartucho de telefonista, de la miserable casucha de tu abuela para darte una vida de reina?

—Alberto, no sigas por ese camino, por favor, no lo eches todo a perder.

—¿Que no siga por ese camino? O sea, que me dices que me vas a abandonar, que me vas a dejar solo, a mí que lo he dado todo por ti, ¿y pretendes que me quede tan tranquilo? Tú sabes lo que yo he sufrido en mi vida, Isabel, te he confiado todos mis secretos, todo mi dolor. ¡No puedes hacerme esto!

—No, Alberto, no sigas por ese camino. No lograrás que me sienta culpable. Si consideras que tengo alguna deuda contigo, dala

por bien pagada con todo lo que me has robado.

— ¿Que yo te he robado a ti? ¿Se puede saber qué te he robado yo a ti?

—La inocencia, para empezar. Y a partir de ahí, todo lo demás. La libertad, la estima, las ganas de vivir. Ya se acabó, Alberto, todo esto se ha acabado.

Y, ya a grito pelado, la esperada amenaza:

—¡Eso es lo que tú te has creído! Te recuerdo que eres mi mujer y que aquí se hace lo que yo diga. Si te crees que te vas a librar de mí estás muy equivocada. Además, dónde coño vas tú, si no tienes dónde caerte muerta, si eres una inútil que no ha sabido nunca hacer ni la «o» con un canuto! Escúchame bien: aquí ya no pintas nada, voy a hablar con el médico para que te dé el alta inmediatamente. A recuperarte a casa, que es donde tienes que estar.

En ese momento irrumpieron mis hijos en la habitación, alertados por el griterío.

—¿Y vosotros qué, hijos de perra? ¿Seguro que estáis de su lado, verdad? ¡Seguro que habéis estado tramando esto juntos, todos contra mí, como siempre!

Mis hijos no contestaron, pero le sostuvieron la mirada. Alberto salió enfurecido, dio una patada a la puerta, aulló para terminar:

—¡Y tú ya sabes, mañana a casita!

Había ganado la batalla final, pero sabía que aún quedaban algunos asaltos. Llamadas telefónicas con voz suplicante, lacrimosa, melosa. Promesas de que empezaba para nosotros una vida nueva, enterrado el pasado, con nuestros últimos años compartidos en la felicidad más absoluta. Nuevos asaltos a la culpa: me vas a dejar tirado como un perro, ¿cómo puedes hacerme eso? Y más amenazas: irrupción en la habitación dispuesto a llevarme a casa aprovechando que Cristina estaba de guardia, llamada al guardia de seguridad del hospital para echarlo de allí.

Ayer, al fin, acabaron los sobresaltos. Me levanto y me acerco a la orilla. Me sumerjo en el agua fría, casi helada. La vida hierve a borbotones dentro de mí. Como me gustaba hacer de niña, me tiendo sobre la superficie del agua, extiendo los brazos y miro al cielo. Sigo el movimiento lento de las nubes. Cierro los ojos y veo a Paco. Recuerdo mis últimas palabras, antes de dejar el hospital, durante su última visita:

—Gracias por haberme querido, Paco. Tu amor me dio la fuerza que me ha traído hasta aquí, hasta este territorio en el que por primera vez sé lo que es la libertad, desde el que atisbo algo de

felicidad. Gracias por comprender que no es momento para estar juntos, que necesito emprender sola este camino que se abre ante mí. Quién sabe si, algún día, cuando les toque hacerlo, nuestras vidas vuelvan a encontrarse.

Salgo del agua. Me seco. Es mediodía y debo regresar a casa, porque hoy hago yo la comida.

Epílogo 1

Alberto llegó al hospital a media tarde. Tomó el viejo ascensor y pulsó el botón de la segunda planta. Abrió la puerta de la habitación sin llamar y se topó con unos rostros desconocidos: un anciano marroquí estaba tendido en la cama. A su lado, sentada, una mujer, su esposa probablemente. Todos ellos se miraron en silencio durante unos segundos:

—Disculpen —dijo al fin Alberto— me he equivocado de habitación.

Cerró la puerta y miró su número. No había error: era la habitación de Isabel, la 23. Pasó en ese momento una enfermera por el pasillo:

—Buenos días, señor, ¿cómo está usted?

—Buenos días, hija. ¿Dónde está mi mujer?

—¿Su mujer? ¿No lo sabe? Le dieron el alta esta mañana…

—¿El alta? ¿Y eso?

—El doctor decidió que ya se encontraba mucho mejor y que podía volver a casa. ¿No la ha visto todavía?

—No, es que acabo de llegar de viaje y he venido directamente del aeropuerto —mintió.

—Pues vuelva a casa, debe de estar esperándole.

—Sí, eso, vuelvo a casa. Ella no me espera hoy, le daré la sorpresa.

—Enhorabuena, señor. Me alegro mucho por los dos. Tiene usted mucha suerte, es una gran mujer.

—Sí, hija, muchas gracias.

Alberto bajó por las escaleras. Sintió cómo le temblaban las piernas y tuvo que detenerse un momento para apoyarse en el pasamano. Ya recuperado, abandonó el hospital. Puso en marcha el coche y, mecánicamente, ajeno al ajetreo callejero, lo condujo hasta su casa.

Tuvo suerte. Encontró aparcamiento muy cerca y solo tuvo que caminar unos metros para llegar hasta el portal. Introdujo las llaves en la cerradura y entró. Tomó el ascensor, que lo llevó hasta su apartamento. Abrió la puerta y exclamó: «¿Hay alguien?»

No hubo respuesta. Abrió una por una las habitaciones. Todas ellas estaban vacías. Fue entonces al salón, se sirvió un whisky y le

añadió dos cubitos de hielo. Se sentó frente al televisor y accionó el mando para encenderlo. Buscó entre los canales hasta llegar a la Televisión Española. Sorbió un trago de whisky y posó el vaso de cristal de roca tallado sobre la mesita instalada a su derecha. Estaba empezando el Telediario.

Epílogo 2

Jimo no había vuelto a coger un taxi desde el accidente en que murió su marido. Llegó hasta la parada del autobús y lo tomó tras una espera de pocos minutos. Al llegar, caminó con paso rápido hasta su casa.

Abrió la puerta sigilosamente. Entró en su habitación, se desnudó y se dirigió al cuarto de baño para ducharse. Se vistió después y fue a la cocina. No pulsó, como era su costumbre, el botón del CD y preparó el té.

Llevó sobre una bandeja la tetera y dos vasos de colores hasta el pequeño salón. Ahí la esperaba Isabel, de pie frente a la ventana. El cielo resplandecía sobre Beni Makada. Aunque el nombre del barrio le era muy familiar por encontrarse el manicomio en él, nunca antes había estado allí, salvo, quizá, en algún sueño. Las calles bullían de gente y de coches que se disputaban el asfalto con precisión milimétrica. Jimo dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó a ella. Las dos mujeres se abrazaron largamente.

—Pensé que estarías descansando, por eso entré sin hacer ruido.

—No, he estado en la playa. Me ha sabido a gloria.

Jimo la invitó a sentarse y sirvió dos vasos de té. Le acercó el de ribetes dorados y azules.

—¿Y entonces, Isabel? —le sonrió.

—Entonces ha llegado una vida nueva, y tengo que aprender a vivir en ella.

—¿Cómo te sientes?

—Ligera, muy ligera de equipaje. Como un peregrino que ha recorrido miles de kilómetros y, al desprenderse de los fardos que lo han acompañado durante el viaje, se interroga sobre el sentido de tanto caminar.

—El pasado forma parte de ti misma.

—El pasado que forma parte de mí misma ha quedado enterrado bajo toneladas de escombros. He aprovechado mi largo sueño para desembarazarme de ellas. Me queda ahora sacudirme, como hace el perro para liberarse de las pulgas, para terminar de desempolvarlo.

—¿Y Alberto?

—¿Quién es ése? No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Paco?

—Sí, conocí en mi antigua vida un hombre que se llamaba así. Un hombre al que creí amar. Un buen hombre.

—¿Tus hijos?

—Los quiero más que nunca, ahora que sé que no dependo de ellos.

—¿Quieres otro vaso de té?

—Sí, Jimo, amiga mía. Gracias.

El té cayó en el vaso levantando un mar de espuma. Isabel respiró hondo el aroma a hierbabuena que invadió el hogar. Le vino a la memoria el paseo que dio junto a Amina por el mercado de la calle de Fez. Sonrió al pensar que al día siguiente habían quedado las tres para comer ahí, en casa de Jimo. Tenían tantas cosas de que hablar…

Se asomó a la ventana. Un grupo de mujeres rifeñas vendía sobre la acera unos chumbos repartidos en pequeños montones. Los puestos de venta ambulante desprendían un aroma a pan, caracoles guisados y almendras garapiñadas. La algarabía se elevaba como un canto hasta el cielo de Tánger, la ciudad de los largos sueños.

Agradecimientos

A Ane Esparza y Wenceslao Carlos Lozano, por enriquecer este texto con su lectura atenta y sus sabios consejos.

A Salvador Bellver, querido amigo tangerino que me contó la historia del doctor Bellver Molina, su padre.